

Desobediente

Antimanual de
pensamiento crítico



Sebastián Endara Rosales

Desobediente

Antimanual de
Pensamiento crítico

Sebastián Endara Rosales



Desobediente **Antimanual de pensamiento crítico**

© **Autor**

Sebastián Endara Rosales

Primera edición: marzo de 2026

ISBN:

e-ISBN:

DOI:

© **Universidad Católica de Cuenca**

Agustín Borja Pozo

Rector

Vanessa Bermeo Pazmiño

Vicerrectora de docencia

Rafael García Abad

Vicerrector de investigación

Marcelo Aguilera Crespo

Vicerrector general

© **Editorial Universitaria Católica de Cuenca**

Larizza Pozo Astudillo

Gerente

Paúl Miño Armijos

Edición y corrección

Vicente Condo Zhimnay

Diseño y diagramación

Imagen de portada: Imagen ilustrativa creada con IA.

Dirección: Tomás Ordóñez 6-41 y Presidente
Córdova

Teléfono: 099 517 8716

E-mail: edunica@ucacue.edu.ec

Cuenca-Ecuador



Esta obra cumplió con el proceso de revisión por pares académicos bajo la modalidad de doble par ciego.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso por escrito de la Universidad Católica de Cuenca, quien se reserva los derechos para la primera edición.

A mis muertos...

Índice

	págs.
Presentación	13
I. Desobediencia y pensamiento	
¿Qué es la desobediencia?	17
¿Qué es pensar?	18
¿Qué es la voluntad de pensar?	19
¿Qué es la duda?	20
¿Qué es la pregunta?	21
¿Qué es la parresía?	22
¿Qué es el juicio propio?	23
¿Qué es la reflexión?	24
¿Qué es el concepto?	25
¿Qué es la verdad?	26
¿Qué es la objetividad?	27
¿Qué es la hermenéutica?	28
¿Qué es el saber de sí?	29
¿Qué es la filosofía?	30
¿Qué es pensamiento crítico?	31
¿Qué es la ruptura?	31
¿Qué son los valores?	33

	págs.
¿Qué es el idealismo?	34
¿Qué es el lenguaje?	36
¿Qué son las humanidades?	37
¿Qué es lo actual?	38
¿Qué es la razón instrumental?	39
¿Qué es la vacuidad?	40
¿Qué es la disforia?	41
¿Qué es lo trivial?	42
¿Qué es subversión?	43
¿Qué es la diferencia?	44
¿Qué es lo postalfabético?	45
¿Qué es un libro?	46

II. Educación y amaestramiento

¿Qué es la pedagogía?	49
¿Qué es la docencia?	50
¿Qué es el derecho a la educación?	51
¿Qué es aprender?	52
¿Qué es el aprendizaje?	53
¿Qué es el error?	54
¿Qué es la responsabilidad?	55
¿Qué es la calidad de la educación?	56
¿Qué es criticidad?	57
¿Qué es la libertad de hablar?	58
¿Qué es la educación política?	59
¿Qué es la formación ciudadana?	60
¿Qué es la educación cívica?	61
¿Qué es la cultura política?	62
¿Qué es la educación bancaria?	63
¿Qué es el sistema educativo?	64
¿Qué es el amaestramiento?	65
¿Qué es la sofofobia?	67

III. Democracia, ciudad y poder

¿Qué es el poder?	71
¿Qué es la política?	72
¿Qué son las acciones políticas?	73
¿Qué es el conflicto?	74
¿Qué es el estado?	75
¿Qué es el gobierno?	76
¿Qué es la cosa pública?	77
¿Qué es lo colectivo?	78
¿Qué es la ciudad?	79
¿Qué es el denizen?	80
¿Qué es la civilidad?	81
¿Qué es la democracia?	82
¿Qué son las formas democráticas?	83
¿Qué es la anocracia?	84
¿Qué es la emocracia?	85
¿Qué es la demagogia?	86
¿Qué es la corrupción?	86
¿Qué es el fraude?	88
¿Qué es la postpolítica?	89
¿Qué es la desconfianza?	90
¿Qué es la conciencia social?	91
¿Qué es la confianza?	92
¿Qué es la certidumbre?	93
¿Qué es la violencia?	93
¿Qué es la tanatopolítica?	94
¿Qué es la guerra?	95
¿Qué es el plebicidio?	96

IV. Libertad, ética y colectividad

¿Qué es la libertad?	101
¿Qué es la igualdad?	102
¿Qué es la ética?	103
¿Qué es convivir?	104
¿Qué es el bien común?	105
¿Qué es el apoyo mutuo?	106
¿Qué es la cooperación?	107
¿Qué es la ayuda?	108
¿Qué es la filantropía?	109
¿Qué es un liberal?	110
¿Qué es la anarquía?	111
¿Qué es la utopía?	112
¿Qué es la inconformidad?	113
¿Qué es la enajenación?	114
¿Qué son los vicios?	116
¿Qué es el darwinismo social?	117
¿Qué es un necrosistema?	118
¿Qué es el mercado?	119
¿Qué es una mercancía?	120
¿Qué es el dinero?	121
¿Qué es la capacidad?	122
¿Qué es turbocapitalismo?	123
¿Qué es el realismo capitalista?	124
¿Qué es servidumbre voluntaria?	125
¿Qué es desarrollo?	126
¿Qué es mal-desarrollo?	127
¿Qué es bienestar?	128
¿Qué es calidad de vida?	129
¿Qué es economía solidaria?	130
¿Qué es la organización social?	132
¿Qué es lo rural?	132
¿Qué es el desarrollo tecnológico?	133

	págs.
¿Qué son las ecotopías?	134
¿Qué es la sostenibilidad?	135
¿Qué es la colonialidad?	136
¿Qué es el posthumanismo?	

V. Vida, fiesta y sentido

¿Qué es estar?	141
¿Qué es la necesidad?	142
¿Qué es el propósito?	143
¿Qué es el cambio?	144
¿Qué es el dolor?	145
¿Qué es la fragilidad?	146
¿Qué es la desazón?	147
¿Qué es salud mental?	148
¿Qué es la muerte?	149
¿Qué es el suicidio?	150
¿Qué es la vejez?	151
¿Qué es el cuidado?	152
¿Qué es el amor?	153
¿Qué es la promesa?	154
¿Qué es la prudencia?	155
¿Qué es la paciencia?	156
¿Qué es estoicismo?	157
¿Qué es la fiesta?	158
¿Qué es la intensidad?	158
¿Qué es la imagen?	159
¿Qué es el arte?	160
¿Qué es la expresión artística?	161
¿Qué es dios?	162
¿Qué es la distopía?	163
¿Qué es la autoayuda?	164
¿Qué es el sentido?	165
¿Qué es el deseo?	166




PRESENTACIÓN

El fin del pensamiento crítico no es la obediencia sino la libertad. Surge de la paradoja de tener que asumir estructuras, que siempre deben ser consideradas como provisionales, para poder hacer preguntas, para cuestionar los resultados y las bases de lo pensado. El pensamiento salta de la obediencia a la autonomía, y establece una ética, una estética y una forma apropiada para el relacionamiento con los otros, que no está exenta de conflicto. Pensar es romper algo. Romper la obediencia, romper la comodidad, o el sentido común, es arriesgar la pertenencia. Es aceptar que la estructura que nos educó puede y debe ser superada. La escuela afirma que enseña a pensar; la democracia, que promueve el pensamiento crítico; el mercado que necesita innovar. En todos lados se celebra el pensamiento crítico, pero nadie quiere sus consecuencias. Porque pensar de verdad no perfecciona el sistema. Lo cuestiona. Con estos textos no se pretende enseñar a pensar, eso sería una contradicción. Apenas mostrar que el pensamiento es aquello que le hace ser humano, al ser humano.

En un estilo aforístico se explora el mundo a través de preguntas que ciertamente no se responden totalmente. La estructura propuesta responde a la idea de que pensar no es un ejercicio aislado sino un movimiento. Así se han organizado los textos en cinco partes que proponen una secuencia. La primera parte, Desobediencia y pensamiento, comienza en el acto de pensar como un gesto originario. Desobedecer es la condición mínima del pensamiento crítico. Antes de hablar de educación, democracia o economía, fue necesario preguntarse qué significa preguntar, juzgar, interpretar. La segunda parte, Educación y amaestramiento, traslada esa reflexión al espacio donde el pensamiento debería cultivarse: la escuela. Aquí la organización es deliberada: primero aparece la promesa pedagógica y luego sus distorsiones. La tercera parte, Democracia, ciudad y poder, amplía la escala. Del aula pasamos a *la polis*. Aquí se intenta examinar las formas políticas tanto como sus deformaciones. La cuarta parte, Libertad, ética y colectividad, retoma el interés por libertad, la igualdad, en bien común en franca crítica al sistema capitalista. Finalmente, la quinta parte, Vida, fiesta y sentido, vuelve a la experiencia humana concreta, es si se quiere un descenso intimista en la convicción de que ninguna teoría política tiene sentido si no responde a las preguntas por la vida.

El movimiento propuesto va del pensar al vivir. Pero más que un trayecto es una ruptura. Por eso no se trata de un manual: no ofrece recetas ni promesas, sino que invita a asumir el recorrido sin garantías, el reto de quien decide pensar por sí mismo.

*Cuenca, Ecuador
Febrero de 2026*



I.

**Desobediencia
y pensamiento**

¿Qué es la desobediencia?

No obedezcas esta orden, porque si la obedeces la cumples, pero si la desobedeces la cumples. “No obedezcas esta orden” debería ser la nueva máxima tallada en el frontispicio del Oráculo de Delfos que antiguamente decía “Conócete a ti mismo”. Desprovistos de los canales reflexivos para acceder a la estructura de la subjetividad, y educados y acostumbrados al poder que nos direcciona y conforma; solo un imperativo aporético nos obliga a enfrentarnos con nosotros mismos. Aquí una hipótesis: el pensamiento crítico no se enseña. El pensamiento crítico tan caro a la democracia, la innovación y al progreso, solo es posible si estamos enfrentados a situaciones límite que obligan a reconfigurar la lógica, la ética y la política, bajo nuevos parámetros. Esos nuevos parámetros significan una ruptura con el orden. En el ámbito de la educación, esa ruptura implica el desapego a lo que es, para situarse en las posibilidades del deber ser, la imaginación, las figuras ideales, y luego el retorno crítico y transformador de la realidad. Pero la escuela, absolutamente positivista, positiviza incluso el pensamiento crítico, instrumentalizándolo y despojándolo de sus implicaciones negativas que rechazan el mundo, incluso en sus variaciones alternativas. Solo queda la condescendencia política de un totalitarismo que se ejerce en las fórmulas del pensamiento práctico y de la evidencia fáctica, que tornan imposible la lateralidad y la otredad por considerarlas un absurdo. Pero hay algo más, este pensamiento totalitario, tal como lo dijo Hannah Arendt, no busca la dominación despótica sobre las personas, sino que las personas sean superfluas (que no sean necesarias porque están demás).

¿Qué es pensar?

Pensar requiere tiempo, silencio, abstracción. Pensar es ensayar caminos imaginarios, que a veces no conducen a ninguna parte, que se rompen como cristales en el aire, que no generan ningún entusiasmo. Pensar, en ocasiones es como una lucha por deshacer una nube blanca en la que no existe nada, pensar es insistir en un objetivo que no necesariamente está claro. Pensar es un acto de honestidad con uno mismo, es percibir los límites e intentar superarlos. Pensar es crear más allá de lo establecido. Pensar es intuir y representar. Pensar es ejercer la propia voz con un particular entusiasmo. Pensar no solo es construir, pensar también es destruir. Pensar es establecer el lugar desde donde se piensa, es tomar posición. Pensar es anticipar. Es encontrar una forma de ser en el mundo. Y pensar es por supuesto un escollo en la sociedad en la que el “tiempo es oro”, es un lujo no permitido en la sociedad de la inmediatez, y un absurdo si no produce ganancia. También es una práctica hostil que atenta contra el orden establecido. Pensar es divagar si no se tiene objetivos claros. Pensar es aburrido y no te aporta al crecimiento personal porque al contrario es origen de conflictos. De hecho, los coach aconsejan no sobre pensar. Los “educadores” en la misma línea, y en vista de lo difícil que es pensar, optarán por otras técnicas, integrarán las AI, los juegos y la competencia, la instrucción mediante reflejos condicionados y la medición memorista de conocimientos o la resolución de problemas, es decir adiestramiento funcional.

¿Qué es la voluntad de pensar?

Para pensar hace falta querer pensar. Esto a su vez surge de la necesidad de comunicar. Suponemos que hay algo beneficioso para cada uno en la comunicación, como un probable reconocimiento del otro, o más allá de la exigencia narcisista, la construcción de un lugar de pertenencia en el mundo. En cualquier caso, esta voluntad de pensar debe organizar el mundo, tanto haciendo tuyas ideas de otros, como produciendo ideas propias. Por supuesto que, en un nivel superior, la autoconciencia descubre que es el propio lenguaje, la cristalización de un orden del mundo, un orden fundacional que ha sido recogido y conservado sobre todo con fines funcionales, por lo que pensar por uno mismo En gran medida es, como lo dijo Deleuze¹, la creación de conceptos. La pregunta ¿queremos pensar? nos obliga a ubicarnos histórica y territorialmente, es decir, pensar, aunque no queramos, porque efectivamente, en un contexto donde las vivencias pasan a ser supervivencias, la importancia crucial del pensamiento va desvaneciéndose para poder cumplir con las urgencias de lo que es (llámase modo de producción, sistema social, realidad, etc.), es decir, una situación precaria que ahonda el drama de nuestra propia deshumanización. Pensar es resistir y viceversa.

1 Deleuze, G. (1987). Qué es el acto de creación. Conferencia en la Femis Escuela Superior de Oficios de Imagen y Sonido. el 17 de marzo de 1987. En: <https://www.youtube.com/watch?v=dXOzcexu7Ks>

¿Qué es la duda?

“Quiero ser libre”. Es un pensamiento irrefrenable, un impulso que confiere valor y valía. El sujeto moderno lo halló en los márgenes del pensamiento idealista, una idea aparentemente propia, genuina, aun con un contenido borroso. Nada puede reemplazar ni el objeto ni el sujeto de ese querer. En realidad, se trata tanto de un pensamiento como de un deseo que confirmaría no solo el ser de aquel en el mundo, sino el sentido que quiere tener en él, la posibilidad de ser su propio yo. Para ello es necesario pensar por uno mismo, tal como lo hizo René Descartes², que encontró en la razón la herramienta fundamental de la libertad. Se propuso dudar de todo hasta hallar un fundamento indubitable que le sirviera de sostén. Quién diría que lo pudo encontrar en el simple ingenio: dudo de todo, excepto de que efectivamente estaba dudando. ¡Maravilloso! La duda canceló la duda. Y si ya no dudaba de todo, porque de al menos algo ya no se podría dudar, se sigue que la verdad puede ser hallada en el juego del propio pensamiento. No solo eso, también se entiende que alguien está realizando ese ejercicio mental, por lo que ese alguien debe existir, aunque la constatación de aquello, solo pueda estar al interior de la conciencia del que duda. Esto no parece un escollo, pues la realidad, suspendida gracias al ejercicio del pensamiento, solo puede ser entendida en la mirada del propio sujeto racional. Claro que cuando digo mirada, no me refiero a una actitud atenta de observación de la realidad, eso ya no hace falta cuando se tienen los ojos de la razón. Así la libertad, el ideal del humanismo ilustrado, es el resultado intelectual

2 Descartes, R. (1977). *Meditaciones metafísicas* (V. Peña, Trad.). Madrid: Ediciones Alfaguara. (Obra original publicada en 1641/1642).

de un dogma en el mismo sentido griego de opinión, creencia o mero ejercicio del pensamiento. El deseo de ser libre vuelve al cauce de lo normal, permanece y se realiza en la idea pura.

¿Qué es la pregunta?

Una pregunta es fundamentalmente la base del pensamiento, y este es la base de la acción. La pregunta nos obliga a concentrar nuestra atención y a tomar partido por el auténtico saber. Hacerse preguntas, para una mente saludable, es como respirar para el cuerpo. A nivel general podríamos decir que cuando una sociedad pierde la costumbre de hacerse preguntas, está en un estado de decadencia. Y en sociedades provenientes de la colonia, como la nuestra, hacerse preguntas todavía afecta las fibras más profundas de la matriz cultural, no solo porque la estructura cultural impuesta, anulaba la posibilidad del cuestionamiento, sino porque insistir en la pregunta era definitivamente un riesgo. De tal manera que el saber, comprendido desde estas geo-políticas aplastadas, no despierta nuevas preguntas, al contrario, las resuelve y las liquida. El saber es visto como una posesión, un objeto que puede tenerse, intercambiarse y que además confiere poder. La distorsión no puede ser peor, y no queda sino volver a abogar por la destrucción del orden simbólico retornando a la duda de todo a través de la modesta, pero fundamental, pregunta.

¿Qué es la parresía?

La parresia, un concepto olvidado en nuestra vida social libre, es, no obstante, el fundamento de la democracia. Se trata del “hablar directo”, del decir la verdad, de frente, sin complejos ni restricciones. La parresia sería lo contrario a la hipocresía que, no obstante, abunda y hasta es natural en medios decadentes. Hablar a espaldas de los otros, decir mentiras, corromper la propia palabra. Desde la antigüedad se le asocia con una práctica arriesgada, proscrita para los débiles, los temerosos y los indignos. En la parresia se teje un compromiso intrínseco del hablante con la verdad, se trata de un compromiso ético que va más allá de una forma de expresión y tiene que ver con el actuar y por ello con lo político, es decir que articula las dimensiones de la subjetividad, el saber y el poder. ¿Quién puede decir la verdad en una sociedad corrupta, y más que todo, qué es la verdad? El poder designa e impone (con o sin violencia) la verdad, pero la imposición por sí misma es corrupta si no es hallada por la reflexión propia, luego, el que reflexiona resiste con su crítica a la “verdad” del poder que normalmente reacciona ofensivamente. La sociedad democrática no solo requiere pensamiento crítico, sino valentía y valor, y eso es lo que hay que enseñar.

¿Qué es el juicio propio?

La relativización de los parámetros morales nos ha desorientado. La ruptura de la tradición y el pensamiento religioso no reemplazó adecuadamente los marcos éticos de valoración social. La búsqueda de libertad dio paso a las lógicas más antiéticas, como el culto al poder o la reverencia al dinero, que establecen las nuevas articulaciones del comportamiento y se convierte en el centro de una nueva religiosidad expresada en el pragmatismo, el utilitarismo y la desactivación del pensamiento crítico, la confusión de medios y fines. El egoísmo y la percepción del interés propio no es lo mismo que un proceso de introspección y pausa reflexiva. La vorágine funcionalista y la necesidad de integración aplasta la autonomía al mismo tiempo que el sentido de comunidad. Valorar, valorizar, juzgar y decidir por cuenta propia, considerar los efectos que nuestra acción tiene en los demás se torna un anacronismo. Los vectores que marcan el bien y el mal se supone que estaban en la brújula personal de cada uno, ya no están ahí.

¿Qué es la reflexión?

La primera condición de la libertad y de la autonomía es la reflexión. Kant³, diría la reflexión es el presupuesto para alcanzar la mayoría de edad y llegar a la ilustración. La reflexión nos saca del infantilismo al cual nos condena la satisfacción inmediata de las pulsiones consumistas, y por lo tanto es un antídoto al neoliberalismo. La reflexión es un puente entre la potencia y el acto, considerando todas las consecuencias posibles que se deriven de esa acción, en otras palabras, la reflexión permite construir conciencia. Al hacer esa simple pausa de lucidez, la reflexión no solo considera las consecuencias en abstracto, sino la realidad de los otros y de un tiempo y circunstancias compartidas, que nos implican y complican. La reflexión es en sí misma una pausa ética que orienta nuestra acción en el mundo, y por ello también contribuye a la democracia, pues estamos hablando de que una persona reflexiva actúa como un ciudadano consistente que seguramente contribuirá a generar, en la medida de sus posibilidades, un ambiente sano para ser y estar con los otros. ¿Y si todos reflexionáramos?

3 Kant, I. (1989). *¿Qué es la ilustración?* Santiago: Editorial Ercilla.

¿Qué es el concepto?

Cuál es el concepto de concepto. Antes, el concepto era una idea eterna sobre alguna cosa. Pero ¿es que puede existir semejante cosa? Es decir, que exista algo que sea inmóvil y eterno. Ni siquiera la idea de dios (estoy hablando de la idea) puede ser considerada como tal. La idea de la idea, siempre está mutando, igual que el concepto del concepto. Ahora, (es decir después de la filosofía francesa) el concepto es una especie de herramienta para acceder al mundo, no solo para entenderlo, sino fundamentalmente para interpretarlo y vivirlo. El mundo se hace accesible a través del concepto, que cambia, una vez que hemos accedido al mundo. Una paradoja del pensamiento. Lo realmente importante, en todo caso, sería la transformación que ese concepto permite operar en quien lo ejerce, una suerte de cambio de trayectoria de la acción en el mundo, o, en otras palabras, la transformación de la forma de vida. Se trata de un desplazamiento si se quiere estético, que permite la consolidación de otros valores (de otros conceptos). Obviamente, no me estoy refiriendo al arte, sino a la posibilidad de las propias formas de expresión que justifican y consolidan la identidad, que, si lo miramos desde esta orilla, es la primera responsabilidad política de cualquier individuo.

¿Qué es la verdad?

Nos enfrentamos a una pregunta fundamental, y es posible que este pequeño texto no logre responderla. No obstante, creo que sí puede evidenciar, por lo menos, la necesidad que esta pregunta proyecta, una necesidad que después de reflexionarlo un poco, se parece a un entramado donde actúa en primer lugar el deseo de ser, como la articulación de los fundamentos, identidades y regularidades tanto del yo como del mundo, así mismo, el deseo del estar o el establecimiento de posibilidad de un sentido infinito que trascienda la finitud de la propia vida, y luego, el deseo de saber, entendido como un medio para alcanzar el fin, el deseo de actuar y ejecutar, que está orientado y justificado por las nociones del saber. Algunos filósofos como Nietzsche han indicado que a todo esto se le puede dar el nombre de voluntad de poder, la pura vitalidad tratando de superar la casualidad del entorno para asignar sentidos que establezcan el mundo, y nos liberen de las indeterminaciones que provienen de la inexistencia de la conciencia. Más allá de encontrar las certezas en el mundo objetivo, o de pensar que la única posibilidad de aquellas nace en el pensamiento del sujeto, debemos reconocer que todo esto es posible gracias al lenguaje como mecanismo de la comprensión, de especulación y de creación continua del pensar como representación de esa imperiosa necesidad que nos hace ser lo que somos.

¿Qué es la objetividad?

Un axioma básico de la política es que no hay objetividad. Ninguna afirmación es neutra, aunque sea sustentable, y eso hace que la disputa de posiciones no tenga un asidero en “la verdad” y tampoco un punto de llegada compartido. Dicho lo anterior, me gustaría comentar un fenómeno poco visible, que supera en cierta forma esta aporía, instrumentalizando las lecturas de lo político desde diferentes ámbitos, veamos. Los medios requieren análisis de la coyuntura política, como si se tratara de un partido de fútbol, donde se puede hablar por horas de insignificancias, enunciando de vez en cuando las estrategias de ataque y de defensa, las características de los jugadores, su rendimiento, sus condiciones, su posición en el mercado, recurriendo a la memoria de los hechos, abandonando los contextos socio-históricos, y dando espacio a la pauta. Los analistas disputan sus predicciones como si fueran adivinos calificados, como si estuvieran en un concurso de predicciones, generando recetas políticamente correctas, adecuadas a su propio perfil de expertos. Los comunicadores políticos, miopes y magistrales en las estrategias cortoplacistas se enfocan en “vender” literalmente la imagen del candidato o de la autoridad de turno, cuidando ante todo su capital reputacional, su fama y su vigencia en las redes, que le permitan seguir en la contienda. Los asesores políticos por su lado se especializan en ganar elecciones o reelecciones, así sea perdiendo, estableciendo pactos secretos incluso con la oposición, profundizando el clientelismo, y quién sabe, qué otras cosas más. Finalmente, a los ciudadanos literalmente nos toca participar en esta forma instrumental de democracia bajo el espejismo de la libertad de elección y de la soberanía popular. La realidad es que normalmente estamos obligados a elegir, y no al mejor, sino al menos malo.

¿Qué es la hermenéutica?

Hay una victoria de las ciencias duras que perjudica enormemente a la humanidad, y que varios filósofos advirtieron sin que su oposición haya frenado el impacto que tuvieron en las formas de construir los criterios de verdad, y menos aún en sociedades periféricas como la nuestra, ávida de ser o parecer “primer” mundo, en los términos de su hegemonía. En la actualidad, los saberes académicos se construyen, son aceptados y reconocidos si, y solo si, integran las condiciones científicas de acceso a la verdad, entendiendo por ello solo lo que es susceptible de medida y cuantificación. La reflexión que no incorpora estos aspectos a lo sumo es vista como una opinión inconsistente e incapaz de producir saber. Pero el saber o el acceso al conocimiento en estos términos es absolutamente limitado y hasta inválido. El ser humano, por ejemplo, no puede conocerse como se conoce a una piedra. El ser humano vive, actúa, siente interpreta y comprende. Adicionalmente, no se puede comprender a un ser humano sino en su contexto histórico social y cultural específico, por lo que su conocimiento, escapa a lo meramente medible, requiere una interpretación, una hermenéutica. Para Dilthey⁴ la interpretación es una forma particular de conocimiento que fundamenta las ciencias del espíritu o también llamadas ciencias de la cultura, sabiendo que no se puede comprender solamente de manera racional, y que se requieren elementos emocionales. En toda interpretación siempre hay algo de irracional, tal como lo es la vida misma. No todo se puede explicar en términos lógicos y, por lo tanto, cabe aceptar lo inconmensurable, lo inefable, y lo

4 Dilthey, W. (2000). Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica (A. Gómez Ramos, Pról. y notas; H.-U. Lessing, Epíl.). Ediciones Istmo.

incomprensible como parte del saber, cuestiones que por cierto también escapan a la “inteligencia” artificial.

¿Qué es el saber de sí?

La historia de la filosofía occidental está traspasada por la idea de que la sabiduría proviene del conocimiento de uno mismo. Desde Heráclito hasta Foucault, este “saber de sí” se propone como un conjunto de principios y prácticas que nos permiten “hacernos a nosotros mismos”, es decir, no solamente el establecimiento de la significación de nuestra vida en el mundo (que ya es bastante) sino la continuación y la vigencia de la libertad. Los existencialistas veían a la libertad como la condición elemental de la ética, -ese conjunto de principios que orientan nuestro paso por el mundo, un mundo conformado por individuos que interactúan, se condicionan, se proyectan, y en conjunto, construyen sus historias y su existencia-. La libertad, siendo el fin del cuidado de uno mismo, es también el origen del sujeto social. Pero la libertad es un saber que requiere de una constancia y de una preservación a través del tiempo. Al cuidar de nosotros mismos, cuidamos de la libertad y viceversa, pero esta libertad nos proyecta al establecimiento de conexiones y relaciones con los otros de los que no podemos prescindir. El cuidado de si es por ende un cuidado de los demás, y en esta medida también es una cuestión política que implica un conocimiento determinado, pues no podemos cuidar de aquello que no conocemos. La filosofía política, en cuanto reflexión sobre los demás, es una preocupación con un objeto complejo: la posibilidad de que una conciencia colectiva sobre la libertad se reproduzca y profundice en el tiempo, la acción política destinada a garantizar esa libertad. La libertad es un modo de acción y de pensamiento

para con uno mismo y para con los demás; es, en conclusión, un modo de acción ético-político. No existe libertad que no considere en el núcleo mismo de su naturaleza ontológica al otro, y que al mismo tiempo no sea asumida como un trabajo sobre sí, en este caso un cuestionamiento de sí y de su centralidad en los imaginarios, sobre todo bajo las obtusas y reduccionistas ópticas del individualismo.

¿Qué es la filosofía?

En un momento determinado, la filosofía fue considerada la ciencia de las generalidades, y los filósofos, sus expertos. Las necesidades de fundamentación disciplinar y metodológica cedieron a la fiebre positivista y ahora hay acuerdo en que la filosofía no es una ciencia, aunque ello no le ha impedido seguir usando la razón como su herramienta fundamental, donde la lógica no ocupa todo el espacio, también lo hace la poesía. De igual manera parece haber menguado el interés de la filosofía por la búsqueda de la verdad. Al contrario, frecuentemente cuestiona la "verdad", la interpela, la descompone la crítica. Y qué decir del saber. La filosofía, siendo pensamiento sobre el pensamiento, relativiza el saber. Es decir, al abrir los espacios de la duda, permite el aparecimiento de la imaginación, la conjetura, la especulación. Este camino con justicia puede ser entendido como el camino del no-saber, y sin embargo es fundamental para el conocimiento y reconocimiento del mundo. Sin preguntas no se produce ni la enseñanza ni el aprendizaje, sin preguntas el mundo simbólico se esclerotiza. Una sociedad con pocas preguntas es una sociedad decadente y que paradójicamente habita en la incertidumbre. Ha perdido la certeza de que lo único que sabe, es que no sabe.

¿Qué es pensamiento crítico?

Bajo el supuesto de que la lectura, interpretación o mirada que hacemos del mundo se define y corresponde de acuerdo con nuestros intereses, el pensamiento crítico debe ser entendido, ante todo, como un pensamiento político. Luego, en el pensamiento crítico no hay cabida para la verdad absoluta, sino para dos ideas orientadoras: La primera, que no se puede mirar las cosas de una sola manera, pues ello puede estar expresando la fuerza de un poder que se impone en los significados. La segunda, que lo que existe es la diversidad de miradas. Muchos han hablado del pensamiento crítico como un tipo de pensamiento cuyo objetivo es consolidar los postulados y procesos lógicos, pero esa es una parte de la cuestión. La capacidad de ejercer autónomamente el juicio no tiene que ver solo con sostener de manera argumentada una proposición, sino con ¡generar nuevas proposiciones! Ahí está el reto de la educación emancipadora y crítica de lo instituido, y articuladora de contenidos que permitan el apareamiento de otras formas de interpretar y edificar el mundo.

¿Qué es la ruptura?

¿Se pueden romper las reglas? Y si se puede hacerlo, ¿cuándo es razonable hacerlo? Comencemos por lo primero. Una regla es una norma de regulación de la vida colectiva tácita o explícita. La regla desemboca en una forma de comportamiento adecuada para mantener un tipo de relación entre las personas en un

contexto o escenario compartido. Se entiende que, en una sociedad democrática, cuyo principio fundamental está definido por la dignidad y la libertad de las personas, esas reglas estarán dirigidas a mantener y a profundizar precisamente la democracia, la libertad, la justicia, y, en resumen, la vida armónica bajo esos términos. Excepcionalmente esas normas o reglas podrían romperse, si afectan o son contrarias al objetivo fundamental que les dio origen, como históricamente ha ocurrido, si rastreamos los grandes cambios de la humanidad hacia la libertad. Evidentemente, estamos hablando de que la ruptura con un tipo de ordenamiento no tiene que ver con un acto emotivo, irreflexivo y solitario, impulsado solamente por el criterio individual. Se trata de una construcción racional y compartida, no de un estado de ánimo. Puedes sentirte el dueño del mundo, pero no puedes pasar por encima de los derechos de las otras personas. Lamentablemente estamos expuestos, y cada vez con mayor fuerza, a las taras de megalómanos indeseables que sienten que pueden hacer lo que les da la gana. Pero si esto es más frecuente, si quienes se creen todopoderosos comienzan a romper las reglas de convivencia, quizá ya no se trata de un simple error del sistema, sino de su normalidad. ¿Seguimos en democracia? Porque la idea es que la democracia genera una serie de instituciones que permiten el procesamiento de la vida en comunidad, garantizando la igualdad y la libertad y la consecución de la felicidad en el reconocimiento que todos los seres humanos tienen derechos. Lo otro, que el más poderoso haga realidad sus más oscuros deseos pasando encima de todo, es volver al medioevo. En un sistema democrático, si cualquiera se siente agredido por lo que estoy escribiendo, el día de mañana tiene las herramientas para presentar su reclamo, y si yo estoy en error, debo no solo reconocerlo sino pagar las consecuencias. Pero nadie debería poder agredirme por lo que estoy diciendo, pues entonces aquel se convierte en el primero en cometer el error.

¿Qué son los valores?

¿Las cosas tienen valor en sí mismas o lo tienen porque nosotros se lo asignamos? Este fértil dilema de la axiología, en cualquier caso, no responde a la pregunta sobre qué es un valor. Evidentemente los valores no están flotando en el aire, están atados a cosas o situaciones específicas. Si la cosa bella desaparece, desaparece la belleza, no obstante, la idea de lo bello permanece. El adjetivo no se borra con el fin del objeto. Pero pensemos en valores como la libertad. A pesar de que la realidad continuamente le pone trabas, la libertad subsiste. ¿Por qué? Estas ideas persistentes, que bien podrían ser catalogadas como ideales, algo que hasta donde sabemos, son cristalizaciones de la memoria colectiva, núcleos de sentido que poco tienen que decir sobre el pasado, porque tienen como horizonte el futuro, el deber ser. Sin este deber ser no podemos juzgar el presente, es decir, lo que es. Se entiende entonces que, una epistemología basada solo en lo que es (el positivismo), en un momento dado pierde el sentido del mundo. Así la ciencia pierde el sentido del mundo porque es incapaz de valorarlo sobre la base de un ideal. El mundo se corrompe, mientras el progreso solo se asienta en sí mismo, sin ningún fin. La paradoja está en que los valores, aquello tanpreciado de lo que hablamos como fundamento de la educación y la cultura, resulta ser el fundamento de la oposición (negativa) al mundo, que le permite guardar razón y armonía. Pero le tememos tanto al pensamiento negativo...

¿Qué es el idealismo?

Qué interesante que es la vuelta que da el pensamiento de Descartes, en su proceso de legitimación del sujeto pensante, pero siendo honestos, debió derribar también la idea de Dios, pues en el nuevo esquema del yo soberano, Dios no era necesario. Además, no habría forma de verificar ni su infinitud, ni su calidad moral, ni su esencia, dejó esa idea incólume o por razones políticas o por propia miopía. Probablemente las mismas razones por las que olvidó el cuerpo y la tierra, formas de esa res extensa secundaria e irrelevante en el ordenamiento de lo “ideal”. Desapareció el animal y solo quedó el hombre-racional-universal. Un avance, no obstante, ficcional, que no se corresponde con la realidad, pues no hay proceso de pensamiento que no esté articulado al cuerpo y a las condiciones específicas que hacen posible la existencia de ese cuerpo. Friedrich Nietzsche⁵ advirtió este problema que está en el centro mismo del humanismo, y que podría resumirse en los excesos idealistas que no solo olvidan, sino que desprecian en última instancia, la vida. Tres fragmentos expuestos en su *Zaratustra* nos ayudan a ilustrar mejor el punto: “Mi yo me ha enseñado un nuevo orgullo, y yo se lo enseñé a los hombres: ¡a dejar de esconder la cabeza en la arena de las cosas celestes, y a llevarla libremente, una cabeza terrena, la cual es la que crea el sentido de la tierra!” (De los trasmundanos). “Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido, llámase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo” (De los despreciadores del cuerpo). “¡Permanecedme fieles a la tierra, hermanos míos, con el poder de vuestra

5 Nietzsche, F. (2019). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza Editorial.

virtud! ¡Vuestro amor que hace regalos y vuestro conocimiento sirvan al sentido de la tierra!” (De la virtud que hace regalos, 2). La historia le concedió a Nietzsche el acierto de anunciar la decadencia del idealismo en la metafórica muerte de Dios, dentro de la misma estructura racionalista-eurocéntrica. Pero esa muerte nos dejó a merced de un nihilismo plenamente funcional a los intereses de la lógica liberal-tecnológica-industrial del capitalismo avanzado. Si hay solo una vida en la tierra, debía estar consagrada a la generación de la riqueza. Esta es la lógica del último hombre (producto de la decadencia del humanismo clásico), que habita en la mediocridad del “hombre-masa” que se regocija en la superficialidad del consumismo, y que, si acaso tiene algún destello de lucidez crítica, es demasiado cobarde para enfrentar la construcción autónoma de una existencia con sentido.

¿Qué es el lenguaje?

Ludwig Wittgenstein⁶ dijo que los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo. Claro que a esta expresión habría que matizarla diciendo que con el lenguaje se puede hacer inteligible una parte del mundo. Pero la vida no se agota en el lenguaje. De ahí que la nueva filosofía vaya a explorar lo sensible y lo vital, más allá incluso del lenguaje, pero con el lenguaje. En este punto llegamos a lo que, tomando una expresión de Roberto Esposito⁷, se define como la autoconfutación del propio fin, esto es, que la filosofía se realiza negándose a sí misma. Esto que parece una ley del pensamiento nos vuelve a remitir al proceso, antes que al fin. Entonces, el lenguaje es un proceso, que como dijo Nietzsche y luego Foucault, que está lleno de poder. Con el lenguaje ordenamos el mundo y construimos realidad, pero esa acción implica disputas y tensiones internas entorno a la constitución del sentido, así que el lenguaje también es un campo de batalla interno en el cual nosotros podemos formar parte, o no. El lenguaje no es neutral, y no solo significa algo objetivamente. También expresa intenciones y encarna sensaciones. Por supuesto que cuando calla, el lenguaje también expresa algo. Por eso la tesis de que quizá la ausencia de un discurso filosófico ecuatoriano o latinoamericano, se debe en parte a que es imposible una reflexión propia de los perdedores (de los colonizados), con el lenguaje de los ganadores (los colonizadores).

6 Wittgenstein, L. (2009). *Tractatus logico-philosophicus*. Investigaciones filosóficas. Sobre la certeza (I. Reguera, Estudio introductorio; J. Muñoz Veiga & I. Reguera, Trads.; A. García Suárez & C. U. Moulines, Trads.; J. L. Prades & V. Raga, Trads.). Editorial Gredos.

7 Esposito, Roberto. "La diferencia italiana" en *Pensamiento viviente*. Origen y actualidad de la filosofía italiana (Buenos Aires: Amorrortú, 2015).

¿Qué son las humanidades?

Se debate a propósito de la crisis de las humanidades en los centros de enseñanza, que sucumben a las lógicas hegemónicas utilitaristas, instrumentales y pragmáticas, ligadas al capitalismo neoliberal; sobre su necesidad y pertinencia para el mejoramiento del ser humano, la ampliación de la ciudadanía y de la democracia, la construcción de principios éticos devenidos de la reflexión racional y pausada. Se justifica a las humanidades sobre su potencial transformador de las creencias, percepciones y actitudes hacia el mundo, y hasta se argumenta en favor de su estatuto epistemológico y de su calidad de ciencia. Pero algo queda pendiente en todo este despliegue defensivo de las humanidades porque ¿no es acaso la racionalidad del capital algo profundamente humano? ¿es que el humanismo no ha participado en la construcción del mundo? De hecho, es posible que la comprensión actual del humanismo se exprese precisamente en esas condiciones de producción de un mundo que ciertamente aparece no solo hostil con las humanidades sino con la vida. Así que situar a las humanidades en la comodidad de la alteridad renegando de su parte de responsabilidad en el apareamiento de un mundo que no admite otros mundos, constituye una deshonestidad y al mismo tiempo expresa sus profundas carencias. Digámoslo así, la reconstitución de las humanidades pasa por devolverles la capacidad de creación de utopías, es decir de nuevas imágenes de futuro de un ser humano mejor, y de una sociedad mejor y de reconocer este aspecto como relevante y fundamental para el verdadero progreso del ser humano. No por reconocerles legitimidad como ciencia, las humanidades van a salir de la crisis. Es mejor que las humanidades sean ilegítimas en un mundo que produce muerte, es mejor que sean auténticamente críticas y que propendan a la

creación de estrategias humanistas y solidarias al margen de toda institucionalidad del pasado para que puedan acoger a todos aquellos que se estampan contra la pared del poder.

¿Qué es lo actual?

El pensamiento siempre es inactual y en un tiempo marcado por la inmediatez y la innovación, lo que se requiere es actualidad. Este requerimiento sin duda viene marcado por el carácter absoluto de un presente que se esfuma en la permanente novedad. La permanencia de lo novedoso hace que exista un desgaste en la apreciación de las cosas, y que lo valioso lo sea mientras es nuevo. Eso explica por qué la permanencia de lo novedoso requiere de la construcción de lo actual para sostener el sentido. Pero aparece una paradoja: lo actual no puede reflexionarse desde el presente, porque corre el riesgo de quedar caduco y ser extemporáneo, en el vertiginoso movimiento hacia lo nuevo. Lo actual solo puede ser concebido como una anticipación que desecha el presente como condición necesaria de su innovación. De tal manera que lo actual termina distorsionando la apreciación del tiempo en general, dado que no es un concepto funcional. Al contrario, lo actual suspende la continuidad, finaliza la historia y concluye el progreso. Lo actual inaugura la estática de la innovación perpetua.

¿Qué es la razón instrumental?

El concepto “razón instrumental” en nuestros días aparece como algo redundante, pues toda razón, se entiende, o es instrumental o no es razón. Es decir, la razón debe tener un uso práctico, debe servir para algo. Entonces el pensamiento que es válido es el que puede demostrarse y aplicarse. Para ello, el pensamiento se hace positivo, se ciencitifica y deviene en técnica y en metodología. No obstante, el defecto de la razón instrumental es que ya no se ocupa de los fines, sino solo de la coherencia lógica interna de los planteamientos técnicos. La reflexión sobre la forma en la que está organizado el mundo, por ejemplo, es irrelevante para la razón instrumental- El mundo es lo que es. Acepta, en otras palabras, la hegemonía del economicismo capitalista, y se adhiere a su funcionamiento sin cuestionarlo. Si no fuese así, no existiría necesidad de esa razón y desaparecería. Pero, por otro lado, la razón “como mero instrumento”, claudica a pensar el todo (sus objetivos y fines) y el pensamiento crítico desaparece, o en el mejor de los casos pervive despolitizado, convertido en una herramienta inofensiva al poder, pero crucial para las necesidades y requerimientos técnicos. Esa es una de las explicaciones para que la razón no utilitaria ni instrumental, es decir, la razón filosófica, sea incómoda en todo el sistema educativo.

¿Qué es la vacuidad?

Existen suficientes razones para calificar a nuestro momento histórico como un momento de vacuidad. Una sociedad de la vacuidad sería una sociedad en la que todo es superficial y nada tiene en realidad un interés general. La vacuidad hace que el sentido se restrinja a lo instrumental, que los objetivos se allanen a la supervivencia, que el ordenamiento sea determinado por el statu quo. La sociedad se vacía de contenidos, aunque impere una diversidad de contenedores. La diversidad, paradójicamente, en un mundo superficial termina fortaleciendo la vacuidad, al no significar nada, las diferencias refuerzan el imperio de lo mismo. Así que la otredad, en caso de que pudiera ser pensada, solo sería posible en el terreno de la gravedad del sentido, que, por otro lado, no es de fácil acceso porque no es evidente. Queda así restringido, deja de ser democrático y, sobre todo, no es comercial. Lo evidente está en la superficie, que, en la sociedad mediática, se muestra como apariencia. Así lo aparente termina estableciendo lo incuestionable y dictaminando el nivel de la certeza. No solo hay que ser, hay que parecer y aparecer. La vida se resuelve en la calidad de la puesta en escena para un público anónimo y desencantado que viene a reemplazar al “gran hermano” con mucha mayor eficacia en sus dispositivos de control. La originalidad se halla en la trivialidad y la integración en el ejercicio de una adaptación deseada. El pensamiento crítico es imposible porque su condición es convertirse en barbarie. La barbarie de la soledad, la barbarie de la filosofía, la barbarie de un mundo sin capital.

¿Qué es la disforia?

Disforia, estado de malestar, incomodidad o insatisfacción. Podría decirse que lo típico en la sociedad actual es un estado de disforia. Una de las razones de fondo podría ser la forma que toman los procesos racionales. Si nos fijamos, la razón es esquizofrénica. Oculta (como si eso se pudiera), nuestra condición de animales. No solo eso, exalta nuestra condición de vivientes pensantes sobre otros vivientes, como si lo racional fuera un atributo justificativo de su dominación. Las feministas hace tiempo comprendieron esto, pues la razón construyó un discurso de humanidad donde se omitió literalmente a la mujer. Walter Benjamin⁸ también lo vio: “Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de la barbarie”. La razón ha servido para justificar matanzas y hasta genocidios. La razón burocrática ha servido (y sirve) para escapar de la ética y de la responsabilidad. Como “banalidad del mal”, llamó a esto Hanna Arendt⁹. La racionalidad científica y técnica tiene su plataforma de desarrollo en la construcción de armas. Para la razón económica la naturaleza no significa nada, sino una cosa que sostiene la plusvalía. Sin un bien mayor, la razón política se diluye en una disputa entre intereses privados. La razón se ha convertido en necro-razón, en una razón para la muerte. Las ideas de libertad, de autonomía se han distanciado de la vida concreta. La razón ya no entiende la emancipación, prefiere organizar lo desechable, programar la obsolescencia de objetos y personas, sacar

8 Benjamin, W. (1940). *Tesis de filosofía de la historia* [Ensayo]. Recuperado de https://www.proletarios.org/books/Benjamin-Tesis_de_la_filosofia_de_la_historia.pdf

9 Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén* (C. Ribalta, Trad.). Barcelona: Editorial Lumen.

partido del sufrimiento bajo la lógica de la eficiencia y la rentabilidad. Tal como lo pintó Goya¹⁰: “El sueño de la razón produce monstruos”.

¿Qué es lo trivial?

¿Qué es lo que vemos frente al espejo? La respuesta es lo trivial. Doloroso pero cierto, en la trivialidad nos sentimos cómodos. Sin sobresalir de lo ordinario y lo común, careciendo de toda importancia, y siendo normales. Pero en esa comodidad, no solo perdemos nuestra vida, sino que la hacemos más insoportable. Porque en la trivialización aparece el tedio o la impotencia, y definitivamente la resignación. Una autoconciencia esclerotizada que no ve más allá de las imágenes que acepta sin cuestionar. Así, por ejemplo, banalizamos el horror del genocidio que ocurre a través de guerras de baja y alta intensidad, y en general de un sistema inhumano, si acaso el término humanismo todavía tiene algún sentido, absortos en la esclavitud de una cotidianidad que nos enajena justo en la cúspide de la civilización. No es casual que términos como “salud mental” se hayan puesto de moda. ¿La salida? extraviada entre el deseo de tener lo que no se tiene (la vida) y el miedo de perder lo que se tiene, (la vida).

10 Goya, F. de. (1799). El sueño de la razón produce monstruos [Aguafuerte, aguada de resina y aguja seca sobre papel]. Museo del Prado, Madrid. Recuperado de <https://www.museodelprado.es>

¿Qué es subversión?

Todos tenemos la capacidad de alterar las cosas. Nuestra propia llegada al mundo, que podría ser interpretada como una transformación radical de la realidad, constituye la génesis y fundamento de nuestra capacidad de cambio y subversión. Evidentemente también lo es nuestra muerte. Algo cambia con y sin nosotros. Lo que no se entiende muy bien es cómo, en la actualidad, nuestra existencia está orientada al mantenimiento pasivo de las cosas. Nos acoplamos casi sin cuestionar el orden establecido. Hablamos de innovación sin que ello signifique cambios sino perfeccionamiento del orden del sistema. Defendemos de libertad, pero gustosos nos sometemos al dominio de otro. Afirmamos nuestra identidad, pero preferimos ser homogéneos porque lo distinto nos es repulsivo. Nos declaramos defensores de la democracia, una democracia que en la práctica aplasta y excluye. Nos apoyamos en los valores, pero somos temerosos. Es muy probable que exista en el fondo de todas estas incoherencias una contradicción fundamental que nos desconecta de nuestra condición humana. El resultado es convertirnos en zombis alimentados de una suerte de persuasión coercitiva global, y a estar obligados a sufrir, profundizar y ampliar un tipo de organización política-económica. Cuando reduces la potencialidad de la humanidad a la lucha encarnizada por la existencia, paralizas el progreso humanista de la propia humanidad.

¿Qué es la diferencia?

¿Qué significa ser diferente en un mundo organizado sobre la normalidad? Los discursos de la disciplina y luego del control, siempre apuntaron al mismo lado. La diferencia en la concepción y aplicación del poder en nada modificó los objetivos de un “orden y de una paz social” levantadas sobre la autoproclamada idea de la civilización global. La generosidad y amplitud globalizada de esa razón terminó imponiéndose al opuesto y funcionalizando al diferente. De hecho, el concepto de diversidad es la panacea de la diferencia funcionalizada. La sola idea de exclusión ya constituye un síntoma de este pensamiento único. ¿Exclusión de qué? Del sistema único, por supuesto. Aceptando la libertad provista por la razón iluminista, todo da igual. Se aplana el mundo y se rompe la comunicación. Quien diría que entre los “normales” se podía reproducir la afasia. Si no hablamos entre nosotros no pensamos ¿Pero qué interés puede tener hablar de lo mismo? Hemos desembocado en el silencio, y los menos funcionales en el gruñido o el gemido. La fascinación por el/la diferente no solo era su extrañeza sino en el fondo el reconocimiento de la posibilidad de otros modos de libertad, propia, auténtica, única. La sociedad liberal no es una sociedad de individuos libres en el sentido antes descrito. Pensarse libre en la sociedad de la libertad es ideología pura. ¿Qué tiene de libre actuar de la misma manera, pensar de la misma manera, sentir de la misma manera que todos? Nos decimos libres pero el trasfondo es el miedo, ahí sí somos iguales. La libertad es una relación que ocurre con los otros, no es una esencia que poseemos. Si fuéramos libres quizá estaríamos buscando organizarnos de otra manera, de una que respete verdaderamente la diferencia. Pero no podemos y no queremos, porque sencillamente no nos pertenecemos a nosotros mismos. Si la identidad, es decir, ser

quien uno quiere ser, deja de ser comprendida como el proyecto político fundacional del ser humano, desembocamos en la enajenación de sí mismo y, en consecuencia, en la carencia profunda de libertad, me refiero a una libertad que para ser no necesite de la tutela del Estado, o de la coherencia de la razón, solo de la empatía y de respeto por el otro. Pero los “libres” buscan ser reconocidos y funcionalizados. Robustecen la masa de súbditos obedientes y enmudecen a la alteridad reclamando la justicia de un sistema estructuralmente injusto.

¿Qué es lo postalfabético?

El postalfabetismo puede ser visto como una mutación antropológica producida por una forma muy particular de acceso al conocimiento, en las que el texto deja de ser hegemónico en la estructuración del pensamiento. Esta suerte de deserción del texto refleja una crisis de la educación donde la palabra escrita y leída, era la forma hegemónica de producción del sentido. Si el lenguaje deja de mirarse a sí mismo, deja de poder interpretar críticamente el mundo. Sin el texto, difícilmente el pensamiento puede detenerse en esos pequeños pero fundamentales actos de metacognición, peor aún, sin el texto el esfuerzo por construir puentes narrativos, por construir caminos lógicos y reflexivos, por crear la posibilidad del diálogo con los otros, desaparece. Pero existe un desplazamiento aún más preocupante. Desde esta dislexia estructural, la sociedad actual va pasando a la a-léxia donde no solo se lee menos, sino que se deja de pensar desde la escritura. En esta deriva, la emergencia de tecnologías como Alexa -símbolo de una oralidad automatizada- revela un giro de época: de la escritura como forma de pensamiento reflexivo, a los comandos de mando como dispositivos de eficien-

cia, rapidez y funcionalidad. La paradoja es que los dispositivos que se justifican como prótesis epistémicas que facilitan el acceso urgente al conocimiento, pueden reducir la propia posibilidad de reflexión.

¿Qué es un libro?

De aquellos objetos fantásticos creados por el ser humano, el libro ocupa probablemente uno de los lugares protagónicos. No es solo la encarnación del mundo simbólico (de hecho, el mundo es simbólico) o el formato más clásico de conservación de la información, no es solo la posibilidad de mediatizar la comunicación, sorteando la instantaneidad y dando continuidad histórica a la vida de las ideas. Todo libro encierra un secreto generoso dispuesto a ser compartido. Llevar un libro bajo el brazo es llevar el código de identificación con la cultura, con su pasado y con su porvenir. No solo los dioses se han preocupado de escribir un libro, también los demonios, esos ángeles rebeldes. La etimología dice que el *daimōn* no es más que un espíritu sabio, como si el libro además de las revelaciones sirviera para las rebeliones. En esa medida no hay arma más poderosa que el libro, por eso los fascistas quemaban libros en la hoguera. Paul Valéry dijo que el libro y el hombre comparten los mismos enemigos: el fuego, lo húmedo, las bestias, el tiempo y, además, su propio contenido. Con los libros cambiamos, ampliamos y movemos nuestras perspectivas, aprendemos a pensar, a hablar y a escribir, pero también aprendemos a sentir. En los libros encontramos retratadas a las emociones, el ser y el deber ser. Lo más interesante es que la escritura del libro no es suficiente, pues el libro solo es útil en la medida que alguien lo lee, y por eso el libro es siempre, un instrumento de democratización.



II.

Educación y amaestramiento

¿Qué es la pedagogía?

Entre el mundo y el saber, está la pedagogía. La pedagogía es una forma de transmitir y compartir el saber. Se trata de una acción consciente, que trata de ser consecuente con un proyecto de mundo que se expresa en un proceso educativo con implicaciones personales, sociales y políticas. Naturalmente no existe una única acción pedagógica, pero desde una perspectiva democrática, como afirma Phillippe Meirieu¹¹, se requiere hacer las cosas en conjunto. Hacer junto a los otros, comprender que compartimos un espacio y un momento vital, que necesitamos organizarnos y para ello es preciso comprender los códigos, pero no solo eso. Se trata de articular las voluntades, construir espacios donde todos seamos reconocidos y útiles, considerando nuestras diversidades. La pedagogía es la posibilidad de reconocer en cada uno de nosotros la potencia de saber y de ser quienes queremos ser, la potencia de crear, y esto implica reconocer la libertad, pero también que el mundo necesita un orden que no está cerrado, y que puede reconstruirse y reformarse.

11 Meirieu. P. (2019). *Pedagogía, el deber de resistir*. Ed UNAE.

¿Qué es la docencia?

El futuro no está en los niños, sino que está en los docentes que forman a esos niños. Quizá es una gran responsabilidad para los docentes, pues a los niños los formamos todos, directa o indirectamente con nuestro ejemplo, con nuestros hábitos, con nuestros medios de comunicación, con la forma en que tenemos de gestionar nuestra vida colectiva. Pero ya que la escuela como institución está pensada exclusivamente para la educación, son los maestros los que tienen que asumir directamente este reto. No por nada, la docencia es la profesión más relevante para el futuro de la colectividad y, naturalmente, para el futuro de la democracia, que por provisional e imperfecta que sea, es la vía que tenemos para alcanzar el bienestar y la justicia de todos en el respeto de la libertad y las diferencias. Entonces es fundamental tener docentes bien formados, presupuestos sólidos y una política de Estado que respete y acreciente la inversión en la educación, más allá de los gobiernos de turno. Solo así se podrá pensar en transformar los fallidos proyectos nacional estatales de los países dependientes ligados a la geopolítica del capital industrial, en un proyecto para la construcción de repúblicas libres, democráticas, populares, laicas. Y evidentemente la buena formación de los docentes tiene como un componente clave su formación política, que no es formación ideológica, pero que constituye un marco de referencia y reflexión ético político a partir de ciertos principios elementales de convivencia que bien podrían estar atados a la defensa, protección y expansión de los DD.HH. Desde los orígenes griegos, la *Paideia* tenía como objetivo formar personas de bien. Así el objetivo de la enseñanza hasta la actualidad ha consistido en formar buenos ciudadanos, pero necesitamos saber qué es ser buen ciudadano en una estructura social cada vez más desigual, injusta e inequitativa y qué debemos hacer para transformarla.}

¿Qué es el derecho a la educación?

Oswaldo Encalada una vez me dijo que la educación no es un derecho sino una obligación. Por un lado, estamos obligados a educarnos, y por otro, la sociedad está obligada a proveer acceso a educación, porque sin educación no solo que es imposible el progreso personal, sino la existencia de la sociedad democrática que acoge a personas libres. Por eso la educación, como lo muestra Philippe Meirieu¹², solo es aceptable si se articula desde el principio de la libertad. Una contradicción que debe ser resuelta en el proceso de aprendizaje, que no es lo mismo que el saber. El aprendizaje requiere esfuerzo, dedicación, experimentación y tiempo. El acceso al saber es totalmente contrario del acceso que propone el mercado hacia una mercancía, de manera inmediata e irreflexiva. El conocimiento es el “cimiento” que soporta la edificación de la sociedad, y podemos imaginarnos qué es lo que pasa cuando una estructura se construye con errores en su cimentación. La educación entonces es el trabajo por la autonomía de las personas, su pensamiento y juicio propio, y el respeto y el cuidado de aquello que nos es común a todos, empezando por nuestra condición humana.

12

Meirieu. P. (2019). *Pedagogía, el deber de resistir*. Ed UNAE.

¿Qué es aprender?

En un texto de Joseph Moreau¹³ se encuentra esta interesante paradoja descrita por Platón en su obra *Menón*: Si aprender es tratar de saber, se deduce que no se puede aprender aquello que ya se sabe, y, por otro lado, no se puede aprender aquello que no se sabe pues ¿cómo se podría “tratar de saber” aquello que se desconoce? Y la respuesta es aún mejor: No se trata de obtener el saber de un objeto, sino de saber cuál es el sujeto que propone el saber y cómo lo hace, es decir cómo aprende. Más allá de los misterios idealistas en los que se entrampó la solución a esta paradoja, el problema que nos plantea es real, y desde mi perspectiva tenemos tres elementos para despejar en la ecuación: saber, aprender y sujeto. Sócrates dijo que la vida sin examen no vale la pena vivirse, y Aristóteles que hay que saber para vivir bien. La justificación del sentido aparece aquí ligado a la ejercitación del ser humano sobre la sustancia de su humanidad, lo simbólico, que se expresa en la acción que modela la vida, y en sus principios éticos, que -nunca estará por demás recordarlo-, son históricamente determinados. Solo así se entiende que a los griegos les diera igual la existencia de esclavos. Su examen no podía ir más allá de ellos mismos. Nuestra respuesta a la luz de la política y de la historia, podría expresarse así: No se trata solo de saber cuál es el sujeto que propone el saber y cómo lo hace, sino de establecer las condiciones sociales y económicas para la construcción y el libre desarrollo de la razón, del saber y de la cultura, entendidos como acto colectivo. Se trata de volver a la *frónesis* en su sentido literal, como capacidad de pensamiento racional ligado a los fines de una vida plena, lo que significa que

13 Moreau, J. (2017). Platón y la educación. En: Chateau, J. (2017). *Los grandes pedagogos*. Fondo de Cultura Económica.

la ética se vuelve política, el saber se vuelve poético (creativo), y la filosofía, práctica.

¿Qué es el aprendizaje?

Algo que no siempre se dice del aprendizaje, es que éste también involucra el dolor y el olvido. Aprender algo puede ser doloroso en varios sentidos, el esfuerzo del aprendizaje no siempre es placentero y cuando aprendemos algo que no necesariamente es compatible con nuestras creencias previas, nos obliga a la incómoda labor de cuestionarnos y reformularnos. Por otro lado, si bien el aprendizaje es un ejercicio que permite instaurar una memoria para procesar o argumentar, también produce un olvido, el de la situación o del estado del saber o de la ignorancia previo. Todo esto para decir que el aprendizaje real es un proceso complejo que involucra una voluntad explícita, y, sobre todo, la superación laboriosa de un momento o de ciertas condiciones previas. Esto en contraposición a la idea de inmediatez y deleite que prevalece en la estructura de la sociedad consumista, donde “el aprendizaje” es, sin lugar a duda, una de las mercancías más rentables.

¿Qué es el error?

Nos han educado en la idea de que no nos podemos equivocar. Pero no nos han educado para saber qué es el error. No es, por cierto, el credo que proclamamos, sea religioso, técnico o político. El error siempre es de los otros (léase en clave irónica). El error es un acto imperdonable dentro de una disciplina, a pesar que ninguna disciplina está exenta de error. Y ¿quién establece qué es lo erróneo? Y si el conocimiento es solo un intento de explicación de la realidad realizado a través de un aparato tan defectuoso en términos de precisión como el lenguaje, ¿podemos seguir hablando de error? Quizá podamos cuestionar las certezas, y en ese ejercicio descifrar los errores, que por otro lado son momentos en la consolidación de esas mismas teorías, que nunca están enteramente acabadas. Podemos usar la lógica y establecer la calidad de los argumentos, pero de ahí a afirmar que no podemos equivocarnos, hay un abismo de diferencias. Luego, la educación está obligada a establecer otros criterios de evaluación de los aprendizajes, que no solo se concentren en descubrir los errores o falencias (muchas veces mnemotécnicas) del estudiantado. Ello implica realizar nuevas reflexiones sobre cómo estamos enseñando y para qué estamos enseñando.

¿Qué es la responsabilidad?

¿Dónde están los fundamentos éticos de la acción docente? Para que esta respuesta pueda ser pertinente, tenemos que entender a la ética desde una perspectiva política. Esto significa que lo ético, como posibilidad de pensar las definiciones de lo bueno y de lo malo, no puede desligarse del sistema de producción y reproducción de la vida. Lo bueno sería lo que permite el apareamiento y permanencia de la vida en condiciones de dignidad. También se puede dar, desde luego, la reproducción de la vida en condiciones de miseria. La dignidad aquí no es un asunto de honor sino de razón (política). La dignidad no es un asunto de cálculo (más o menos dignidad), diríamos en todo caso que la dignidad trata sobre las condiciones fundamentales de cualquier cálculo. Así, encontramos un fundamento para evaluar la realidad. En condiciones de miseria, resulta antiético e indigno no luchar porque esas condiciones cambien, aunque nuestros actos resulten opuestos a la ética oficial, digamos la ética del poder. La ética “otra” apela al relacionamiento interpersonal y la construcción del sentido comunitario no solipsista. Esto quiere decir que critica todos los imaginarios culturales y educativos que hacen omisión del principio fundamental de la vida en dignidad. Por eso es tan importante el cultivo del juicio, no para tener la razón, cumplir las normas, ser aceptado, normalizado y “feliz”, sino para acceder a la libertad, porque solo quien es libre, solo quien decide con autonomía entre las tensiones de la decisión, es plenamente responsable de sus actos. Y lo que quiere la educación, el sueño de la educación es formar personas responsables. En algún momento de la historia de la educación se pervirtió el concepto de responsabilidad. Responsable no es quien hace lo que le piden, sino el que hace lo que tiene que hacer porque su ética le convoca a ello.

¿Qué es la calidad de la educación?

La calidad puede ser entendida como un parámetro de evaluación, consustancial a los usos o funciones de un objeto o una acción. En otras palabras, la calidad es una forma de consideración concreta no solo de la definición o de las propiedades de una cosa o acción, sino principalmente de los objetivos o propósitos a los que ellos están destinados. Por ejemplo, una manzana es una fruta que sirve para hacer jugo. Aquí se puede evaluar la calidad de ese objeto en relación con sus usos de tal forma que una fruta es mejor que otra de acuerdo con las condiciones que presenta para cumplir tal propósito. Pero ¿qué pasa cuando queremos evaluar la calidad de cuestiones más complejas como la educación. Si es verdad lo que hemos dicho, tendremos que clarificar el concepto y luego establecer sus objetivos y propósitos. Este ejercicio, por elemental que parezca, es una condición fundamental para la generación de un razonamiento serio con respecto a la educación con calidad. Veamos, ¿cuáles deberían ser los propósitos de la educación? No es fácil plantear una pregunta de este tipo, esencialmente porque tiene una naturaleza política, (en el mejor sentido de la palabra), en la medida que indaga sobre una esfera que nos es común a todos. Entre el agotamiento y dirigismo del Estado, y la veleidad y miopía del mercado, los ciudadanos nos vemos obligados a pensar en alternativas, debatirlas y experimentarlas, y esa es quizá la primera lección que nos ofrece la ruta hacia la calidad. Imaginar una educación con calidad es afianzar las ideas de democracia y de derechos, haciendo desaparecer el falso dilema entre autonomía y heteronimia, pues la profundización de la libertad sólo puede ser conseguida en la profundización de la equidad. ¿Para qué equidad? Para ampliar las opciones y oportunidades que nos brindan las capacidades adquiridas en un proceso de socialización que debe ser dirigido hacia la autonomía.

¿Qué es criticidad?

¿Cuáles deberían ser, en el contexto actual, los propósitos y contenidos de una verdadera educación ciudadana? Quizá no logre responder a la pregunta planteada, no obstante, me parece que se debe considerar que en general el contexto se caracteriza por albergar una poli-crisis, expresada en diferentes problemáticas ambientales, económico-sociales, (pluri)culturales y políticas. La educación ciudadana entonces debería ser coherente con este particular momento histórico y buscar comprender, y acaso sentar las bases para la superación de estas cuestiones que en gran medida tienen origen en el sistema económico y político del capitalismo global, el “capitalismo de casino”, denominado así por Henri Giroux¹⁴, que aparece articulado no solo a una expresa voluntad a-política, y a-crítica de los sistemas educativos, sino a los valores que están contenidos en las utopías del sistema, y que son alimentados por el inmenso sistema de propaganda global, como por ejemplo la idea del crecimiento infinito, el progreso tecnológico como panacea de todo progreso, etc., y también a antivalores y confusiones como pensar que el capitalismo es sinónimo de democracia, o que el individualismo es sinónimo de libertad. Aquí cabe introducir, por supuesto, precisiones y fundamentalmente discusiones sobre los contenidos que deberían formar parte de un currículo ciudadano más potente, pues el abandono de la comprensión de la política como herramienta de cambio social, muchas veces pasa por la comprensión de la política solo como la posibilidad de la afirmación del sujeto frente al mundo, pero la democracia no solo se trata

14 Giroux, H. A. (2013). *Una pedagogía de la resistencia en la edad del capitalismo de casino*. Con-ciencia social: Anuario de didáctica de la geografía, la historia y las ciencias sociales, (17), 55-72.

del aparecimiento y respeto del sujeto en el mundo, sino de la creación de las condiciones de ese mundo para el aparecimiento de ese sujeto. En todo caso la educación ciudadana, que en verdad debería ser denominada como “educación política”, debería iniciar criticando los aspectos que sirvieron para afirmar la vigencia de los diversos proyectos nacional estatales, muchos de los cuales han dado muestra de su agotamiento e invalidez.

¿Qué es la libertad de hablar?

Tan importante como la igualdad ante la ley o el derecho a la satisfacción de las necesidades básicas, la posibilidad de decir lo que uno piensa sin ser violentado por ello, sigue siendo una promesa incumplida de nuestra endeble democracia. Por supuesto que la libertad para hablar supone libertad para pensar y libertad para escuchar. Sin un entrenamiento real en los procesos pedagógicos alrededor del uso de la palabra y la generación del diálogo y la discusión, es imposible pensar en el ejercicio de esa libertad fundamental en el ámbito ciudadano. El sistema educativo sufre de una inconsistencia pues mientras postula el pensamiento crítico y la libertad de expresión los reduce a recursos dispuestos para la obediencia y la eficacia en el cumplimiento de las órdenes. Pensar y hablar por uno mismo en la mayoría de casos es cuestionar expresamente a la autoridad y claro, a la autoridad mediocre y sin fundamentos (lo que es común en nuestro medio), eso solo le perturba porque no tolera una posición diferente. No entendió que la autoridad en la democracia no es el fin, sino apenas un medio para ampliar y lograr la real libertad para todos, es decir el verdadero desarrollo. Decir lo que se-piensa-con-libertad es también cultivar la responsabilidad de sostener con argumentos nuestro punto

de vista, y con ello se contribuye a afianzar la inteligencia colectiva. Una sociedad que no acepta la libertad de palabra, que no acepta la importancia y poder del argumento, termina cediendo y siendo gobernada por el argumento del poder, que permite que mamarrachos irrespetuosos que amedrentan con gritos, comanden toda clase de instituciones y empresas que persisten en la decadencia y, por ende, la corrupción.

¿Qué es la educación política?

Si existiera una adecuada educación política, es decir si la educación política fuera un tema de verdadero interés para la reproducción del proyecto nacional estatal y el fortalecimiento del régimen democrático, no tuviéramos que vivir día a día la vergüenza de las prácticas corruptas de funcionarios públicos y políticos, ni la desazón de saber que así, no tenemos ningún futuro como república. Porque el tema de la educación política, que en un momento fue pensado solo como un recurso de cohesión ciudadano y por tanto su reducción a la “formación cívica”, o del empoderamiento del sujeto de derechos en su modalidad de “educación ciudadana”, va más allá de estos aspectos que de alguna manera se quedan en una instrumentalidad superada. La educación política tiene que ver con la construcción de la civilidad, y esto quiere decir que el impacto de este tipo de educación se da en los ámbitos de la convivencia social más próxima, la construcción del espacio público, la organización y la acción colectiva, y la permanente búsqueda de la libertad. La educación política tiene efectivamente que ver con una educación para la civilidad. La civilidad es el eje de una cultura que tiene como principio el aprecio y el mantenimiento de la vida, la hospitalidad, la solidaridad, la conciencia de la identidad y de la

pluralidad. Además, tiene que ver con el fomento de la ética más que como una reproducción de máximas, con el análisis permanente de la vigencia de las mismas en un mundo que cambia y que obliga a replantear de forma permanente las prioridades que tenemos como colectividad. La educación política, esa educación que nadie toma en serio, ni lastimosamente los mismos docentes, no es una educación para saber por quién votar en las elecciones. Se trata de una educación básica para la construcción de un futuro mejor para todos, un futuro de civilidad donde no tengan cabida las lógicas del “sálvese el que pueda” o aquella idea de la “ley de la selva” que, en una sociedad súper desigual, cultural y económicamente, son normalizadas. En estas sociedades el poder y el afán de poder se ejercen a través del autoritarismo y el patriarcalismo institucional, pero siempre hay el riesgo de que pueda darse la ruptura de esos paradigmas tradicionales por otros peores que provienen de los márgenes, de la cruda violencia y del desprecio de la vida.

¿Qué es la formación ciudadana?

La formación ciudadana requiere herramientas que permitan comprender los procesos sociales, económicos, políticos y culturales sobre las formas en las que se construye y deconstruye la ciudadanía como condición elemental de la vida democrática. En esa medida, si bien debe estar inscrita en los programas curriculares, requiere ser pensada más allá de unas asignaturas y de la idea de ciudadanía tradicional, comprendiendo las posibles insuficiencias a partir de los cambios y retos que plantea la globalidad. Esta formación que en un nivel superior es una formación política, requiere el reconocimiento de que su proceso de enseñanza y aprendizaje es transversal y está ligado

inexorablemente a la construcción de un horizonte compartido. Como dicen los expertos, la misión de la formación ciudadana es ampliar la comprensión de la ciudadanía y la expansión de la democracia. Por ello no basta solo con una perspectiva crítica que desmote una estructura y formas de funcionamiento contradictorios.

¿Qué es la educación cívica?

La educación cívica, en síntesis, es una herramienta que permite articular un comportamiento adecuado de los ciudadanos que coexisten en un espacio social específico, sobre la base del cumplimiento de principios y valores concertados de manera colectiva y que son asumidos como necesarios para el mantenimiento de la vida en conjunto. Dicho esto, quienes necesitan educación cívica en primer lugar no son los niños ni los jóvenes. Son los padres irresponsables, los empresarios que explotan, los periodistas que mienten, los profesores que acosan, los curas pedófilos, los policías corruptos, los militares abusivos, los políticos que mienten, los gobernadores inconsecuentes, que defienden intereses ajenos y no cuidan ni a las poblaciones ni sus territorios, los líderes sociales que transan, los alcaldes que promocionan su imagen con fondos públicos cada vez que difunden la ejecución de obras que por deber deben hacer, como si hicieran cosas extraordinarias, los concejales alcahuetes, los consejeros que se insultan en público, los jueces injustos, los asambleístas ignorantes, los ministros indolentes, los burócratas ineptos, las asesores antiéticos, los expresidentes prófugos, y los presidentes que hacen campaña anticipada, y así, ad infinitum con quienes manejan algún espacio de poder por pequeño que este sea.

¿Qué es la cultura política?

El fortalecimiento de la ciudadanía no está en la política pública. Pienso que nada es más lejano a ello porque el punto clave de su fortalecimiento no puede depender de una decisión burocrática sino del propio proceso de participación de los sujetos, y ello requiere de reflexión sobre las razones para que ello ocurra, incluyendo procesos de educación y cultura política. La cultura política tiene que ver con todo el universo simbólico ligado al poder y a su ejercicio en términos de acto legítimo. La educación política es elemental para el mantenimiento de una forma de organización social en beneficio del ser humano y de su proceso dialéctico de perfectibilidad. Si para promover por ejemplo una educación incluyente y participativa solo hubiéramos esperado la acción del Estado, ni existiera educación gratuita, ni educación para las mujeres, ni educación intercultural bilingüe, etc. El Estado no es la condición suficiente de los avances en términos de ampliación de derechos, es el cambio en la composición de las relaciones de poder que legitiman un punto de vista lo que determina la transformación de la acción del Estado, que por cierto tiende a resistirse al cambio cualitativo en la medida que las lógicas de participación y ciudadanía emancipadora implican abrir una crítica permanente a las formas de organización institucionalizadas. Desde luego que el cambio cualitativo debe prever un marco jurídico y político que lo posibilite, pero ese marco jurídico y político está históricamente determinado, lo que quiere decir que cambia a través del tiempo. Las luchas por la despenalización del aborto en toda América Latina intentan subvertir una relación social de poder, en este caso sobre el cuerpo de la mujer. Estas posiciones de crítica no son auspiciadas por el Estado sino por la participación de ciudadanos y

ciudadanas que buscan un marco jurídico y político que respete y reconozca la libertad que las personas tienen sobre sus propios cuerpos. La despenalización del aborto, la legalización del consumo de marihuana, el matrimonio homosexual, etc. constituyen serios procesos de subversión de valores que hasta hace poco eran dominantes en una sociedad conservadora y parecería que la fuerza y presión de la ciudadanía ratifica el potencial transformador de la participación incluso para suscitar cambios en la organización de la estructura económica que genera desigualdad, violencia, inseguridad y afectaciones irreversibles al medio ambiente.

¿Qué es la educación bancaria?

Paulo Freire¹⁵ entendió que todo proceso de educación se establece en un contexto, y en el caso de Latinoamérica, este contexto está marcado por la existencia de opresores y oprimidos, donde los primeros desean transformar la mentalidad de los segundos, pero no la situación que les oprime. Esto se puede realizar a través de lo que Freire denominó como “educación bancaria”, una educación acumulativa, en donde el que sabe entrega al ignorante el saber. Por ello también se convierte en una educación lineal y jerárquica, pues quien hace la entrega además posee el poder de entregarla. Además, esta entrega es paternal, y hasta establece una deuda para quien la recibe. El saber que es entregado desde el poder prácticamente posee un carácter divino, y por ende irrefutable e incuestionable. La realidad aparece retratada de una única manera, permanente y estática. Así la

15 Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (2 ed.). México, D.F. Siglo XXI Editores.

educación bancaria no admite la innovación ni la creatividad, ni las alternativas, invalida la crítica y hace imposible cuestionar incluso, el propio acto de la educación. Si bien se trata de una educación integradora e inclusiva, no por ello es una educación transformadora, porque básicamente el oprimido aprende a ser y estar oprimido. En definitiva, un tipo de educación que sigue vigente en estos días.

¿Qué es el sistema educativo?

El sistema educativo adolece de una grave tara. Invisible a su propia conciencia, en la medida que el problema se produce en la construcción de la conciencia misma, se trata de la imposibilidad de asumir el error de orientar de una única manera el pensamiento. La educación afirma el derecho que tenemos a pensar, pero solo bajo una estructura y unos fundamentos, que son, hay que repetirlo, los fundamentos del poder. Quien quiera escapar del poder simplemente debe dejar de pensar bajo esos criterios, no obstante, ello implica la autoanulación, el auto destierro, así como el fin de la normatividad. ¿Habrán alguien dispuesto a tanto, solo para ser independiente y libre? Es muy dudoso, sobre todo porque la libertad, tal como están las cosas, únicamente puede ser entendida y transmitida (enseñada) desde los mismos términos. Sin embargo, la libertad contiene por sí misma una fisura que atraviesa a todo ese sistema ontológico: la libertad es libre incluso frente al poder de la libertad; la libertad es la posibilidad de afirmar el ser, de construir la identidad de manera autónoma, de reinventar el mundo. Usando las metáforas de Nietzsche¹⁶, la filosofía en realidad no está en el

16 Nietzsche, F. (1996). *Así habló Zaratustra*. Ed. Alianza.

viejo Zaratustra que baja de la montaña a predicar su palabra, sino en el equilibrista que mientras está en la cuerda floja divierte a los espectadores, hasta que cae y muere desatando uno que otro grito y varias muecas de asombro en la multitud. Pero muere sin dejar otra enseñanza que su propio valor, algo que en la escuela ha sido transformado en obsecuencia. Entonces, bien entendido, el derecho a pensar es el derecho a la diferencia y a la autonomía, así como a las condiciones en las cuáles puede ocurrir la vida bajo estos términos, aunque pareciera que cada vez estamos más lejos de que ocurra, si consideramos el engrosamiento de los discursos que piden tolerancia y la inclusión de los distintos, en el mundo de los iguales. Que no se mal entienda, estoy a favor de la igualdad, pero de una igualdad diferente: la que se construye a partir de la diversidad y no sobre las bases de una homogeneización incipiente, tal como lo hace el sistema educativo actual.

¿Qué es el amaestramiento?

No nos educan, nos amaestran y seguramente la diferencia radica en una cuestión tan simple como la posición que se adopta frente al poder. Amaestrar implica la enseñanza del cumplimiento de una instrucción de la manera más depurada y perfeccionada posible. Es el desarrollo de una competencia y de varias destrezas que buscan que se cumpla la orden. Naturalmente en este esquema se tergiversa lo que parece una habilidad autónoma pues no hay autonomía cuando el poder coincide con la libertad, como lo muestra Byun-Chul Han¹⁷. En el fondo del amaestramiento está la dominación, el amansamiento, la docilidad, y

17 Han, B.-C. (2017). *Sobre el poder* (A. Ciria, Trad.). Herder: Editorial.

desde luego, la represión, calificando las conductas y la disciplina en concordancia con una determinada idea de orden. Entonces, el amaestramiento implica la generación de una forma peculiar de producirnos, de reproducirnos y lo más importante, de gobernarnos. El amaestramiento no cree en una auténtica democracia, sino en una democracia represiva, que no busca la complejidad, sino ser ejecutiva y jerárquica, donde la participación del sujeto político, el ciudadano, se remita al cumplimiento de sus deberes. El amaestramiento se sofistica e incluye términos como “pensamiento crítico”, para supuestamente formar un ciudadano que no existe. La criticidad de esa crítica está vaciada de contenido, ha sido previamente depurada de sus elementos insubordinados, despojada en todo caso de sus implicaciones políticas. Y los primeros amaestrados son, por supuesto, los amaestradores, sí, los docentes que reproducen con candidez esa idea de que la educación es neutral y aséptica, y que nada tiene que ver con la política ni con la ética, ni con la transformación del mundo. Los docentes amaestrados para aceptar sin cuestionar, forman nuevos líderes amaestradores y ciudadanos capaces de aceptar, no solo la incertidumbre y la precariedad, sino la posible destrucción del mundo a la que nos somete el sistema tal como está planteado. Los docentes amaestrados, pasivos, buenos, civilizados, creen en la imaginación y la capacidad de emprender. Creen y hacen creer en los sueños de un futuro mejor dentro y solo dentro del orden imperante. Esa es su misión, y lo hacen bien.

¿Qué es la sofofobia?

Sofofobia es el miedo a aprender. En rigor, la palabra designa el miedo al saber, pero tenemos que reconocer que no hay saber que no pase por un proceso de aprendizaje que supone implicaciones personales, y no solo hablo de la dedicación, la concentración, el tiempo, etc., que se necesitan para aprender, sino fundamentalmente de la apertura a la exposición al aprendizaje; la posibilidad de reconocer la ignorancia, sentir inseguridad, equivocarse, pero también generar cambios y mejoras. En alguna medida, el sistema escolar formal obliga a los estudiantes a exponerse, y el ideal tradicional ha sido formar personas que adquieran las destrezas que les permitan sortear un mundo que requiere unos conocimientos. Así, parecería que, acabado el proceso escolar, el ser humano está listo para dejar de aprender. Nada más erróneo, porque en realidad ningún conocimiento es suficiente para enfrentar la complejidad del mundo y de la vida, y en consecuencia nunca dejamos de aprender. Hacerlo es sin duda el inicio de la parálisis y la decadencia al dejar de cultivarse, dejar de cuidarse en lo más humanamente profundo. De ahí el llamado crítico a educar personas autónomas y a auto educarse, esto quiere decir desarrollar la vocación por la exposición al aprendizaje, que no es más que apertura por la(s) experiencia(s).



III.

**Democracia,
ciudad y
poder**

¿Qué es el poder?

No hay relación que se genere entre los seres humanos (y en general entre los seres vivos) que no esté atravesada por una determinada configuración de poder. En principio, el poder sería la capacidad de incidir en el comportamiento del otro. Por supuesto, la complejidad de esta afirmación es la sustancia de la filosofía política. Yo llegaría a decir que en la disputa por las formas de entender y aplicar el poder se teje la hegemonía, no solo de una clase, sino de un determinado sistema de vida. De hecho, esta es la forma de entender al Estado, si nos remitimos al concepto de Max Weber¹⁸: El Estado es una relación de dominio de hombres sobre hombres que se sostiene en el ejercicio de la fuerza legítima. Lo legítimo, sin embargo, no es solo lo institucional, incluyendo los artificios propios de la gobernanza, los juegos legales, las argucias jurídicas, etc., que permiten el mantenimiento del poder, sino las condiciones éticas, es decir, de justicia, que cualquier poder institucional debería plantear en un contexto secular donde existen diferentes perspectivas de lo que es, o cómo debería ser entendido el bien. Es entonces, que, por lo menos en la modernidad donde la libertad de cada uno es exactamente igual a la libertad de otro, es una necesidad plantear que la política debería iniciar con la reflexión filosófica sobre la política y no con la simple intención de gerenciar o administrar el poder. En nuestro medio la mayoría de políticos (y de analistas políticos) adolecen de un profundo analfabetismo filosófico, y bueno, las consecuencias negativas están a la

18 Weber, M. (2002). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva* (J. Winckelmann, Ed.; J. Medina Echavarría, J. Roura Farella, E. Ímaz, E. García Máynez & J. Ferrater Mora, Trads.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1922)

vista: empobrecimiento de la argumentación pública, carencia de pensamiento crítico, debate reducido a lo legal-operativo, y pérdida de los horizontes éticos, solo por mencionar algunas.

¿Qué es la política?

La política es una condición fundamental del ser humano, en la medida que es imposible que el ser humano exista sin una comunidad, y a su vez que la comunidad no se produzca a partir de las relaciones entre sus miembros que se necesitan para poder vivir. Hannah Arendt¹⁹ dijo que la política es eso que está “entre” los seres humanos, que los une a pesar de su diversidad. La política debe permitir la organización social administrando y gestionando el poder, mientras garantiza la libertad, que es la condición de la diversidad. La política, entonces, deviene en una suerte de tensión que busca la armonía colectiva. El individualismo, desde esta perspectiva es un espejismo. La comunidad nos torna interdependientes y por eso, seres que habitan lo político. La política se preocupa por el mundo, nos civiliza, y fuera de ella solo somos animales, en la metáfora del *zoon-politikom* de Aristóteles. En consecuencia, sin política se hace imposible el diálogo, sobreviene el miedo y llega la barbarie, la violencia, y la auto aniquilación.

19 Arendt, H. (2018). *¿Qué es la política?* Colección Clásicos Universales de Formación Política Ciudadana. Editorial Partido de la Revolución Democrática.

¿Qué son las acciones políticas?

Hay aspectos de fondo en la política que tienen que ver con el funcionamiento profundo de la vida cotidiana de la sociedad, esto es la economía. El saludable funcionamiento económico de la comunidad brinda un contexto propicio para que se produzca un desarrollo armónico de las relaciones sociales en general, la valoración de la dignidad de las personas de manera individual, que exista una sensación de pertenencia al lugar habitado, de identidad e identificación con el conjunto, y una perspectiva de futuro, y, por tanto, un proceso de construcción de un proyecto de desarrollo colectivo de largo aliento. En un mundo ideal, existen diversas formas de hacer eso, y en la estructura institucional, la que decide la estrategia es aquella que ha logrado acceder a espacios de poder. Eso no significa que formas diferentes de mirar la cuestión, queden al margen, con lo cual se produce oposición, crítica, y acuerdos que dan vida a las relaciones políticas. Pero si se deja de lado el objetivo mayor de la política que es el bienestar social, y el poder y la búsqueda del poder se convierte en el único objetivo, tenemos una degeneración. La oposición que no persigue mejores formas de aportar al bien común sino la búsqueda del poder como único interés, y la oficialidad que no persigue el bien común sino el mantenerse en el poder como su único real interés. Las acciones políticas se desvirtúan y se vuelven sospechosas: se usa lo jurídico, lo comunicacional, y cualquier medio que permita mantener o tomar el poder, mientras que el beneficio social se pierde de vista.

¿Qué es el conflicto?

Vivimos en un momento de crisis sistémica. Por dónde se vea el panorama social, encontramos conflictos de todo tipo. Lo más interesante es que los múltiples dolores que nos causan, tienen una misma raíz. Por un lado, sabemos que la organización capitalista es excluyente a pesar de sus discursos de libertad. Por otro lado, sabemos que el Estado interventor es autoritario e ineficiente. ¿Qué hacer? La contracción del Estado no afecta aquello que es considerado como elemento de la seguridad nacional, y no me refiero ni a la salud ni a la educación. El gran capital en lo último que piensa es en generar retribuciones a la sociedad. El pensamiento crítico abandona la imaginación utópica y se instala en el principio de rendimiento. La educación deja de ser el prerrequisito para la libertad y la autonomía y se convierte en un prerrequisito para la lucha por la supervivencia en el mercado. La política se convierte en espectáculo. ¿Qué hacer? Quizá la reactivación de las democracias en pequeña escala, la conformación de grupos y asociaciones de todo tipo, el trabajo voluntario, el surgimiento de verdaderas cooperativas la desarticulación de los sindicatos caudillistas y clientelares, la ciudadanización fuera del Estado y lejos de los intereses y principios del mercado del capital. La esperanza es que se puedan generar otras formas de entender la economía donde la capacidad y no el dinero sea el recurso fundamental.

¿Qué es el Estado?

Nietzsche dijo que el Estado es el más frío de todos los monstruos *incluso cuando miente y dice: Yo, el Estado, soy el pueblo*²⁰. Para Hobbes²¹ el Estado nace con la vocación de garantizar la libertad y la seguridad de los ciudadanos mientras que para Bakunin²² el Estado es la negación de la libertad. Kropotkin²³ dijo que el Estado es un obstáculo para la realización del hombre en términos de igualdad y Marx²⁴, que es un instrumento de dirección de las clases dominantes. Para Smith²⁵ es una estructura que debe garantizar el buen funcionamiento del mercado y Foucault²⁶ lo describe como la forma en la que se codifican unas relaciones de poder. Entre achicar el Estado por razones de ineficiencia y mantenerlo y agrandarlo porque permite la ampliación de lo público, no existen alternativas para pensar otras posibilidades de organización que permitan superar esta forma que a todas luces ha

-
- 20 Nietzsche, F. (2003). Así habló Zaratustra. Edición de Andrés Sánchez Pascual, Madrid: Alianza.
- 21 Hobbes, T. (2017). Leviatán. Fondo de Cultura Económica.
- 22 Ríos Ramirez, A. (2014). El Estado como negación de la libertad: una mirada desde Bakunin. *Versiones. Revista De Filosofía*, (3), 87-97. Recuperado a partir de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/versiones/article/view/19153>
- 23 Kropotkin, P. (2017). La conquista del pan. Penguin clásicos.
- 24 Bobbio, N. (1999). Ni con Marx ni contra Marx. Fondo de Cultura Económica.
- 25 Smith, A. (1958) Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones. Fondo de Cultura Económica.
- 26 Ávila-Fuenmayor, F. (2006). El concepto de poder en Michel Foucault Telos, vol. 8, núm. 2, pp. 215-234 Universidad Privada Dr. Rafael Belloso Chacín Maracaibo, Venezuela.

entrado en decadencia. Pero lo fundamental, es que no se puede hacer esto sin tener claro cuál es el modelo de desarrollo social que queremos. Si no se tiene claro esto, da igual que se proponga robustecer a los organismos no gubernamentales tanto como fortalecer las comunas o parroquias, optar por organizaciones transnacionales o por el municipalismo. Pensar colectivamente el modelo de desarrollo y ponerlo en práctica de manera racional es la condición de un futuro civilizado.

¿Qué es el Gobierno?

Siguiendo a Bobbio, el Estado democrático tiene a la opinión pública como aspecto crucial para la formación y control de las decisiones políticas. El Estado democrático “ideal” vendría a ser una especie de caja transparente donde no hay lugares turbios ni ocultaciones. No obstante, esta figura se enfrenta a menudo a otra forma de poder, un poder que se oculta y que esconde, el poder donde el secreto es la forma de acción. Pero el “secreto de Estado”, sería el fundamento del estado autocrático, es decir un estado que escapa al control de las leyes y, sobre todo, al control regulatorio del pueblo porque sus decisiones políticas se toman fuera de la luz pública. Si bien la naturaleza democrática impide que la gestión de lo público pueda estar confinado al espacio del misterio, el modelo autocrático, y sus lógicas autoritarias basadas en la eficiencia y la tecnocracia refuerzan el fenómeno del criptogobierno, o un sistema de hechos y acciones realizadas por las fuerzas políticas, en la sombra. Siendo invisibles, esas fuerzas son invulnerables y constituyen un poder dirigido a generar beneficios ilícitos de la acción del Estado. La separación del Estado de la sociedad, se ahonda gracias al predominio de estos poderes invisibles.

¿Qué es la cosa pública?

La crisis del Estado-nación ha producido la necesidad de promover otras formas de organización colectiva; particularmente me quiero referir a la ciudad, pero no en cuanto espacio o reducto arquitectónico, sino desde la consideración de la ciudad como institución política, como concreción de las formas en las que se ha resuelto y se resuelve, en la inexpugnable temporalidad, la vida colectiva y con ella el diseño de la cosa pública, la res-pública. Es la ciudad la que revela los rasgos de las antiguas prospectivas y sus múltiples condicionamientos que en definitiva son padre y madre de aquello que es. Naturalmente no se trata de la cristalización de las tensiones políticas, económicas, sociales o culturales como clausura de las contradicciones sociales sobre las que a pesar de todo se levanta la ciudad; más bien se trata de la forma en que esas contradicciones, sin estar agotadas, se resolvieron provisionalmente, determinando los flujos del relacionamiento colectivo. Estas contradicciones no solo tienen que ver con la organización del sistema productivo y económico, sino, de manera primigenia, en cómo concebimos la idea de la política, es decir la relación entre las personas, pero también el ordenamiento y organización de sus relaciones a partir de unos ideales constitutivos. Por eso podemos decir literalmente que los fundamentos, bases y cadenas que sostienen a la ciudad no están hechas de piedra, metal, o aleaciones. Las bases de la ciudad están hechas de ideales, entendiendo sus connotaciones más amplias y al mismo tiempo precisas: objetivo, prototipo de perfección, modelo, concepto teórico, valor, aspiración. La ciudad es un concepto político, quizá el concepto político por excelencia, y es el medio donde el ciudadano existe realmente y ejerce de manera consciente o inconsciente, su acción. Lo interesante de esto es que al parecer tenemos un déficit

de pensamiento sobre la ciudad, o lo que es lo mismo, la estamos pensando de una manera estrictamente técnica, lo que implica que no se colocan los elementos fundamentales para su debate. Lo técnico, lo sabemos, se hace sobre lo que es y no sobre lo que debería ser, pero la ciudad fundamentalmente se construye sobre lo que debería ser. Así que sería buena idea incorporar a más pensadores en la planificación de las condiciones colectivas para la realización y gestión de la ciudad.

¿Qué es lo colectivo?

Hay una distorsión sobre la gestión de la vida colectiva que a mi juicio pasa por una mala comprensión sobre lo público, lo privado, lo estatal y lo colectivo. Empecemos por lo primero, lo público no es necesariamente lo estatal. Lo público debe ser entendido como todo espacio común, es decir aquello que concierne a la comunidad política en su conjunto. Es el ámbito donde se define el interés general, donde se debaten, deciden y regulan las condiciones de convivencia social. Lo público puede ser gestionado por el Estado, pero también por organizaciones ciudadanas o incluso empresas privadas. Lo estatal designa al aparato institucional que detenta el monopolio de la violencia, la legislación y la administración del poder sobre un territorio, pero no agota, de ninguna manera a lo público. Hay ocasiones que el Estado gestiona bien lo público, y otras muy mal, debido a falta de recursos, falta de visión política de servicio a la comunidad, o por la simple y llana corrupción, que normalmente se genera al anteponer el interés privado. Qué serían de las escuelitas públicas, por ejemplo, si no existieran los padres de familia que apoyan económicamente su sostenimiento. Esta “organización ciudadana” de padres y madres, que obviamente también se encarga de lo

público, pertenece al ámbito de lo colectivo. Lo colectivo designa una forma de organización que emerge de la acción asociativa, cooperativa o comunitaria, que exige igualdad de sus miembros y por eso expresa la complejidad del reto de la gestión de la vida plenamente democrática (más allá del Estado). Obviamente esta vida requiere diversidad y diferencia, requiere privacidad y autonomía individual, familiar o corporativa, donde prima la autorregulación y los intereses particulares. En el capitalismo contemporáneo, sin embargo, lo privado ha tendido a expandirse e imponerse sobre lo público, pero queda claro que la existencia de lo público es requisito esencial para el desarrollo de lo privado.

¿Qué es la ciudad?

La ciudad no solo es el conjunto de estructuras arquitectónicas, de calles, plazas, industrias y comercios. La ciudad (*la polis*) que alberga innumerables sitios, en realidad es un concepto que habitamos y nos habita, y por ello debe ser permanentemente actualizado desde una postura ética más que cosmética. En el caso de Latinoamérica, las ciudades no fueron fundadas por ciudadanos libres, sino por súbditos que en nombre de una corona despojaron a otros de sus territorios, su forma de existencia y su cultura. Y está bien recordarlo para entender que la evolución de la ciudad, en este contexto histórico, estuvo, está, y estará seriamente afectada por el trato que recibieron, reciben, y recibirán sus ciudadanos. De tal manera que el principal bien de una ciudad orientada a la libertad está precisamente en los gestos y las acciones que diariamente realizan sus ciudadanos para existir verdaderamente como ciudadanos (como sujetos políticos), con derechos y obligaciones en la ciudad, y no como simples extras que apenas subsisten dentro de un filme que no les pertenece.

¿Qué es el *denizen*?

El *denizen* se refiere a un habitante que reside en una determinada locación. Se opone a otro concepto, el de ciudadano o *citizen*, que cataloga a un individuo no solo como residente, sino como miembro legal de un Estado. Pero es interesante cómo el *denizen* entra a cuestionar el concepto de ciudadanía, si reconocemos que las actuales condiciones de la globalización amplían los fenómenos de movilidad humana, voluntaria (en cuanto derecho a la libre circulación) o involuntaria (como desplazamiento forzado) que impactan no solo en el mantenimiento de las fronteras, sino en las estructuras culturales, económicas y sociales de los conglomerados nacionales. Así, siguiendo la tesis de Giorgio Agamben²⁷, el *denizen* parece un concepto más apropiado para nuevas estructuras de organización y reconocimiento de los derechos en la medida que el *denizen* sería un sujeto autoconsciente de su condición de movilidad y la posibilidad de adoptar pertenencia. Reconocer el aporte de la diversidad es un avance en la democratización y por lo tanto la ampliación del *citizen*.

27 Agamben, G. (2010). *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Pre-Textos.

¿Qué es la civilidad?

Hay un término griego que se usaba para designar a aquellas personas que no se ocupaban de los asuntos públicos sino solo de sus intereses privados: idiotas. Proveniente de la raíz *idios* que hacía referencia a lo que es de uno mismo, lo que es privado y particular, el idiota se desentendía de la política como la actividad dedicada a establecer las condiciones de producción del bien común. Y es obvio que la cuestión del bien común es fundamental, incluso para los idiotas que son directamente beneficiarios de la paz, de la armonía, y del orden social. En una democracia, el bien común inicia con el respeto inexpugnable a los derechos de los ciudadanos, pero la democracia depende de la participación política y la integración activa de los ciudadanos en la construcción de ese bien común, es decir, aquello que tiene que ver con la cuestión política. Que en la actualidad vivamos una situación de solipsismo, anomia y apatía, es un síntoma de la decadencia de un sistema que priorizó lo individual por sobre lo colectivo. Nadie está sugiriendo que lo contrario sea una alternativa, pues la historia ha demostrado las perversiones de los vicios colectivistas. Pero si somos incapaces de entender que la libertad, la justicia, la equidad, y la prosperidad se sostienen sobre la base de una estructura política que depende de ciudadanos críticos que creen que es posible construir un bien mayor para todos, podemos perder lo máspreciado, empezando por la civilidad. La civilidad de hecho es un producto de la política, pues la construcción de lo que espreciado y común, ocurre en el debate, en el diálogo, en el uso de la palabra y la aplicación de la razón. A pesar y a partir de las diferencias y los distintos intereses, podemos y debemos establecer puntos de acuerdo que garanticen nuestra convivencia, y eso se hace hablando, es decir, construyendo la política. Lo otro es la aplicación brutal del poder que se traduce en violencia. No hay nada

más alejado de la política que la imposición de un criterio a través de la violencia. Y la violencia implica la ruptura del orden que regula la convivencia, con consecuencias nefastas para los intereses de todos, incluidos los idiotas.

¿Qué es la democracia?

John Dewey dijo que la democracia no es solo una forma de gobierno, sino un modo de vida. Se trata de una experiencia colectiva que hacemos posible, como es obvio, en comunidad. Pues bien, la democracia como forma de vida está en riesgo de desaparecer por la conducción fallida de la democracia desde una visión política pervertida en la lógica electoral, cuyo propósito ha olvidado el bien común. La democracia no puede reducirse a un concurso de carreras, eso es propio de una visión simplemente estúpida, el mismo simplismo que maneja la propaganda. Para Dewey la democracia es un proceso de aprendizaje que básicamente ocurre en el debate y la deliberación de ideas, es decir, es un ejercicio de razón que incluso nos permite aprender del oponente y con ello, nos beneficiamos todos porque irremediable debe llevarnos a la autocrítica, a la reflexión y al afinamiento de las perspectivas. Esto es imposible dentro de una cultura política enmarcada en el *timer* de la comunicación masiva. Pero en una democracia deformada por las ansias de ganar, ocurre lo contrario. El oponente siempre está equivocado. Y esto no conduce a la polarización como repiten irreflexivamente tantos “expertos”, esto conduce a la fragmentación social, cuyo paroxismo llega al asco y al odio del contrario. Una locura. Es responsabilidad de una intelectualidad ética, dejar de repetir los lugares comunes (enmarcados en la misma lógica de la ganancia, el prestigio, etc.) y aportar efectivamente a la reconstrucción de la cultura democrática.

¿Qué son las formas democráticas?

¿Qué sucede cuando el proceso democrático al cual deberían estar abocadas las sociedades contemporáneas, se ve bloqueado por las formas democráticas que tienen al conservadurismo y la reproducción del status quo? ¿Acaso esas formas democráticas no están afectando lo sustantivo de la democracia resumida en el cambio histórico en función de la ampliación de los derechos? Esas formas que afectan el proceso democrático están revestidas de argumentos como la defensa de la vida, la libertad, o, por otro lado, la neutralidad científica, la objetividad, y el respeto de la ley y el orden. La democracia que detiene el proceso democrático se enfrenta a serias contradicciones en cuanto no puede sostener por mucho tiempo el discurso de la democracia, mientras se concentra en reproducir lo establecido basándose en el poder legítimo e incluso en la violencia. Pero este, no es un problema de determinado gobierno, sino de la estructura misma de la comprensión que en la esfera pública tenemos sobre el poder. Con ironía podríamos decir que para conservadores, liberales y revolucionarios no solo es bueno, sino necesario tener el poder. Ese poder que es malo cuando no lo poseen, es la herramienta para el mantenimiento de la decencia o la vía de construcción de la liberación. Qué ilusos, quienes piensan que la represión ejercida por uno u otro gobierno de signo contrario es diferente. Y es muy probable que todo ello devenga de nuestro sistema de educación, que ya desde las etapas más elementales moldea una comprensión particular sobre el poder y la organización social en la cual las personas se van insertando, de acuerdo a su lugar en la estructura económica, política y cultural de la pirámide social. Por eso insistimos en que es necesario otro tipo de educación, una educación donde no solo se nos permita ser capaces de interactuar con el mundo en los términos de la

racionalidad administrativa, sino que podamos ser capaces de superar esa racionalidad en la medida que vamos sensibilizándonos de manera solidaria y recíproca, tratando de construir sistemas pacíficos y de pleno disfrute de la vida.

¿Qué es la anocracia?

La anocracia es un sistema de gobierno ambiguo. Fluctúa entre posiciones autoritaristas y seudodemocráticas, que incluye cambios abruptos en el liderazgo y la agenda política del partido o movimiento de gobierno, lo que puede desembocar en la constitución de regímenes de alta incertidumbre social que funcionan a partir de reglas democráticas, pero en un contexto de debilidad institucional extrema que intenta corregirse a través del despotismo, lo que a su vez genera algunas taras como la cleptocracia (el manejo del poder basado en el robo), el nepotismo (el privilegio de familias y familiares en cargos públicos) y el clientelismo (la tendencia a favorecer a determinados grupos políticos y sociales sin una clara explicación de las razones) lo que genera redes para el manejo monopólico del poder y que en consecuencia, el Estado se convierte en un botín político, impidiendo que se generen diálogos y consensos abiertos y democráticos entre contrarios, y menos la continuidad en lo que deberían ser las políticas que favorezcan a la sociedad, sino que predomine la imposición, la manipulación, o la invalidación de los opositores dentro de atmósferas semidemocráticas que acrecientan el poder militar y su influencia política por la potencial cercanía de estallidos sociales y la pérdida del ordenamiento instituido, devenidos del rechazo generalizado a

un régimen inepto y corrupto. Si bien el pretorianismo fue un término originalmente ligado a la influencia política interna de la fuerza militar en un país, la anocracia que no necesariamente usa de manera recurrente la intimidación, puede igualmente ser funcional para producir una ampliación de beneficios políticos en otros ámbitos como el económico, un efecto acariciado por el neoliberalismo. En definitiva, la anocracia no es democracia, pero podría ser el eufemismo para llamar a lo que Pinker²⁸ denomina como gobiernos de mierda.

¿Qué es la emocracia?

Que la emoción es más fuerte que la razón, no es nada nuevo. Lo nuevo es que la emoción sea el nuevo instrumento de la acción política. Ahora es más conveniente hablar de emocracia, que no hace referencia a la novela política que soportamos cotidianamente, sino a las condiciones estructurales en las que se sostiene la gestión de lo público. En la emoción no hay posibilidad de disenso porque no hay reflexión crítica. La certeza de la emoción es absoluta y siempre está en lo correcto. Esta posición, desde luego, conduce al fascismo, tanto en sus resultados como en sus performáticas más convenientes a la hora de influir en un electorado adicto al melodrama.

28 Pinker, S. (2012). Los ángeles que llevamos dentro. Paidós.

¿Qué es la demagogia?

Es seguro que el infierno está poblado de demagogos. Siguiendo a Tocqueville²⁹, en manos del demagogo la democracia se convierte en tiranía. Lamentablemente, la demagogia es la forma usual en las prácticas políticas en todo el mundo. Ganar el favor popular a través de los medios más irracionales, como apelar a las emociones, los miedos, los prejuicios, la violencia simbólica, ofrecer imposibles, halagos engañosos, y decir lo contrario que se hace, forman parte de la práctica. También el uso de clichés sociales, la promesa de la salvación y la mejora. Según el interaccionismo simbólico, la repetición de una idea de manera continua conlleva hábitos y conductas automáticas e irreflexivas, y eso lo saben los demagogos.

¿Qué es la corrupción?

Una sociedad inequitativa es una sociedad corrupta. También lo es una sociedad maltratada, sin esperanza y futuro de cambio. En una sociedad corrupta es verosímil que su aparato político-administrativo también adolezca de esta falla. Además, se entiende que en una sociedad así, su mercado es un espacio propicio para que ocurra la corrupción. Bajo la lógica del comprar barato y vender caro, da ganarle como sea al otro, se so-

29 Tocqueville, A. (1969). *Democracy in America*, traducida por George Lawrence. Perennial.

cavan las bases de su propio funcionamiento. En una sociedad colonial la corrupción es vista como una forma de progreso. En la sociedad corrupta la inteligencia es corrupta. Los principios de acción son hipócritas. Es la sociedad de la simulación y del disimulo. Una sociedad intolerante, que excluye a quien no reconozca que en el fondo los valores que dominan son los valores de la corrupción. En una sociedad corrupta la vida pasa a segundo plano, y los derechos humanos no existen. De hecho, en una sociedad corrupta el derecho está hecho para proteger y garantizar la corrupción. En una sociedad corrupta no existe un genuino interés por la educación que no provea de elementos para actuar según las leyes de la corrupción. En una sociedad corrupta, la verdad es una prerrogativa del más fuerte, y la ignorancia el espacio usual de la mayoría. En una sociedad corrupta no se admiten las buenas intenciones pues partimos de que todos sin excepción somos malos. En una sociedad corrupta se celebra la coerción como la solución definitiva. Una sociedad corrupta no es una sociedad democrática, o lo es, siempre y cuando la democracia sirva a la corrupción, lo cual es un contrasentido, pero pasa. Una sociedad corrupta es una sociedad en la que no se puede llegar a consensos, una sociedad en la que se desprestigia al que es crítico, una sociedad que tiene aversión por la decencia. Una sociedad corrupta es tristemente una sociedad que socaba las bases de lo común, mientras empeora las condiciones de vida de todos, porque eso es propicio para más corrupción.

¿Qué es el fraude?

Por qué alarmarnos por el fraude, si somos una sociedad levantada sobre el fraude. No solo a causa de la colonia, que nos inferiorizó de manera estructural. El fraude de una sociedad hipócrita basada en el engaño, como mecanismo de sobrevivencia, simulando lo que no somos y disimulando lo que somos. Y luego, el fraude de la república que nunca llegó a hacer realidad los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, y ha pervertido la democracia convirtiéndola en demagogia. El fraude del capitalismo autorregulado, donde supuestamente los vicios privados se convierten en beneficios públicos. ¡Qué equivocado estuvo Mandeville! Lo vemos todos los días, el delito es una cuestión cotidiana, pero lejos de hacer prosperar a la sociedad, la hundan cada vez más. Y con ella se hundan las condiciones de un futuro digno para nuestros hijos. Ahora, ser recto y honesto en la sociedad corrupta es sencillamente ser un cándido utopista. La moralidad no vende. El vicio vende. El fraude de la política donde el poder solo defiende los intereses del poder. El fraude de la religión con sus mitos y credos inservibles frente al fraude, al delito y al crimen en las propias instituciones religiosas. El fraude de los medios de comunicación que informen y posicionan lo que les es conveniente. En fin, el fraude de sentirnos decentes sin que movamos un solo dedo para cambiar el mundo.

¿Qué es la postpolítica?

Lo que vulgarmente entendíamos por política en el contexto postmoderno ha variado. No se trata, sin embargo, de cambios sustantivos sino más bien de cambios formales. Pero eso es, al final, el postmodernismo: la transmutación de todo fondo en forma, como la ética en cosmética, y la política en exhibición y escándalo. El imaginario de la política, que llegaba a su éxtasis en los procesos electorales, mostraba a los futuros líderes, varoniles, mirando el horizonte como diciendo, aquí estoy, soy la esperanza que estabas buscando, veo lo que tú no puedes ver y tengo la respuesta a todos tus problemas. Ahora, ese imaginario postpolítico muestra cualquier cosa excepto a ese tipo de político, sus aspiraciones, ideales o principios. La postpolítica sería una forma de hacer política sin hacer política. Entonces tenemos el reemplazo de los idearios por los pasos de baile, del fundamento argumentado de su visión de las cosas por la fotografía de besos y abrazos a extraños. Y mientras más miserable sea el abrazado, mejor. También sirve el escándalo, y hasta el ridículo. Todo lo que contribuya a generar tráfico en las redes sociales aporta, lo importante es incidir y hasta monopolizar el imaginario y ser el centro de la atención. Estar vigente es un recurso de incalculable valor “político”. No obstante, el sin-hacer-política, de ser un recurso massmediático se convierte en el núcleo mismo del fundamento postpolítico. El sin-hacer-política abandona la democracia y deviene espacio cooptado por fundamentos que nunca fueron cuestionados: los principios del mercado capitalista. El ceño fruncido y la mirada en el horizonte es reemplazada por la falsa sonrisa del selfie, así como la dignidad que es reemplazada por el éxito económico y la opulencia. La postpolítica no se preocupa del bien común sino de lo estrictamente personal o clientelar. La libertad se transforma

en capital. ¿Es posible sostener una sociedad en estas condiciones? Para la postpolítica esta es una pregunta sin ningún valor o sentido.

¿Qué es la desconfianza?

En una clase de ética contemporánea, pedí a los y las estudiantes que levantaran la mano, todas aquellas personas que confían en los políticos. Mi sorpresa es que nadie alzó la mano. Las personas, desconfían de los políticos y muy probablemente esto repercute o parte de la concepción de la política. Esto me ha motivado a pensar ¿por qué desconfiamos de los políticos? Y si esta desconfianza es una característica estructural de nuestra vida política. En todo caso parece que el tema no surge recién, ya Platón advertía que “Uno de los castigos por negarse a participar en política es que, al final, puedes terminar siendo gobernado por tus inferiores”. Es probable que los políticos no sean dignos de nuestra confianza porque los vemos como personas carentes de ética solo por el hecho de participar de un espacio (la política) que lejos de servir a los intereses públicos y velar por el bien de la mayoría, se ha convertido en el espacio para fortalecer intereses individuales o de pequeños grupos de poder. La sombra de la corrupción ensombrece a una actividad humana y humanizadora tan importante como es la política. Pero la corrupción no aparece sola. Aparece de la mano de la desidia y de la mediocridad. La falta de participación e involucramiento en la vida pública y en la organización del Estado, ha terminado excluyéndonos de esa lógica organizadora erigida para nuestro servicio. Por otro lado, el Estado ha burocratizado toda la forma de participación formal, haciendo que el interés de las personas por el bien común, esa tarea heroica, se procese por caminos

mediocres. Pero que el Estado y sus lógicas terminen imponiéndose a la sociedad solo nos muestra el grado de mediocridad en el que estamos como sociedad. La mediocridad de asumir lo instituido y no dar un paso más allá. La mediocridad de ser parte de la normalidad. La mediocridad de no tener postura más allá del medio, de lo común. Con razón Alain Deneault³⁰ dirá que nos gobiernan mediocres, imposibilitados de pensar más allá de gestión normativa del estado, básicamente porque vivimos una mediocracia, o sea, que todos somos mediocres. Ojo, que la mediocridad en este caso no significa incompetencia. Puedes ser muy competente gestionando la mediocridad de nuestros sistemas políticos y sus instituciones que ya no sirven para otra cosa que para corroborar que la mediocridad es el único sistema posible.

¿Qué es la conciencia social?

La conciencia social se construye con el aprendizaje de la historia “social”. Pero la historia social no es relevante en el momento en que la perspectiva del Estado se apropia de todos los contenidos y hace que de una u otra manera, desemboquen en él. Esa mirada hegeliana de que el Estado es la concreción última del espíritu ha sido una las trabas más duras que se han formulado desde la filosofía para detener el avance social y político de cualquier comunidad. Su opuesto, el Mercado, aunque al igual que el Estado nace del puro movimiento social, carece de institución. Se ubica en el presente perpetuo al desarrollar una mirada de corto plazo asentada en la vigencia de la mercancía. El mercado

30 Deneault, A. (2019). *Mediocracia: Cuando los mediocres toman el poder*. Turner.

desecha el pasado y se precipita sobre el control del futuro, de hecho, lo construye. Se trata en todo caso de una institución desinstitucionalizada en la que todo tiende a gravitar alrededor de las leyes de la oferta y la demanda. ¿Pero qué pasa con la conciencia social? Bajo esta línea de reflexión, la conciencia social que se supone, alguna vez aglutinó un conjunto de preceptos y principios éticos y políticos ligados a la transformación social, y que eventualmente permitirían la lectura crítica de la realidad colectiva, es reseteada y reformulada bajo los vectores de un individualismo astigmático y una memoria inexistente. No obstante, esta situación sigue siendo una oportunidad para replantear las fábulas que gobiernan la sociedad.

¿Qué es la confianza?

La confianza es un elemento básico para el funcionamiento de una sociedad de personas libres. Confiar es esperar que las personas actúen predeciblemente, y las cosas pasen en conformidad con un acuerdo tácito o explícito. La confianza es una suerte de esperanza que nos permite proyectar el presente e imaginar el futuro con optimismo. Confiamos en que las personas cumplirán su palabra, en que los vehículos se detendrán en luz roja, que nos servirán alimento en condiciones de higiene. Confiamos en las instituciones públicas y privadas. La desconfianza o confianza negativa, como creer que no nos dicen toda la verdad, que hay ocultos intereses, o que nos engañan, destruye la posibilidad de una vida social plena. Por eso es razonable construir confianza mutua, dar y recibir. La confianza no ocurre por decreto.

¿Qué es la certidumbre?

La certidumbre es lo cierto, lo evidente, lo que es verdad. También la obligación de cumplir algo. Esta última acepción, ya en desuso, no obstante, revela la clave de este concepto que garantiza la continuidad de la razón. La certidumbre entonces sería la posibilidad de imaginar y expandir el ordenamiento del mundo, y por ello se convierte en una categoría política fundamental. Lo contrario es la incertidumbre, que genera ruptura y descomposición del sentido, así como descrédito y necesidad de llenar ese espacio con algo mejor. Por sí sola la incertidumbre no generaría el caos. El caos vendría del descrédito de la certidumbre como piedra angular de un sistema social. Los gobernantes, en cualquier sistema político, y obviamente los representantes en el sistema democrático, están obligados a respetar el principio de certidumbre. En democracia la certidumbre debe plantear la reproducción de las condiciones para vivir en democracia, empezando por las más elementales como el acceso pleno a los derechos y la limitación de las taras sociales que lo impiden.

¿Qué es la violencia?

Se supone que el Estado se justifica por la garantía en la protección que brinda a sus ciudadanos cuando estos ceden parte de su soberanía individual al aceptarlo. Pero ¿si el Estado no puede garantizar la seguridad, la paz y la vida? No solo necesitamos repensar la forma del Estado, sino criticar la violencia estructural sobre la que la sociedad actual se levanta, empezan-

do por los dispositivos epistémicos que nos permiten “saber” y “entender” el mundo. Dada la hegemonía positivista y el culto a lo técnico (incluyendo en este ámbito a las ciencias humanas y sociales), difícilmente se pueden hacer propuestas sobre otros mundos posibles. El conocimiento y su aceptación generalizada nos remite a aquello “que es”, no a aquello que “debería ser”. Así se construye la ciencia, un tipo de saber hegemónico, aséptico, técnico, cuya utilidad más elocuente se encuentra en el ámbito de la política. Pero si ese saber es una herramienta de la política, el saber en sí mismo no va a cambiar las relaciones de poder que se ejercen incluso, en la más profunda subjetividad. Luego, para poder cambiar las cosas ya no se requiere del saber sino del soñar, en la medida que el sueño es anticipación, creación y utopía. ¿Es posible una sociedad armónica, libre, sin violencia, sostenible, y construida para la felicidad de sus integrantes? Esta pregunta no la puede resolver la ciencia. Si bien el soñar y el imaginar han sido absorbidos por las versiones técnicas del positivismo; innovar, pensar prospectivamente, progresar, etc.; necesitamos con urgencia y aunque parezca inaudito, aprender y enseñar a soñar, pues el soñar es una herramienta contracultural y contrapolítica para hacer frente a la forma de una sociedad que, esto sí, según la vasta evidencia científica, es una sociedad de muerte.

¿Qué es la tanatopolítica?

No importa cuándo leas esto, todos vamos a morir. No es una amenaza, es, desde antiguo, la verdad inexpugnable. En el universo postmoderno, la muerte le devuelve al mundo su única certeza. Frente a la muerte, se ordenan las prioridades. Con la muerte, retorna la reflexión sobre la vida, donde a pesar de su fugacidad,

se establece el sentido y la identidad de quienes somos. Más allá del dramatismo que supone aproximarnos al insondable abismo de la muerte, debemos reconocer que de lo único que podemos hablar, incluso al hablar de la muerte, es de la vida. De una vida finita, que, si bien cambia, también concluye. Tener cerca este horizonte es tener una brújula ética (no religiosa), que probablemente ha sido olvidada o escondida gracias a que nuestras sociedades, paradójicamente, han sido inundadas de muerte. La imagen de la muerte ha llegado a ser uno de los principales dispositivos de entretenimiento. La información se regocija en la muerte, la política se ha convertido en tanatopolítica, la economía que destruye es la economía que crece, y la economía que crece es la que destruye. Un trastorno que por un lado ha terminado insensibilizándonos no solo ante la muerte real de los otros, sino ante nuestro propio acabamiento y supresión en cuanto seres humanos, y por otro, ha vaciado a la vida de su condición de oportunidad única, para poder ser y actuar.

¿Qué es la guerra?

La guerra es la voluntad de muerte, un fenómeno total de decadencia. Pero al mismo tiempo, esa voluntad, no puede provenir sino de estructuras sociales altamente compactas y alineadas. No se hace la guerra en solitario, se debe ser lo suficientemente solvente, al menos imaginariamente, para decidir lanzarse al vacío con la esperanza de salir airoso. Un horrendo contrasentido, porque la guerra es destrucción y un retroceso a la barbarie. Nada, ni la sed de venganza, puede justificar la voluntad de muerte. La guerra es abandonar la razón y la disputa de sentidos, para someterse a la fuerza bruta. La guerra nos muestra que no hay evolución en la civilización y que todos los supues-

tos avances de la historia pueden destruirse en un segundo. A pesar de la complejidad de nuestro mundo simbólico, e incluso de nuestra religiosidad, si se irrespeta el principio más sagrado de precautelar la vida y la dignidad de los otros, no somos más que monstruos.

¿Qué es el plebicidio?

Hay muchas formas de matar a un pueblo. A través de la explotación laboral, la desigualdad social, aceptando la pobreza de la mayoría. A través del populismo, el clientelismo, la manipulación de las elecciones, los mecanismos de control tecnológico y político, o usando la violencia represora del Estado. Sembrando dogmas inexpugnables, soluciones mesiánicas, encareciendo la vida, o participando y permitiendo actos de corrupción sistemática en un gobierno. Tolerando el enriquecimiento ilícito, y los desproporcionados enriquecimientos lícitos. Eliminando derechos elementales como la libertad de expresión, la gratuidad en la educación o la calidad del sistema de salud pública. Pero fundamentalmente, la muerte del pueblo, el plebicidio (en palabras de Dussel), se da en cuanto se lo anula como sujeto histórico, capaz de ser escuchado y por tanto de generar transformaciones sociales. La paradoja es que la anulación del pueblo como sujeto histórico ocurre por la acción de una estructura institucional, autoritaria, vertical, burocrática y judicial, que el pueblo admite como válida para efectos de la gestión de su vida pública. El pueblo anulado no posee conciencia histórica porque no puede especular en sus propios términos sobre el momento histórico en el que se encuentra. Siempre debe remitirse al experto que lo descalifica y le explica qué es lo correcto en base a su liturgia. Pero estar anulado de la política no signi-

fica dejar de sentir sus efectos, entonces el pueblo revienta la biopolítica del control y del hábito, y genera una discontinuidad pedagogizante y popular en el espacio-tiempo de lo público y de lo cultural. En este apareamiento del pueblo aprendemos todos que su irrupción fúrica y su palabra desordenada pero interpe-lante solo puede ser capitalizada por la conciencia de un futuro popular y común a todos, que terminará decantando las mio-pías particulares para retornar sobre la crítica al fundamento problemático de la civilización moderna: el ordenamiento capi-talista y su desprecio por la vida.



IV.

**Liberta
ética y
colectividad**

¿Qué es la libertad?

Parafraseando a Sartre³¹ podemos decir que tenemos la responsabilidad de ser libres, pero libres en una libertad que no tiene que ver solo con la autonomía individual sino especialmente con las condiciones de su realización. Es decir, que habría que pensar a la libertad como un concepto plural que nos incumbe a todos y en el que nos reconocemos y solidarizamos como miembros de ese colectivo que tiene como fin la vida en libertad. Muy distinto al concepto que maneja el liberalismo clásico, de libertad individual, haciendo que su realización efectiva recaiga exclusivamente en las competencias empresariales de una persona, en su inteligencia o en otras virtudes que todos deseáramos tener. Lo cierto es que no preocuparse por las condiciones sociales que hacen posible la libertad individual, es un serio atentado a la libertad, y en este punto, a pesar de ser una redundancia, se debe decir que esas condiciones están inexorablemente atadas a la cuestión de lo público, sí, a la democracia, a la res-pública expresada en un conjunto de derechos que requieren la inversión y cuidado de toda la organización social, por citar los más importantes: la salud pública, los servicios básicos públicos, la educación pública, la vivienda pública, el espacio público, las vías de movilización pública, la comunicación pública, etc. En definitiva, queremos libertad, queremos poder decir lo que pensamos y hacer lo que queremos sin miedo alguno. Queremos una sociedad de mujeres y hombres libres y para ello no podemos negarnos a mantener y robustecer la inversión pública que garantiza los derechos. Hacerlo sería un retroceso efectivo en la búsqueda de la libertad y la concreción de la democracia.

31 Sartre, J.-P. (1973). *El existencialismo es un humanismo* (V. Prati de Fernández, Trad.). Sur. (Obra original publicada en 1946).

¿Qué es la igualdad?

El anhelo de la modernidad es llegar a una situación de verdadera libertad para todos y todas. Ahora no nos interesa saber si ese anhelo es adecuado, en la medida que sigue siendo el horizonte hegemónico en la civilización actual. Nos interesa saber cómo hemos de lograrlo en sociedades como la nuestra, una sociedad lejana al cumplimiento de ese anhelo que sigue vigente. Queremos libertad, pero para ello es necesario emanciparnos, primero de las creencias que siempre son infundadas y luego de la servidumbre económica que es la base de la dominación social. Ello implica la construcción de un sistema político que garantice a la libertad como principio y fundamento, y como objetivo y fin elemental, es decir, una sociedad que transforme tanto sus bases ideológicas como sus implicaciones prácticas. Sobre la libertad como principio se establecen los criterios de ética y de justicia, y de ello devienen las formas de educación y reproducción social, así como el comportamiento y de actuación social. La libertad es una situación de plena autonomía en un contexto que garantice y estimule la plena autonomía para todos, es decir que la libertad ocurre en un espacio de igual diversidad y diferencia. Parecería una paradoja, pero no lo es, decir que para ser libres necesitamos primero ser iguales, y que luego de ser libres necesitamos ser iguales. Esta igualdad no nace de una naturaleza divina, sino de nuestra condición humana, de las posibilidades de una razón compartida y de un destino colectivo que se erige en la posibilidad de las particularidades individuales. De tal manera, el individualismo no es sinónimo de libertad, como tampoco el colectivismo lo es de equilibrio. La libertad no acepta recetas, solo el respeto real de sus fundamentos que en última instancia se sintetizan en la veneración de la vida y eso es justamente lo que estamos llamados a consolidar en la

medida de nuestro estatuto ciudadano, la democracia como uno de los sistemas construidos a partir de la idea de libertad. Nuestras sociedades llamadas “democráticas” no lo son. No fomentan la libertad, la ahogan. Y no soportan la igualdad de los diversos. Así, tampoco toleran la igualdad de oportunidades y el desarrollo de capacidades, como tampoco la redistribución del conocimiento, la limitación al monopolio o la anulación de los privilegios que otorga el Estado. La libertad es una forma de vida, no una mercancía que se puede comprar, y esto último es precisamente una de las deformaciones de un pensamiento que no comprende la libertad como elemento ontológico del ser humano moderno.

¿Qué es la ética?

Coloquemos una pregunta clave: ¿Cuál es el fundamento de la ética en la sociedad contemporánea? Una sociedad que no esgrime ninguna idea del deber universal fuera de la lógica fundamentales del capital, y que a su vez evalúa la significación de los actos en función de la ganancia individual. Viéndolo de esta manera, el capitalismo global logró unir a dos tendencias éticas irreconciliables, la deontología (que ubicaba la validez ética de una acción en su intención), y la teleológica (que ubicaba la validez ética de una acción en sus consecuencias), estableciendo una condición pos-ética que se convierte en uno de los fundamentos invisibles del sistema neoliberal. Tanto la buena voluntad, como la utilidad y la felicidad han sido desplazadas como criterios de valoración ética. El valor imperativo que organiza el mundo es el valor de cambio, y todo lo que está mal es aquello que está fuera de su incluyente dominio. La banalidad del mal, o la normalización de la indolencia como afirma Alex Tarantino,

es solo un síntoma de la falta de conciencia, un término obsoleto en un universo donde no se requiere pensar ni sentir diferente, sino solo ser funcional y obedecer.

¿Qué es convivir?

Los seres humanos estamos interactuando permanentemente. Reflexionar y evaluar esos momentos de interacción tiene que ver con la responsabilidad emocional en la medida que mediante el análisis nos hacemos conscientes de las influencias mutuas que generamos y esto porque no somos seres independientes, sino seres interdependientes. No puede comprenderse un solo ser humano que exista fuera de una comunidad, el concepto en sí mismo es imposible, y, no obstante, el mito de la autosuficiencia del individualismo neoliberal, obnubila tanto la importancia de los otros para nuestra vida, como la de nuestra vida para los otros dentro de un plano complejo de libertad e igualdad. No es posible generar relaciones libres sin que estén mediadas por la implícita relación de igualdad, así como no existen relaciones entre iguales que no tengan como condición la libertad. Pero ni la libertad es el abandono y la negación de lo social, ni la igualdad es la aceptación irrestricta de los parámetros sociales. En el fondo se trata de un juego de equilibrios basado en el interés de la convivencia, interés que se ve afectado precisamente por el paradójico solipsismo al cual nos aboca la sociedad de la hipercomunicación, de la financiarización automática y de la inteligencia artificial, que nos evitan el “incómodo” y estocástico trato con los otros, en otras palabras, nos evitan la aventura de la vida. Pero claro, ¿quién necesita vivir cuando la vida se reduce a producir, consumir y defecar?

¿Qué es el bien común?

El bien común debería ser la base fundamental sobre la que se levante toda sociedad, considerando que la sociedad surge y se mantiene precisamente a partir de las ventajas y beneficios que genera la vida colectiva. El tema sin embargo es que, si en algún punto se descuida este aspecto, se pone en riesgo elementos clave de la condición humana. El bien común, por tanto, no es un objeto concreto compartido, el bien común está constituido por el conjunto de aspectos que permiten que cada persona pueda desarrollar su mayor potencial, sea el que fuere. Se deduce de aquello la imperativa necesidad de su cuidado. Si bien esta tarea, en algún momento fue delegada al Estado, en realidad su efectividad depende del consentimiento y compromiso de todos. El bien común puede expresarse tanto en la constitución de la base material para el sostenimiento de las necesidades de la sociedad, como en los aspectos simbólicos y culturales que determinan las formas de la relación que establecen las personas. Por eso es odioso ver que en el diálogo político está ausente el debate sobre cómo profundizar el bien común y solo se oriente al aumento del poder y al beneficio individual.

¿Qué es el apoyo mutuo?

Quizá, la expresión más fidedigna del principio del apoyo mutuo que se alza contra la lógica neoliberal de los intercambios mediados por el objetivo de la ganancia, es el favor. Una petición cotidiana, simple o compleja, que apela a consideraciones de carácter plenamente humano: necesidad, confianza, reciprocidad. Qué sería de la estructura sociocultural, del Estado, de las empresas, sin la figura del favor. Y las razones de fondo están expuestas en el carácter social del ser humano. No existe, es imposible suponer la existencia de un solo ser humano que no provenga de la comunidad. Nadie nace solo. El favor es un deber natural entre similares, es un despliegue benigno de una generosidad que se intuye necesaria para sostener el buen vivir. Al mismo tiempo, el favor es un acto absolutamente autónomo y voluntario. Es imposible obligar a alguien a realizar un favor. Pero el favor también concentra una dignidad esencial. Las súplicas y ruegos son contrarios al favor, porque inferiorizar a alguien para concederle el acceso al favor, automáticamente le torna incapaz de una potencial devolución, y esto es contrario a la ayuda mutua. El favor también es una ruptura con el orden natural. Se puede pasar por la vida sin ayudar a nadie. Pero si acaso se atiende una sola petición con esmero, se cambia la historia de explotación de unos sobre otros. Y ¿no es este saber elemental, la clave de la buena ciudadanía y de toda convivencia civilizada? Y también da asco que el deber, la obligación, sea convertida en un favor. Por ejemplo, cuando un político promociona una obra que por deber y obligación debe cumplir, como si hiciera un favor al pueblo. El favor es el corazón de la organización libre, elimina las jerarquías impuestas y basa su acción en la razón.

¿Qué es la cooperación?

Kropotkin³² dijo que la cooperación es la ley de la civilización mientras que la competencia es la ley de la selva. Vivimos en esa selva, desde niños nos enseñan a trabajar aisladamente, uno contra otro, nos entusiasman con la disputa, y nos entrenan para ganar. La pugna de poderes y micropoderes en todo ámbito y en todo nivel, entonces, no debe asombrarnos. Pero la mejor maestra no es la victoria, sino el fracaso. Nadie quiere fracasar, así que gustoso nos enrumbamos en la senda de la contienda eterna, unos contra otros. Ése es el verdadero motor de un movimiento sinsentido al que llamamos progreso, aunque la evidencia científica haya agotado los ejemplos que indican que, a pesar de la obvia imposición del más fuerte sobre el más débil, una especie solo progresa, subsiste, se adapta y evoluciona gracias a la cooperación entre sus individuos. La imposición del más fuerte sobre el más débil solo es un momento de un proceso mayor donde el solitario perece y el colectivo permanece porque logra generar condiciones superiores de organización. Pero lo paradójico es que estemos en medio de una “civilización” que desdice sus fundamentos y apela a la competencia, al vicio privado, a la ambición, al desafortado instinto reptiliano como motor del desarrollo. Esto sin duda conduce a lo contrario, a la desfiguración social, a la debacle civilizatoria, y nuevamente a la ley de la selva donde simple y sencillamente dejamos de ser seres humanos.

32 Kropotkin, P. (2016). El apoyo mutuo. Ed. Pepitas De Calabaza.

¿Qué es la ayuda?

Quien ayuda se ayuda. La explicación de esta paradoja la tenemos que escrutar en una relación ontológica que traspasa a los seres humanos y que se expresa en la necesidad de los otros. Tenemos necesidad de los otros porque tenemos necesidad de mundo. Queremos ser mundo y escapar a la soledad que es la posibilidad siempre latente de fracasar en la realización de nuestra humanidad. Esa realización solo se resuelve en libertad, y por eso la libertad es un principio fundamental para cumplir con el verdadero objetivo de acercamiento solidario al mundo. El acercamiento al mundo requiere de la generosidad del don y del respeto absoluto por la vida, cosas difíciles en un contexto cultural neoliberal donde el cálculo económico proscribiera todo tipo de sensaciones y sentimientos que no concluyan en la monetización de la vida. Ese sistema perverso indica que el ideario de la vida está en recibir, y solo en recibir cada vez más, no en dar, o al menos no en dar sin pensar en recibir. Pero no vivimos en el falso mundo de la independencia absoluta, sino en el mundo de las interdependencias que naturalmente funcionan gracias a la libertad y la igualdad. Una relación de dependencia no es ni libre ni solidaria, es decir, no es auténtica. La relación de dependencia es el reverso odiado de los principios basados en la libertad. Solo la comprensión de la magnitud de la interdependencia nos permite pensar en la potencia de la solidaridad no solo para la realización de una economía decente, sino de una vida digna. Nos necesitamos unos a otros esa es la realidad, pero nos necesitamos con nuestra propia humanidad bien desarrollada, no subdesarrollada. La explotación de unos sobre otros solo conduce a un mundo más pobre en todos los sentidos. Solo la solidaridad, y el desarrollo libre y equilibrado puede generar ese contexto de salud individual y colectiva.

¿Qué es la filantropía?

El amor por el ser humano, de “*philos*” (amar) y “*anthropos*” (humanidad), el concepto se registra ya en las obras de Esquilo. El amor por los otros, sin duda es un motor civilizatorio y de progreso ético. La valoración de la vida, dignidad, experiencia y posibilidad humana, también se encuentra en el corazón del renacimiento. La filantropía es el fundamento de las concepciones democráticas. Uno de los ideales de la revolución francesa ¡fraternidad! Y quizá el pilar sobre el cual se han levantado las utopías modernas más logradas: el apoyo mutuo, la cooperación y la solidaridad. En la actualidad, sin embargo, este término se propone como un absurdo. En tiempos en los que el otro no solo nos es indiferente, sino que nos molesta, nos es incómodo, y hasta nos atemoriza. El individualismo capitalista se va transformando en solipsismo neoliberal. El ser humano deja de necesitar del mundo como condición de su identidad. El ser se produce en el tener, pero se trata de un ser deforme y confundido. En las estructuras hipermasificantes de la saturación conectiva el aislamiento digital produce la autoreferencialidad, la pura masturbación y la demencia. El aparecer en las redes no te conecta realmente con los demás, no lo hace sobre todo en medios que están diseñados para el olvido del mundo, y el desvanecimiento de sí. La cura, en gran medida, tiene que ver con volver a la conexión genuina con los otros mediante aquellos actos voluntarios y desinteresados que desafían el egoísmo estructural; la generosidad del trabajo voluntario, las acciones comunitarias, las donaciones, la asistencia, el activismo social. Por ello quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas cuyos aportes, a menudo silenciosos, han sido clave para respaldar, promover y hacer posible esta columna de pensamiento crítico e independiente.

¿Qué es un liberal?

Un liberal debería ser una persona que encuentra en la libertad el principio fundamental de la vida en sociedad, principio que no puede ser coartado por ninguna estructura política ni jurídica, sino solo potenciado, esto es libertad para vivir en sociedad. Es decir, no hay nadie que no pueda ejercer su propia voluntad para regir sus acciones privadas o públicas sin la necesidad de algún tutor real o ideológico en el marco de la convivencia. La libertad sería un principio suficiente para la acción ética. Por eso me parece paradójico encontrar personas que se autodefinen como liberales, pero cuyos principios de acción emanan de estructuras ideológicas o religiosas que impiden la crítica, la valoración autónoma y el ejercicio del libre examen sobre determinado tema. Pero este fenómeno, habría que decirlo, no es exclusivo de los liberales, lo mismo ocurre con socialistas y con la gente de la izquierda. Es interesante, no obstante, ver cómo, en el caso de los supuestos liberales, por hacer cumplir alguno de sus principios doctrinales religiosos o ideológicos, pueden incluso, soportar el retroceso de la libertad o la presencia permanente de un tutor donde no debería existir. En el fondo, aceptar el retroceso de la libertad con el fin de precautelar un principio religioso solo refleja una matriz conservadora, matriz que con mucha seguridad se expande a otros ámbitos del diseño estructural de su personalidad y de sus concepciones económicas, culturales y políticas. Pero lo que discuto, como defensor de la libertad y la democracia, no es ninguno de los principios religiosos, sino la imposibilidad de la real y efectiva capacidad de elegir que estos principios restringen, cuando se desea imponerlos a todos. Además, discuto la hipocresía, de llamarse liberal y ser conservador, o de definirse como de izquierda y ser de derecha, es decir la incoherencia que a la larga se convierte en

demagogia. Como país necesitamos honestidad y transparencia ideológica, necesitamos mucha formación política y sobre todo la posibilidad del ejercicio real de la libertad y eso no se construye con imposición sino con la solidaridad de los y las libres.

¿Qué es la anarquía?

El anarquismo tiene como ideal la anarquía, no el caos ni la violencia. La anarquía puede ser comprendida como un orden político, económico, social y cultural deseable que tiene como sustento la libertad y la responsabilidad absoluta de los individuos sobre sus acciones. El ideal es que en ese sistema la libertad no quede restringida por factores económicos o políticos, sino que sea regulada por los criterios de responsabilidad social e individual, adquiridos a través de la educación y la cultura. Así para el anarquismo lo más importante es la vida de las personas. Si se quiere, el anarquismo plantea la democratización de la democracia en la medida que, desde este enfoque, la cultura política no solo tiene como objetivo la participación activa de la ciudadanía en función de la defensa de sus derechos, sino la generación de alternativas solidarias y beneficiosas para la colectividad y desde luego, y por eso mismo, provechosas para el individuo, así como la comprensión de que las crisis deben resolverse a través del ejercicio del diálogo y la utilización de la razón y la inteligencia. El anarquismo entonces no es vandalismo. Todo lo contrario, el anarquismo implica la ampliación del concepto de ciudadanía capaz del entendimiento de la justicia sin la tutela de la fuerza coactiva del Estado. La anarquía -o ausencia de poder- no significa caos. Se trata de un principio de organización superior que intenta deconstruir el poder y ubicar este ejercicio como el centro de la reflexión de una cultura

política que busca la generación de un proyecto común que integre, sin anularlas, a todas las diferencias. Entonces cuando en momentos de convulsión social, política o económica se llega a decir que “se está en estado de anarquía”, en realidad se está utilizando una expresión absolutamente errónea. La anarquía es un concepto político poco estudiado, y quienes hacen información política deberían nutrirse de los criterios elementales que orienten adecuadamente a la opinión pública, sobre todo en sociedades cada vez más capacitadas y mejor informadas.

¿Qué es la utopía?

Es claro que la noción de libertad como un valor constitutivo de la utopía de la sociedad moderna, ya no está amparada exclusivamente por las ideas del progreso y del perfeccionamiento del sistema capitalista, sino que se ha desplazado hacia la búsqueda de la ruptura, la negación y la crítica, incluso de aquello que goza de plena legitimidad y validez. La libertad en todo caso ha retomado su significado emancipatorio más allá de la idea de libertad provista por el sistema. Para ejemplificar esto veamos el feminismo, que busca hacer posible, en un primer momento, la consecución de la igualdad entre hombres y mujeres, en diferentes planos, cultural, económico, político, dentro del mismo sistema capitalista. Pero en un segundo momento, el feminismo va más allá de la igualdad, en la construcción de un tipo de conciencia diferente que reflexione y articule no solo nuevas relaciones de género, sino una crítica profunda a los principios constitutivos del sistema patriarcal y sus relaciones sociales, establecidas bajo el imperio unidimensional del progreso economicista. El potencial transformador, por no decir subversivo, de las ideas feministas se asienta fundamentalmente en la crítica

del principio de rendimiento, asumiendo el ejercicio real de su libertad, y, por tanto, la posibilidad de generar nuevas propuestas de construcción de otro orden social. Pero esto es posible solo dentro de un proceso pedagógico que inserta gradualmente valores y perspectivas diferentes en el corazón de la cultura, de tal manera que se cuestionan las jerarquías y los roles que articulan el funcionamiento de un sistema que ya aparece como insostenible por los niveles de violencia, de inequidad y de insostenibilidad. La búsqueda de la justicia en relación antitética con las nociones de justicia provistas por el sistema dominante también cuestiona aspectos de la valoración en diferentes ámbitos: estético, afectivo, erótico, y propicia una reconstrucción pública de la sociedad a nivel de la reconfiguración de las relaciones entre las personas y la organización de los espacios íntimos. Las ideas feministas, dejan de ser exclusivamente femeninas para constituirse en un pilar para la libertad de todos.

¿Qué es la inconformidad?

La inconformidad es el verdadero motor de la historia, una historia que no cesará a pesar del supuesto conformismo que actualmente vivimos. Digo supuesto, porque a simple vista las cosas no están bien, y deben cambiar. Y el hecho de que, a pesar de verlo, no nos inmute, debe ser leído solo como un resultado perverso de una razón totalitaria, una razón que se pensó infalible y terminó fabricando monstruos sin conciencia. Me explico: tenemos una sociedad que produce conformismo a través de sus dispositivos mediáticos, sus herramientas tecnológicas y sus sistemas educativos, produce en todo caso sujetos conformes que creen que se ha llegado a la cúspide civilizatoria, y por tanto conservadores gradualmente retardatarios que van

perdiendo las capacidades básicas de la propia razón, como el juicio crítico, la apercepción, -lo que Borbolla define como darse cuenta que uno se da cuenta-, y la conciencia. Lo que pasa es que la conciencia se gesta en la inconformidad, y aquí el inconforme, el distinto, es básicamente expulsado de la sociedad que no desea inconsistencias en sus mecanismos de producción y reproducción social, aunque éstas entrañen serias contradicciones. Entonces se produce una suerte de descafeinización ideológica. Se puede pensar siempre y cuando sea en los términos del sistema, siempre y cuando se aporte y se contribuya al sistema para perfeccionarlo. Nada de crítica destructiva, nada de pensamientos que atenten contra el orden instituido, ni siquiera los que claman por una verdadera justicia, la paz, le ética, y menos el Buen Vivir.

¿Qué es la enajenación?

La enajenación es un concepto clave en el pensamiento de Marx³³. Esto por supuesto no quiere decir que Marx tenga toda la razón ¿quién la tiene?, no obstante, es innegable su reconocimiento como una vertiente crítica que se ha producido sobre la sociedad capitalista. Para explicar esta categoría en términos comprensibles, pensemos en nuestro contexto electoral. Supuestamente, ahí cuajan las potencialidades políticas de la sociedad. El votante elige libremente entre una cantidad de opciones pensando que representarán un cambio social. No obstante, el votante no se da cuenta que esa forma política en realidad no

33 Marx, K. (1932). Manuscritos económicos y filosóficos de 1844 (J. R. Fajardo, Ed.). Marx/Engels Gesamtausgabe, Abt. 1, Bd. 3. Edición digital en Biblioteca Virtual "Espartaco" (2001).

cambia nada, al contrario, ratifica la realidad que existe en la medida que no es más que la expresión de los verdaderos procesos ordenadores del mundo, las formas económicas. Ningún político puede cambiar eso, a lo sumo ofrecerá una forma determinada para su administración, pero en el fondo no controla nada. Peor aún el votante promedio, que ni siquiera controla los medios de ganarse el sustento diario, ni de construir su propio proyecto de vida, y menos, de crear sueños de cambio. Entonces, lo que está en juego con la enajenación es la propia forma de la socialización, que en la sociedad capitalista está mediada por la mercancía. La vida se reproduce en la compra-venta de mercancías y el votante promedio es de hecho una mercancía viviente porque solo puede vender su fuerza de trabajo. Evidentemente, en la lógica de acumulación y ganancia del capital, el votante nunca venderá su fuerza de trabajo a un precio justo, así que será explotado. Tal vez tenga alguna conciencia de esa explotación pues la vivirá en carne propia, y probablemente luchará contra otros para ya no ser explotado, (acumulando capital, explotando a otros, o a la naturaleza), mientras el sistema de dominación funcionará mejor que nunca.

¿Qué son los vicios?

Nietzsche³⁴ dijo que se pueden adivinar los vicios de una sociedad, mirando la promoción y necesidad de sus virtudes. Así, para los griegos que su virtud fundamental era la prudencia, sus vicios estaban atados a lo irascible y más específicamente a la ausencia de una idea de justicia que mediase la concepción del poder. Si esa fórmula la aplicáramos en nuestros días, podríamos decir que la urgente necesidad de ética solo revela la profunda inmoralidad que nos traspasa. La moral, más allá de las críticas que puedan hacerse a este concepto como una forma naturalizada de aplicación de ciertos parámetros para la acción humana, en esencia, trata de establecer las distinciones de aquello que se considera bueno y de aquello que se considera malo en el comportamiento de las personas, de cara a la posibilidad de la convivencia social. Lo inmoral revela la destrucción de esos parámetros, la ruptura de esa brújula que marcaba los límites de la acción humana a partir del señalamiento de un bien superior. Lo inmoral no solo revela la distorsión de los valores (suceso que en realidad constituye un momento de esta decadencia), sino el fracaso político de la institución de lo social. Es decir, no se entendió que la sociedad, su reproducción, mantenimiento y mejoramiento en el tiempo, está atada a un proyecto político que requiere una preocupación absoluta tanto de la educación de los elementos indispensables para la convivencia (los valores morales), como de las condiciones materiales que hacen que ese proyecto sea viable y deseable. De ahí que un proyecto político exitoso necesariamente está atado al cuidado de la vida. Y sin una preocupación latente por la so-

34 Nietzsche, F. W. (2007). *Más allá del bien y del mal* (S. Albano, Trad.). Grafico

ciudad se anula la convivencia, no hay seguridad, no hay paz, no hay mercado, no hay cultura, no hay Estado, no hay ciudadanía, y en definitiva no hay futuro.

¿Qué es el darwinismo social?

Quién pondría en duda lo que hoy se conoce como la teoría evolucionista. No existe una explicación más consistente para hablar del proceso de desarrollo de la vida. Se trata de un planteamiento que destruye, en términos racionales, cualquier postura misticista, lo cual sin duda constituyó un avance en la emancipación del dogma, del saber científico, causal, experimental y comprobatorio. Esta teoría, sin embargo, que no fue exclusivamente instalada por Charles Darwin, popularizó una idea que ya había sido expuesta por Herbert Spencer, (*survival of the fittest*), la supervivencia del más apto. De la comprensión errónea de esta idea que describe la lucha por la supervivencia, se han desprendido nociones bautizadas como darwinismo social, que básicamente tergiversan, no solo la teoría base, sino que intentan justificar un sistema de injusticia, competencia, explotación, un sistema “salvaje”. Para empezar, la “supervivencia del más apto” no significa necesariamente la supervivencia del más fuerte o agresivo, sino del que presenta mejores condiciones para adaptarse al entorno y reproducir la vida. Estas condiciones no son provistas por el azar, sino producto del propio proceso histórico de la supervivencia que se define en la capacidad de cooperación de los individuos de una determinada especie. Así, la supervivencia del más apto, quiere decir de aquellos que mejor conviven, colaboran, y se apoyan. Por eso Kropotkin dijo que la lucha por la existencia no significa lucha entre individuos de la misma especie, sino contra condiciones adversas. Y en esta

lucha, la ayuda mutua es el principal factor del progreso. Entonces, si queremos seguir en la lógica de la evolución, está claro que debemos dejar de hacer un uso ideológico del “darwinismo social” para justificar lo injustificable y más bien aportar a la construcción de las condiciones para la solidaridad y el verdadero progreso a través de la educación y la cultura.

¿Qué es un necrosistema?

En el sistema capitalista contemporáneo, algo apesta. Algunos filósofos incluso han dicho que no vivimos en un sistema, sino que habitamos un cadáver. Un gran cadáver cuya putrefacción ahora es global. Por supuesto en este sistema muerto ya no se aplican ni las leyes ni las normas que tuvo cuando estaba vivo. Este cadáver se llama neoliberalismo. En este “necrosistema” todo está destinado a morir. Para empezar, su futuro no está en el progreso sino en la decadencia. Solo en el aumento de la podredumbre encuentra sustento. La corrupción no solo es la norma sino la matriz de su lógica. La ley es la ley del más fuerte, y el poder absolutamente auto referencial y violento, no se comparte con nadie. El pueblo descompuesto omite su pestilencia con maquillajes virtuales y el fugaz sucedáneo de la imagen en las redes. La forma reemplaza el fondo, todo puede comprarse. Los ciudadanos se metamorfosean en toda clase de zombies. Pasan horas destruyendo al otro y comiendo su carne. Un canibalismo pornográfico se apodera de su ocio, y el engaño es su negocio. Están formados por la farándula rosa y la crónica roja. Trogloditas que harían palidecer al *homo habilis*. Este al menos conocía el valor de la comunidad y la utilidad de sus manos. El zombie esclerotizado solo conoce el valor de arrastrarse por dinero, ese es factor de su éxito y el trofeo de su dignidad. El zombie no

piensa, no le interesa. El Estado es el órgano que más tiempo lleva podrido. Se transformó en la palanca del crimen y el extractivismo, y ya ni siquiera le importa justificar actos absurdos. ¿Y a quién le importa? La política abandonó la búsqueda del consenso para el bien común y se transformó en el escenario de la guerra simbólica y práctica donde los muertos vienen y van.

¿Qué es el mercado?

Parto de un axioma: Un sistema donde las lógicas de la economía de mercado son hegemónicas a nivel de la producción, distribución, intercambio y consumo, torna imposible cualquier acción u organización económica que no se inserte en sus formas de funcionamiento, reforzándolas y ampliándolas. Entonces, la denominada economía solidaria, lejos de ser entendida como una alternativa al sistema, en realidad es una forma entre otras en las que se dan diversas operaciones económicas que cumplen y aceptan los presupuestos de eficiencia, rentabilidad, ánimo de lucro, competencia, oferta y demanda, crecimiento y acumulación. Por otro lado, el sistema económico de mercado, el sistema capitalista, paralela y permanentemente, fortalece los fundamentos antropológicos que le hacen posible y le permiten reproducirse, esto es el egoísmo, el interés individual, el beneficio propio, entre otros, sobre los cuales se operativizan todas las formas económicas actuales (incluidas las “solidarias”). A pesar del corpus teórico de moralización y reformulación de la economía mercado que ha planteado la economía solidaria, ésta muestra, como uno de sus principales resultados, una incongruencia entre sus principios y sus prácticas reales. No solo eso, su relativo éxito se debe a una posible funcionalización del pensamiento ético que contribuye a la expansión

totalizante de la economía de mercado, gracias al concepto de inclusión, entendida como un proceso de incorporación y de goce de los beneficios de participación en “el sistema de mercado”, que se supone debería objetar. ¿Qué tiene de solidaria la economía solidaria? Se convierte en una pregunta clave para un análisis crítico que se ocupe de esclarecer los reales alcances de este enfoque.

¿Qué es una mercancía?

Una mercancía no es solo una cosa que puede intercambiarse por otras. Su capacidad de intercambiabilidad no está dada por una función absoluta ni por una necesidad absoluta. Me explico: un pan es una mercancía solo si cumple determinadas condiciones como ser pan fresco, estar puesto a la venta y con la posibilidad de que alguien tenga hambre, quiera y pueda comprarlo. O sea, son condiciones que se conjugan en la intersección social del intercambio. Pero si cualquiera de estas condiciones se pierde, el pan deja de ser mercancía, supongamos que el pan ya es comprado por cierta cantidad de dinero, automáticamente deja de ser mercancía. El dinero por otro lado también es una mercancía. Aunque no tiene ningún valor de uso fuera de su capacidad de intercambio, esa capacidad de intercambio del dinero por cualquier mercancía es un prodigio del poder político. Si el dinero pierde esta capacidad ya no sirve para nada, o casi nada. En el mundo capitalista se supone que todo tiene que poder convertirse en mercancía, pero esto solo significa que se deben generar las mejores condiciones para que se dé la intersección social del intercambio, ni más ni menos, es decir condiciones de democracia, de libertad, de justicia y de equidad, sí, de equidad pues uno no puede intercambiar algo con otro que no tiene

capacidad de intercambio. Seguir pensando que el capitalismo puede existir sin la democracia real, es una forma muy peligrosa de fascismo. Las leyes de la oferta y la demanda funcionan de manera diferente en una sociedad equitativa y en una sociedad inequitativa, y no poder ver esta situación tan elemental no solo es una miopía, es una inmoralidad. Por eso el trasfondo del funcionamiento razonable de una sociedad de mercado es la democracia radical y si bien esto no significa igualdad de condiciones, sí debe significar igualdad de oportunidades y desarrollo de capacidades de todas y cada una de las personas, porque el dinero o cualquier mercancía no generan riqueza por sí mismas, la única posibilidad de generar riqueza y bienestar en términos sociales pasa por generar esas condiciones de intercambio sanas y fructíferas en la que todos y todas participemos.

¿Qué es el dinero?

El dinero es una institución que expresa un orden teleológico cuya finalidad no está del todo clara, o se ha desvanecido en una compleja red de manifestaciones conductuales concretas, que deriva en determinados valores y principios que vertebran ese ordenamiento. Una especie de mecanismo automático que pasa como “natural”, no solo por su complejidad y difícil penetración, que excluye a las proposiciones teóricas críticas que, para indagarla, deben tornarse necesariamente, éticas y políticas. Preguntarse ¿Cuál es el fin del dinero? Es por definición una pregunta ética y política, porque no preguntamos por su operatividad, sino por su fundamento. Asistimos a un umbral de transformación histórica (quizá una deformación o un retroceso) que nos plantea la lógica del dinero desprendida de sus fundamentos acuñados en la modernidad humanista. Una lógi-

ca que plantea una valoración explícitamente cuantitativa de la vida, y con ello, un tipo de orden jerárquico. La imposición de este orden no es tan bestial en todos lados, pero sus discursividades van haciéndose hegemónicas. Hablamos con normalidad de los “recursos humanos” o de los “recursos naturales” como cosas al servicio del dinero. No hay progreso ni desarrollo más allá del dinero. El dinero se volvió fin y todo el resto se convirtió en medio. En la lógica del dinero no existe la política antes o después de su cálculo, no existe la idea de desarrollo ni de progreso que no le sean funcionales, que no puedan ser medidas con su vara elemental, o pensadas más allá de su idea de futuro. Incluso, el saber cuestionador de su lógica tampoco existe, porque el pensamiento crítico solo sirve en la medida que está articulado a sus circuitos económicos y epistemológicos.

¿Qué es la capacidad?

El dinero fue siempre un símbolo. Su significación socialmente compartida, y la creencia generalizada de su valor es lo que le dota de utilidad, careciendo de todo valor de uso. El dinero es una abstracción que no solo permite el intercambio, la cohesión y la proyección social. El dinero es en sí mismo cristalización de la fe respaldada en una promesa. El dinero es fiduciario. Por arbitrario que sea, el dinero también es político, y por ello está expuesto a preferencias e intervenciones. El dinero es confianza y creencia, por ello el dinero es crediticio. El dinero fundamentalmente es la representación cuantitativa de una condición elemental en el mundo del ser humano: La capacidad. Por supuesto, se entiende que “la capacidad” excede la posibilidad de su representación en términos de dinero, pero la concentración de dinero definitivamente impacta en la reproducción de “la ca-

pacidad". El silogismo es el siguiente: la acumulación de dinero, (riqueza en cuanto representación parcial de la capacidad) genera pobreza, y la acumulación de pobreza genera violencia. Por lo tanto, la acumulación de riqueza genera violencia. En consecuencia, se debe cuidar la reproducción de la capacidad.

¿Qué es turbocapitalismo?

El turbocapitalismo es un neologismo creado por E. Luttwak³⁵ para evidenciar los cambios acelerados de la globalización capitalista, donde uno de sus más relevantes resultados tiene que ver con un proceso de generación de riqueza desvinculado de la ética. En el turbocapitalismo todo vale a condición de ganar dinero en el menor tiempo posible. Esto desde luego supone impactos tanto en la administración pública, en el tejido social, y en la Naturaleza. En el primer caso, la idea de que lo público, al ser fuente de gastos, es siempre un espacio de corrupción nefasto, por lo que hay que reducirlo o eliminarlo; privatizando, desregularizando, creando competencia, eficiencia, generando ganancias. En el segundo caso, la creación de riqueza no garantiza su distribución social, lo que a su vez produce exclusión, pobreza y violencia y la consecuente explotación de la vida. Así, la democracia y sus valores constitutivos como la libertad se ven afectados a causa del surgimiento de escenarios de precarización e indefensión, donde se desvanece la idea de justicia, e impera la ley del más fuerte.

35 Luttwak, E. (2009). *Turbocapitalismo. Quienes ganan y quienes pierden en la globalización*. (C. Mercadal Vidal, Trad.). Crítica.

¿Qué es el realismo capitalista?

Concepto popularizado por Mark Fisher³⁶ denomina la aceptación generalizada de que el capitalismo es el único sistema político y económico viable. Fisher, de hecho, fue quien acuñó la idea de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, pues el capitalismo genera un régimen post-ideológico que imposibilita la capacidad de imaginar alternativas coherentes. Pero esta “aceptación” se habría infiltrado en todos los aspectos de la vida, actuando como una barrera invisible, como una suerte de “incapacidad” para el pensamiento y la acción. Y junto al concepto de realismo capitalista, propone el concepto de hedonía depresiva, un trastorno depresivo paralizante producido por la pulsión por conseguir placer, no como sucedáneo para aliviar el realismo deprimente del capitalismo, en la que cualquier forma de resistencia se experimenta como impotencia, sino impulsando la búsqueda del placer individual como expresión de un nuevo tipo de dominación. Una patología que normaliza el comportamiento dócil y sumiso ante el poder del capital, y su lógica reificadora y mercantilista.

36 Fisher, M. (2018). *Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra.

¿Qué es la servidumbre voluntaria?

La servidumbre voluntaria bien podría ser una definición alternativa para el régimen de organización económico actual. Es decir, el capitalismo, erigido sobre condiciones político-jurídicas basadas en la idea de la libertad, sería, de todas maneras, un régimen de servidumbre libremente aceptado. Pero ¿cómo es esto posible? La idea no es nueva, ya en el siglo 16, un joven de 18 años, Étienne de La Boétie³⁷, advertía que la servidumbre proviene del “consentimiento” de aquellos sobre quienes se ejerce el poder. Los particulares, basados en sus concepciones de la utilidad y beneficio, y en función de sus propios intereses, actuando libremente se someten a la servidumbre. Naturalmente, esta forma de actuación encubre el horror de un sistema que no solo es desigual al extremo y, por lo tanto, antidemocrático, sino que devela la existencia de una libertad cercenada, que solo es libre de desear lo que le es permitido, luego, es absolutamente contradictoria. La fórmula: Desear lo permitido, significa desear lo que el sistema desea que se desee. No el cambio de sistema, por supuesto, sino un deseo que profundice y amplíe el sistema y sus ideales de libertad. Un deseo que haga tolerable y hasta atractiva, la insostenible servidumbre irracional a la que todos estamos expuestos.

37 La Boétie, E. (2016). *Discours de la servitude volontaire*. Virus Editorial.

¿Qué es desarrollo?

Empecemos por lo más básico. Es más fácil tener como imagen del desarrollo, los rascacielos de Manhattan que la fétida industria humeante que evacua líquidos putrefactos en los ríos y desertifica la tierra. Acepto que son imágenes que no necesariamente corresponden a la realidad, -no necesariamente-. Pero es claro que el “desarrollo” tiene un costo. No es un proceso armónico, y menos en países primario exportadores como Ecuador, aun cuando de hecho existan empresarios e industrias responsables. Pero la pregunta es, si no debería ser un ideal del desarrollo precisamente el “desarrollo armónico”. La crítica se teje argumentando que, en la sociedad neoliberal, el desarrollo solo es concebido en términos económicos, lo que significa que restringe su alcance y perspectiva integral, y, por tanto, ya no puede ser visto como el eje principal del progreso humano. Al contrario, el desarrollo miope nos hace involucionar y pone en serias dudas la propia continuidad de la vida. El desarrollo, entonces, se ha convertido en un discurso vacío que no abastece las necesidades de superación y perfección humana. Pero al ser un concepto tan abarcador, parece que la idea de desarrollo no puede ser reemplazada sin interrumpir la línea del tiempo moderno. Hablar por ejemplo de Buen vivir, que plantea el respeto a la naturaleza, aparece no solo como un anacronismo sino como un discurso retro-volucionario, y en parte lo es, porque recoge y se retrotrae a las luchas inconclusas por hacer realidad los ideales de la ilustración. Y seamos claros, la explotación de la naturaleza no cesará sin antes superar la explotación entre los propios seres humanos.

¿Qué es mal-desarrollo?

La idea de desarrollo ha sido cuestionada. Desde la teoría crítica se alzan voces que descalifican esta idea como un dispositivo de dominación al servicio de cierto patrón de regulación mundial. La idea del desarrollo estaría conformada bajo los criterios de una razón instrumental y tecnológica que termina siendo funcional a los intereses del sistema capitalista neoliberal. Se trata de una idea movilizadora que alinea en una misma vía, cualquier intento de generar avances cualitativos en las sociedades humanas, reduciéndolos a indicadores cuantitativos y de crecimiento económico. No obstante, parecería que la idea de desarrollo no solo no ha logrado eliminar los problemas de inequidad, de pobreza, de insatisfacción y de deterioro de la naturaleza al nivel mundial, sino que los ha profundizado convirtiendo el desarrollo en una de las causas del mal-desarrollo de nuestras sociedades. Sin negar la importancia del avance tecnológico e industrial, las “alternativas” de desarrollo puramente economicista han propuesto variantes que humanizan ese gran imaginario social que determina nuestro modo de vida y nuestras aspiraciones de futuro, como el desarrollo sostenible, el desarrollo a escala humana, el desarrollo justo. Mientras que las corrientes más heterodoxas y críticas hablan de “alternativas al desarrollo”.

¿Qué es el bienestar?

Me pregunto dónde fueron sepultadas las ideas que propugnaban la realización del mundo donde impere el respeto por el otro, la justicia, donde nos autogestionemos en condiciones de igualdad, sobre la base de la sagrada libertad. Es irónico que la tumba de estas ideas se denomine “bienestar” o “interés personal”. Creer que el bienestar es tener cosas, es la fórmula perfecta para seguir ahondando en un sistema cuya estructura está diseñada para la represión racional. No digo desde luego, que las cosas no sean útiles, y por supuesto que es necesario poder satisfacer las necesidades básicas para comenzar a hablar del bienestar, pero de ahí a confundir medios con fines es propio de procesos de dominación que operan en un nivel entendimiento despojado de toda criticidad. La consecuencia es la barbarie. Todos luchando a dentelladas por obtener el mayor grado de bienestar posible. Esta sola imagen debería ser suficiente para dibujar el contorno político de una sociedad corrupta y disfórica. Pero hay más. Paradójicamente el bienestar se reduce directa y proporcionalmente al grado de desarrollo del sistema de producción de cosas. Probablemente el bienestar no sea producto del tener más cosas, un estado al que con suerte se accede después de haberse destrozado tratando de tener más cosas como motivo último de la vida.

¿Qué es calidad de vida?

La mejora de la calidad de vida de las personas tiene que ver con el acceso creciente a los beneficios que presta la sociedad, beneficios que, por otro lado, se acrecientan y diversifican gracias a la mejora de la calidad de vida. Es decir, un círculo virtuoso que finalmente no puede ser medido de manera cuantitativa. La “calidad de vida” es un complejo sistema de definición de los objetivos del desarrollo humano, los cuales no deberían ser confundidos con los medios o mecanismos necesarios para su acceso. Ahora bien, estos medios y mecanismos en lo profundo se revelan, o como capacidades y recursos, o como oportunidades, tal como lo enseñó el célebre economista Amartya Sen³⁸. En este punto valdría decir que, sin embargo, la educación y la cultura son objetivos del desarrollo humano, y al mismo tiempo deben ser entendidos como capacidades, recursos y oportunidades. Usar la educación y cultura para mejorar la calidad de vida de las personas o para tornar más accesibles los mecanismos para hacerlo, siempre será una buena inversión. Pero la tradicional falta de interés y entendimiento en estos temas por parte de los políticos hace que se distorsione y contraiga la gestión pública y se menosprecie el impacto de la cultura en la organización de la sociedad.

38 Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad* (E. Rabasco y L. Toharia, Trans.). Ed. Planeta.

¿Qué es economía solidaria?

La economía solidaria, en cuanto concepto, surge fuera de los imaginarios sociales. Es decir, si revisamos la historia, son las instituciones y no las comunidades las que posicionan esta perspectiva, que en espacios populares aparece como impostada, no se entiende y no se comparte su punto de vista en la medida que no muestra alternativas reales ni objetos diferentes que la inclusión de mayores porciones de la población en los circuitos del mercado formal, digamos del sistema capitalista financiero. En este punto es necesario preguntar sobre la significación y alcance de lo social, puesto que es precisamente la figuración de lo social y su tratamiento dentro de los márgenes de comprensión del mercado, uno de los productos más logrados de la “inclusión”, y al mismo tiempo demuestra la totalidad del sistema hegemónico del capital. La economía solidaria no transforma el mundo porque no es contrahegemónica en el sentido clásico del término, sino que es plenamente funcional al pensamiento único. La solidaridad, también enmarcada en esos vectores oficiales, tiene sentido únicamente en razón de ese “objetivo mayor” que articula la razón de ser del sistema capitalista, estructurado sobre la base del interés propio. La súper-ampliación del interés propio reduce el interés en lo común, que, no obstante, es la única garantía del autodesarrollo, me explico; el individuo libre, solo lo es en cuanto existe un marco general que le protege y que garantiza su libre ejercicio. Sin un proyecto político diferente, expresado en otras formas económicas, levantado sobre otros sustentos éticos y valóricos, y una expresa fundamentación en la relevancia de lo común, la economía solidaria es un excelente medio de colonización del capital. ¿Cuál es la salida? Para empezar, reconocer el fracaso de la economía solidaria, y quizá, pensar precisamente en el fracaso como alternativa.

¿Qué es la organización social?

En un contexto glocal donde se globalizan las condiciones de funcionamiento del sistema mundo mientras se localizan los impactos reales de la cultura y la economía; en una época de profundo descrédito del aparato estatal frente a su incapacidad de resolver los problemas de fondo que aquejan a la sociedad (y con ello no me refiero a la violencia, que más bien habría que mirarla como un síntoma de la pobreza, la inequidad, la falta de oportunidades, la corrupción estructural de la política partidista, y en suma, la ausencia de un proyecto social, incluyente y de largo aliento); en una época de marcado centralismo estatista mal desarrollador; una época sumida en la lógica depredadora e insostenible del neoliberalismo; en una época de ausencia de participación activa de la ciudadanía en los asuntos que son de interés público; surge una propuesta que invita a reconfigurar lo político en los espacios cotidianos, y a generar una nueva forma de política en el ejercicio cercano de los gobiernos locales. En suma, se trata de optar por una forma de gestión de la vida colectiva con democracia participativa, economías ecológicas y de apoyo mutuo, y una cultura de respeto absoluto por el otro. La propuesta es relativamente nueva, surge a fines del siglo XX de la mano del activista ácrata Murray Bookchin³⁹, con la tesis del municipalismo libertario. Evidentemente hay que tener cuidado de las fórmulas reduccionistas que en el ámbito de las ciencias humanas siempre son fallidas, pero no obstante, se debe considerar los principios de acción sobre los cuales puede generarse un gobierno común-unitario cuya prioridad esté enmarcada en el sostenimiento de la vida, operado a tra-

39 Bookchin, M. (2020). *Seis tesis sobre municipalismo libertario* (ePub). Titi-villus.

vés de asambleas confederadas y extralegales que produzcan recomendaciones directas a la gestión política institucional, y que delinee estrategias de desarrollo local a largo plazo que sean adoptadas por los gobiernos de turno, mientras el sistema común-unitario se ve fortalecido y perfeccionado.

¿Qué es lo rural?

¿Cómo definir a lo rural desde una mirada contemporánea, crítica y alternativa a los discursos tradicionales? Hurgando en las definiciones, encontramos a lo rural definido como lo opuesto a la ciudad o a los núcleos poblacionales. Más específicamente, lo rural hace referencia a las actividades, los territorios y la vida en el campo. Un campo, y de manera particularmente interesante, puede ser entendido como un espacio a ser labrado, cultivado o sembrado; pero también como un campo de lucha, un campo de batalla y de resistencia. Eso es lo rural, un territorio en resistencia que provee de vida. Y está en resistencia porque el proyecto nacional estatal, de manera contradictoria e incoherente, a pesar de que sus recursos y riqueza provienen primariamente del campo, nunca ha realizado aportes significativos, ni a pensar seriamente las implicaciones del campo para la vida nacional, ni con políticas serias de beneficio comprometido a los territorios y la población rural. El campo ha quedado rezagado de los imaginarios del desarrollo, es más, el desarrollo es pensado como lo naturalmente opuesto al campo y eso expresa la exclusión real e imaginaria de los territorios campesinos del proyecto nacional estatal que incluso, en los mejores momentos desarrollistas, no pudo construir una visión de futuro sostenible de lo rural, y ello porque lo rural ha sido y es el territorio clave de la colonización y explotación del capitalismo naciente

y contemporáneo. Pero, así mismo, este territorio y su población campesina es la clave para los procesos decoloniales, así nos lo está mostrando la historia más reciente. Lo rural merece ser repensado, lo rural debe ser articulado a un nuevo proyecto consistente de renovación territorial de un pueblo que todavía vive en la exclusión y la pobreza.

¿Qué es el desarrollo tecnológico?

El desarrollo tecnológico se caracteriza por un conjunto de relaciones de producción que encuentran en la creación y construcción del conocimiento un espacio de extracción de plusvalía. Quizás no sea un fenómeno nuevo, el hecho de que en la sociedad capitalista el valor se valore asentado en el trabajo. Lo nuevo sería decir que el trabajo ha mutado, se ha sofisticado gracias al propio desarrollo de las fuerzas. Ciertamente no desaparece el uso del cuerpo o la actividad física del trabajo, aunque su relevancia no esté pensada ya, sobre el cuerpo, sino sobre el tiempo. En cualquier caso, tenemos un capitalismo cognitivo al que están ligados esquemas y formatos únicos y sellados para la generación del conocimiento, es decir la investigación y su divulgación. Frente a este esquema autoras como Vasilachis de Gialdino⁴⁰ proponen la idea de la “construcción colectiva de conocimiento”. La construcción colectiva de conocimiento implica nuevas formas de pensamiento y de institucionalidad (no solamente académica). Esto plantea una oportunidad para reiterar que la divergencia y la amplitud de miradas son necesarias en la construcción del anhelado cambio social, donde el saber no

40 Vasilachis de Gialdino, I. (Ed.). (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.

pasa por la identificación de las leyes como lo sugiere el positivismo determinista, y el saber colectivo implica en primer lugar el reconocimiento de la libertad como superación de la necesidad y luego, condición del saber popular.

¿Qué son las ecotopías?

Sabemos que el mundo se destruye y no sabemos qué debemos hacer, es decir, teóricamente sabemos que debemos detener su destrucción, pero somos incapaces de hacerlo, pues eso significa, simplemente, cambiar todo el sistema de organización actual, y eso nos asusta incluso más que la eminente destrucción de la vida. El ser humano muestra su miopía y limitación, a pesar de sus capacidades racionales y metacognitivas. Lamentablemente no estamos hechos a imagen y semejanza de ningún Dios, ni somos la especie superior. Tampoco somos el pináculo de la naturaleza, ni la concreción del espíritu auto pensante. Parafraseando una de las fabulosas líneas de Matrix, somos como un virus, una enfermedad que depreda y no tiene futuro. Y por eso mismo, hoy, la utopía ha descendido desde el cielo de la ideología, a la tierra dura y se ha convertido en ecotopía. Ella nos muestra el fracaso de la política que no ha podido administrar la sustancia de la vida, mantener los equilibrios, cuidar su reproducción que es también, la condición necesaria de la reproducción de la especie. Paradójicamente, el horizonte está en volver al pasado, dar un salto hacia atrás, decrecer, comenzar de nuevo, en colectivo, y sin perder de vista lo sagrado de la Naturaleza.

¿Qué es la sostenibilidad?

La sostenibilidad es un concepto que rompe con la intemporalidad de las ideas de progreso y de desarrollo infinito. El desarrollo sin fin no existe, igual que el desarrollo sin futuro. Este futuro evidentemente está conectado con el territorio y con la población, así, la sostenibilidad es fundamentalmente un concepto ético en la medida que piensa y se preocupa por las condiciones de un futuro en ciernes, que está determinado por las acciones del presente. Se dice que la humanidad avanza, pero la sostenibilidad nos invita a preguntarnos ¿hacia dónde? La posibilidad de hacer coincidir el progreso, el desarrollo social y la protección de la Naturaleza está contenida en el concepto de la sostenibilidad del cual emanan tanto perspectivas de responsabilidad socio ambiental como de innovación tecno ambiental, que alimentan a su vez procesos que van desde la economía circular, pasando por la prosperidad justa hasta teorías como las del decrecimiento, la transformación socio ecológica y el Buen Vivir.

¿Qué es la colonialidad?

Lo primero que se debe decir es que el concepto de colonialidad fue acuñado en, y forma parte de la terminología crítica de América Latina. Es, en efecto uno de los pilares de un proceso reflexivo sobre los fundamentos de la organización socio-cultural de estos territorios, pero desde una perspectiva que reniega de la centralidad de la razón eurocéntrica, desplazándose hacia el margen, y erigiéndolo como centro de pensamiento. Desde allí, la colonialidad aparece como una denuncia, porque define una relación de dominación subsistente, un proceso de subordinación activo ejercido sobre los pueblos latinoamericanos y expresado en los ámbitos ontológicos, políticos, y epistemológicos. La colonialidad permite ver un poder sofisticado que opera no solo a pesar sino a partir de los proyectos independentistas y las rebeliones contra el sistema opresor, incluyendo a los proyectos progresistas de última data, porque, en resumen, dejan intacta y hasta fortalecen la matriz de pensamiento colonial, es decir, la matriz eurocéntrica-occidental, la misma que inferioriza de manera estructural a todo lo que no sea, parezca, o aparezca, como eurocéntrico u occidental.

¿Qué es el posthumanismo?

Rosi Braidotti en su libro *Lo Posthumano*⁴¹ levanta una crítica profunda al humanismo, esa corriente que estableció las capacidades racionales universales, y los ideales éticos basados en la autonomía humana, que, no obstante, conservaron un núcleo excluyente, y a la luz de los problemas ecológicos, insostenible. Gabriela Balcarce muestra que “el resultado humanista de la operación cartesiana es el posicionamiento jerárquico de un tipo de viviente, a saber, el viviente humano entendido como varón cis, blanco, heterosexual, europeo, propietario, entre otras características no muy universales, por cierto”. El humanismo, que para Braidotti está sobrevalorado, parte de su propia superioridad ética, política y racional, pero deja fuera todo lo que se constituye como distinto particularmente respecto de no tener esas cualidades del “hombre”. De ahí que el posthumanismo plantee la superación del humanismo, así como de todo lo que este defiende, empezando por la particular idea de ser humano universal que construyó como norma. Es ciertamente una necesidad seguir intentando reconocerse bajo el espíritu humanista, cuando en el fondo tiene una matriz minúscula, colonial y excluyente. Por lo tanto se requiere una nueva teoría del sujeto, quizá desde una visión posthumanista, que plantea cambios, donde el sujeto deja de ser entendido como racional para pasar a ser relacional, deja la preeminencia de la conciencia para pasar a valorar el cuerpo en una determinada realidad, situado y expuesto, deja de priorizar una noción de vida humana para valorar la vida de manera transversal en la que participan todos los seres que conforman la realidad, deja de comprender

41 Braidotti, R. (2015). *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa.

al sujeto como destinado a dominar. Esto quiere decir que el posthumanismo reconoce la existencia de aquello que escapa al discurso racional, y da paso a lo sensible y a lo inexplicable. El sujeto relacional del posthumanismo plantea construir una ética de la interdependencia y la potenciación de la vitalidad ampliada, de la vida en todas sus manifestaciones, y donde es plausible ver que las ideas de colaboración, reciprocidad y apoyo mutuo devienen claves en una nueva organización de una política posthumana (ideas que, por cierto, la cosmovisión andina, aquella de los indios “salvajes y sin alma”, ya manejaba).



V.

**Vida, fiesta
y sentido**

¿Qué es estar?

Hay muchas formas de ser y de estar en el mundo. Las dos están inextricablemente unidas, al punto de que, en idiomas como el inglés, la misma palabra designa ambos estados. En sociedades erigidas sobre contradicciones irresueltas, el estar se ve afectado a menudo negativamente. La recurrencia produce una situación estructural de mal-estar, o lo que es lo mismo, de mal-ser. El malestar repercute en los fundamentos ontológicos de las personas, transformándonos en zombis, ogros, aliens y toda una nutrida variedad de seres atrapados en una realidad producida por nosotros mismos, pero que en realidad no controlamos. Esta situación tragicómica devela no solo nuestras serias limitaciones racionales, sino quizá, otro rasgo de nuestra naturaleza, a saber: nuestra predisposición a la oscuridad de la masa, al mimetismo igualitario, a la costumbre y al conformismo, todos estos aspectos explotados por el neoliberalismo financiero y simbólico que usa el individualismo figurativo, es decir, la imagen como proyecto de vida, mientras se oculta la realidad adversa, como móviles de la normalidad y de la sumisión.

¿Qué es la necesidad?

Lo opuesto a la libertad es la necesidad. Aquello que impone y determina, incluso, en nuestras más íntimas posibilidades de elección. La necesidad a pesar de tener una raíz inexpugnable (la naturaleza), es históricamente modificable. En la liberación de la necesidad se enmarcó la idea de progreso, cuando alguna vez tuvo un sentido emancipador. En la actualidad el progreso solo supone la sumisión a las necesidades del capital. De hecho, parece que en la sociedad neoliberal se reemplazó la idea de libertad por la idea de progreso (económico). Cuando se suponía que la libertad, ese anhelo humano hacia la perfección de la convivencia, esa capacidad laica de poder dictarse las propias normas morales, ese ejercicio más claro de identidad, debía estar plenamente incorporado en la estructura del ser en el mundo; se ha instrumentalizado al punto de convertirse en la razón de una nueva necesidad, la necesidad del capital. Estamos condenados a ser libres, pero no como habría querido Sartre, sino por la indolencia del “sálvese el que pueda y como pueda” de la estructura económica y política actual. Estamos dominados por la cultura de la competencia, por la estética narcisista, por ese mito que nos mantiene creyendo que somos libres cuando en realidad somos, como mucho, una constante manipulación algorítmica sin sentido fuera de los intereses del mercado.

¿Qué es el propósito?

Me refiero al propósito como intención y objetivo para hacer algo, y más precisamente para vivir. Y claro que el solo hecho de intentar trazar el propósito de la vida, la convierte, automáticamente, en una vida distinta, una vida que se plantea su propio sentido, y que además escapa a las condiciones de la normalidad. Una vida con propósito sin duda es una buena vida, o digamos, una vida especial. Y ¿qué hace que sea especial vivir la vida? Varias pensadoras y pensadores se han detenido en esta pregunta. Veamos dos: Para Kant una vida con propósito sería una vida enmarcada en la verdad de la ética racional. La posibilidad de establecer principios de acción incondicionales, que puedan ser aplicados universalmente y sean válidos para cualquier persona. A esto se denomina como imperativo categórico. Para Nietzsche, por otro lado, la vida tiene sentido en sí misma, y el ser humano no debería hacer otra cosa que profundizar su experiencia de manera radical. Poder vivir como si se quisiera que cualquier instante de nuestra vida se repitiera una y otra vez para siempre, sin querer cambiar en lo absoluto ningún detalle, por más malo o desagradable que sea. Amar la vida con sus sombras y dolores, y también con sus alegrías, pues no existiría alegría sin un dolor, una falla, una pérdida, o un error, y ya no se sería una misma, o uno mismo, si se cambiara el más mínimo detalle. No obstante, amar la vida tal y como es para siempre, no nos puede llevar al inmovilismo, al contrario, debe impulsarnos a la acción heroica de la afirmación de la propia vida, a pesar de que no controlemos los resultados, a pesar de que podamos sufrir o fracasar. A esto se denomina el eterno retorno de lo mismo. Y una pregunta: ¿Estás viviendo esa vida que quisieras que se repita una y otra vez para siempre?

¿Qué es el cambio?

Creo que todos conocemos ese infeliz dilema, entre atender o priorizar lo urgente y dejar a un lado lo importante. Estar en este dilema devela ciertamente una falta de planificación, pero más que eso, la pérdida del horizonte de las prioridades. Lo importante es aquello que determina el sentido de la acción, mientras que lo urgente normalmente es impuesto por la forma en la que esa acción es viable. El caso más patético lo encontramos en la lógica burocrática de la administración pública donde es muy común perder la noción de lo importante para usar todo el tiempo y los recursos atendiendo las lógicas burocráticas que por cierto siempre son urgentes. La norma permite la acción racional, desde luego, pero la norma no es el fin, la norma es el instrumento de algo más importante que, en caso de que la norma no lo facilite, se debe derogar. Entramparse en el cumplimiento de la norma afectando el fin mayor, es absurdo, sin embargo, la lógica burocrática es incapaz de generar un cambio tanto por su miopía como por su estructura dependiente de la norma. Por eso el cambio siempre es político, es un cambio externo, es un cambio de enfoque con capacidad y poder. Pero que no se confunda, no estamos diciendo que las respuestas para el cambio solo estén en manos de los políticos. El cambio verdadero es un cambio cultural, un cambio de hegemonía ideológica que se expresa en los discursos que les proveen de la posibilidad de llegar al poder y ejecutar los cambios que desea la ciudadanía. Y se supone que es la educación la que debe proveer los elementos para que emerjan estos cambios culturales y discursivos, por eso una condición de la educación es que siempre sea emancipadora, si no lo es, se convierte en mera instrucción al servicio de la norma. Si el fin del Estado es acrecentar permanentemente el grado de bienestar colectivo, es importante que invierta en educación. Si no se alcanza a ver la importancia de la educación en el destino

de la transformación de la sociedad, es probable que siempre se opte por atender la urgencia recurrente del aparato burocrático y sus normativas, frenando los cambios sociales y fortaleciendo una estructura -ya en este punto-, hostil al bienestar colectivo.

¿Qué es el dolor?

Byung-Chul Han⁴² en su libro *La sociedad paliativa*, indica que el dolor es una negatividad necesaria que nos conecta con el sentido de la vida. El dolor sería una puerta de entrada a la experimentación de ese estar-vivo, una verdad plenamente subjetiva que, sin embargo, es universal, y aunque es intrasmisible nos conecta con los otros. La negatividad del dolor es la posibilidad del pensamiento, y también de lo distinto. Solo desde el dolor se puede leer el mundo con los ojos de la emancipación, el cambio y el amor a la vida, solo desde el dolor surge esta dialéctica de la liberación. Por supuesto que no se trata de hacer un elogio del dolor, sino mostrar que, en la sociedad neoliberal, que es una sociedad algofóbica (que teme el dolor), se generan mecanismos para cubrir el dolor por ser inconveniente. Pero el dolor no ha desaparecido, al contrario, se ha incrementado hasta el horror cotidiano. Pero los seres humanos nos hemos insensibilizado. El régimen algofóbico genera una pedagogía de la frialdad que al mismo tiempo es práctica de la insolidaridad. El solipsismo y el alejamiento de los otros, que causa un quebranto profundo, se corrige con todo tipo de analgésicos, incluidas las redes sociales. El dolor transforma la inteligencia y la convierte en espíritu, estimula la imaginación y abre el mundo de las alternativas para salir del infierno algorítmico de lo igual.

42 Han. B. (2022). *La sociedad paliativa*. Herder.

¿Qué es la fragilidad?

La vida es frágil. No obstante, en esa fragilidad hemos construido el sueño de lo persistente y de lo infinito. No se trata solo de aquellas categorías que no cambian y que contienen la verdad. El mundo se sostiene en la ficción de la eternidad. Bastaría que reconociéramos nuestra fragilidad y finitud como lo dijo Bukowski, para que todos nos abrazáramos solidariamente. Quizá ese sutil cambio de mirada, de lo eterno a lo efímero, nos permitiría apreciar y disfrutar mejor la vida. Pero no solo en términos individuales y subjetivos, sabiendo que vamos a morir, sino en términos colectivos, sabiendo que todos los vamos a hacer, y que además somos ontológicamente frágiles. También el apareamiento del cuidado. Si cuidamos lo que puede romperse de manera irreparable, cómo no íbamos a cuidarnos a nosotros mismos, y más aún, lo que hace que seamos nosotros mismos, es decir nuestro mundo. Nadie existe en soledad. La existencia inaugura un colectivo. La fórmula no es pienso, luego existo. Porque de hecho existen otros que me cuidan para que exista y luego piense. Al parecer perdimos humanidad en la civilización. La razón solipsista generó monstruos metafísicos. Mentiras que distorsionan la realidad para salvarnos del profundo temor que causa la inmodificable naturaleza de nuestra fragilidad.

¿Qué es la desazón?

No solo me refiero al disgusto y a la pesadumbre al momento de pensar el mundo, sino fundamentalmente a la tristeza. Una tristeza que de manera implícita se expresa en la incapacidad que tenemos de imaginar un mundo mejor desde una perspectiva alternativa. Es triste pues que intentemos imaginar un mundo mejor usando para ello los medios que han servido para destruirlo, y es triste que no podamos ver eso. Y es triste que existan procesos de apropiación política, de las pocas esperanzas de cambio que aún perviven, para lograr exactamente lo opuesto. De manera explícita, a veces la tristeza se expresa en la aflicción personal. Lo normal de la tristeza, por paradójico que parezca, es expresarse en el placer consumista. Consumo de imágenes y artefactos simbólicos vaciados de sentido, así como de experiencias prefabricadas, estandarizadas, y controladas, que nunca saldrán de lo mismo. Se trata de producir un yo feliz, para poder consumirlo. Las horas que pasamos viéndonos el ombligo en nuestros dispositivos, pueden comprobarlo. Una autofagia que nos permite soportar el tiempo de espaldas al aburrimiento o en el más cercano límite de la angustia. Y de la autofagia pasamos a los fanatismos redentores, ahora articulados a la razón del valor de cambio. La locura es hacer solo lo que se espera que hagamos. La tristeza es también sobria conciencia de la cobardía, y ausencia de una libertad que requiere del valor, no solo como valía sino como valerosidad para cambiar. Pero el ser valiente requiere de nuevos sueños y nuevas utopías.

¿Qué es la salud mental?

El hecho de que la preocupación por la “salud mental” se haya generalizado, y haya llegado incluso, a ser considerada como política de Estado, indica que se trata de un síntoma de una cuestión más profunda. En primer lugar, porque la disfuncionalidad de las personas que soportan un sistema disfuncional no debería ser considerada como un problema subjetivo, sino como uno colectivo. Hacerlo, siguiendo a Mark Fisher, significa confirmar que la “patologización en sí misma ocluye toda posibilidad de politización”. En segundo lugar, en un tipo de sociedad donde el control ya no se ejerce a través de la disciplina violenta sino mediante dispositivos de control instalados en la propia conciencia del sujeto, el inadaptado básicamente lo sería en la medida de una disfuncionalidad con respecto a ese esquema de poder que organiza y gobierna la vida. Y a pesar de que intuimos que el sistema es pernicioso, no se puede cuestionar su esquema de poder (porque no tenemos ni el saber ni las capacidades políticas para eso), y, por tanto, la salud estaría siempre en el sometimiento del individuo. No hay alternativa (a menos que construyamos otro saber).

¿Qué es la muerte?

Siguiendo en líneas gruesas el planteamiento heideggeriano, una manera de rehuir la posibilidad de vivir la propia experiencia es olvidar que vamos a morir. Si bien nuestra existencia está guiada por las expectativas de futuro, estas pueden ser condicionadas por mandatos sociales que tergiversan la comprensión de nuestro hacer en el mundo, con lo cual se hace necesario asumir la responsabilidad de la construcción de la propia existencia, que es temporal, es decir, que ocurre necesariamente dentro del tiempo, el cual marca, inexpugnablemente, su fin. La muerte solo puede comprenderse anticipando el propio final, y esta comprensión profunda hace que no solo el vivir presente adquiera una nueva aura, sino que incluso se desafíen los condicionamientos que proscriben la acción del yo. Pero lo más importante, es que se abre el entendimiento de las propias posibilidades y limitaciones del individuo (mortal), único, auténtico e irreplicable. Esta responsabilidad puede resultar ciertamente apabullante, pero constituye un elemento fundamental para la estructuración del sentido de la propia vida y la identidad. Este sentido debe ser creado, como se ha dicho, sin embargo, nada garantiza que se esté exento del error, del equívoco o del fracaso pues no tenemos control sobre la complejidad del mundo y tampoco podemos retroceder en el tiempo, por lo que el querer de la acción, mientras se está vivo, debería ser suficiente.

¿Qué es el suicidio?

Se cuenta que, en la antigüedad griega, existió un filósofo, Hegesias⁴³ quien pregonaba el suicidio y recomendaba la muerte. Debió haber tenido muy buenos argumentos ya que se cuenta que sus enseñanzas acarrearón una importante ola de suicidios, al punto que sus libros fueron prohibidos, su escuela fue cerrada y él mismo fue desterrado. Si no es posible conseguir la felicidad, si la felicidad en efecto es una quimera, y si lo que en realidad tenemos es el dolor ¿qué sentido tiene la vida? Y ¿cuál sería la solución? Hegesias dirá sin titubeos, la muerte. Hegesias escribió un libro que ha ¿sobrevivido? hasta nuestra época, justamente, un libro que realiza una apología de la muerte, el APOKARTERÓN “el que se mata de hambre”, “el que se sacrificaba por la nada”, cuyo argumento está centrado en un filósofo que decide morir de inanición y mantiene un diálogo con sus colegas defendiendo esta decisión. Me llama la atención esta historia pues antes de ver la apología al suicidio (que también lo es), yo veo la posibilidad pesimista ciertamente, de que alguien asuma de manera íntegra el destino de su vida. Es una paradoja que podría aplicarse de varias maneras para explicar el estado de nuestro tiempo, porque la sociedad y su idea de progreso, no ha logrado avanzar en que las personas puedan asumir de manera íntegra el destino de su vida, al contrario, a pesar de la democracia y sus supuestos avances, no hemos avanzado en la libertad como “la posibilidad de asumir y realizar el sentido de nuestra vida”, si consideramos las limitaciones, faltas de oportunidad y hasta penurias a las que día a día nos vemos expuestos por las condiciones, cada vez más paupérrimas y difíciles,

43 Hegesias (s/a) APOKARTERÓN. Tra. Manuel Pérez Cornejo. En página de la sección española de la Sociedad Internacional Philipp Mainländer (2017).

de nuestra sociedad. Por otro lado, el deseo de la muerte propia, revela la profunda significación que el acto de acabar con el dolor propio tiene, frente a la irrelevancia del deseo de acabar, o de al menos limitar, el dolor de todos. En este caso, el sacrificarse por la nada, no sería pues, el sacrificio de la vida propia en el acto del suicidio, sino el sacrificio de la vida que no es propia en un contexto que ni siquiera controlamos a pesar de nuestra razón, nuestras leyes y nuestro supuesto sistema democrático.

¿Qué es la vejez?

La tradición nos obliga a ver a la vejez como un período de calma, de prudencia y de sabiduría. Pero la ancianidad al igual que la juventud no debería necesariamente encarnar valores en sí misma. Asociar la ancianidad como sinónimo de sabiduría es falso, así como asociar la juventud a la temeridad o audacia. No obstante, la edad propecta debe ser considerada como uno de los aspectos en el desarrollo natural del ser humano, donde está claro que la experiencia de una vida virtuosa y saludable concluye en una ancianidad virtuosa y saludable. Es necesario auspiciar una comprensión del proceso de vida íntegro, contemplando el escenario de la edad adulta como el feliz corolario de la existencia. Lamentablemente, una de las paradojas de la actualidad es que la sociedad, en la medida que gana en esperanza de vida, pierde en deseo de ancianidad y deja de honrarla. Así llegamos a una situación que nos señala la filósofa María Fernanda Serna⁴⁴, la paradoja del gerontocidio, como una ex-

44 Serna Noreña, M. F. (2020). Una perspectiva filosófica-literaria de la vejez (Trabajo de grado, Universidad de Antioquia). Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia.

presión de la enajenación del ser humano sobre su propio proceso de envejecimiento. Se trata del rechazo de la senectud, quizá como síntoma de una sociedad de consumo que venera la hiperproductividad y rechaza las disfuncionalidades en el mercado de trabajo. Este repudio a la vejez está tan profundamente instalado en los procesos irreflexivos contemporáneos, que se encuentran como deformadas soluciones el auto aniquilamiento del ser, la autoeliminación y desaparecimiento silencioso del viejo asociado a la idea de dignidad. Y todo esto a pesar de que los datos muestran que la sociedad global está envejeciendo.

¿Qué es el cuidado?

El discurso del cuidado se ha tornado hegemónico en sus dos variantes, tanto en una variante de mercado que apunta sobre todo al cuidado del cuerpo con todas sus tecnologías y productos, como en una variante más alternativa que se fundamenta en las relaciones, y sus implicaciones culturales y políticas. Desde una perspectiva crítica, ambas nociones se explicarían a partir del entendimiento de la salud como una nueva órbita de control, como el nuevo imperativo. Nietzsche lo vaticinó: a la muerte de dios, le sucedió la salud como nueva deidad. Lo que antes era el cuidado del alma, hoy se convierte en gestión del cuerpo. La promesa de la vida eterna, ahora es la expectativa de una vida larga, funcional y sin dolor. No hay intermediarios en esta relación, pero se instauran nuevos moralismos que persiguen la normalidad y la eficiencia. A esto es justo lo que podría denominarse como biopolítica, porque lejos de liberar al ser humano, el culto a la salud somete al ser humano a una lógica de auto-control y optimización. La hegemonía del discurso de la salud lo positiviza todo y hace que se extinga la negatividad, la oposición

y la crítica. Queremos cuerpos sanos y hermosos, pero hemos olvidado para qué. Perfeccionamos el medio, y extraviamos el fin. Sin propósito, la vida se prolonga en el vacío y la dominación se hace súper efectiva. En esta medida un cuidado “crítico” y consciente probablemente se oponga a la salud como mandato, no tanto para promover la enfermedad, sino para denunciar las estrategias de un control disfrazado de bienestar.

¿Qué es el amor?

Humberto Eco⁴⁵ dijo que el amor es más sabio que la sabiduría, por lo tanto, solo hay una forma de definir el amor; “con generosidad”, me explico. Definir algo es ser exacto, claro, y preciso en la expresión del significado de una cosa. Definir también es determinar y resolver lo que está en duda. Por lo tanto, el amor siendo amplio, borroso, aproximado es indefinible. No obstante, el amor en su confusión, es lo más seguro. Una paradoja pues la certeza del amor no viene de la evidencia del conocimiento. El adagio nos dice que “el amor es ciego” como si se tratase de un reclamo. La justicia también es ciega y no se le acusa por ello. En la balanza del amor no interviene una razón externa, una razón política, como sucede en la justicia. El amor es el origen de su propia razón, pero este origen no depende de un voluntarismo solitario. El amor es una coincidencia afortunada en la medida que quien ama comparte la sustancia de la vida con lo amado, luego, el amor es generoso, desinteresado, espléndido y vital.

45 El País. (2016, 20 de febrero). Muere Umberto Eco: estas son sus mejores frases.

¿Qué es la promesa?

En la promesa, lo que está en juego es la realización de la verdad. La verdad, a su vez es una construcción fantástica que aspira eternidad en el mundo de las contingencias. Se trata de la ficción de la organización del devenir. El mito esperanza, igual que la ciencia, predice. Todo, alrededor de una promesa. Más allá de lo ontológico, la cultura promete construir un ser humano que pueda hacer promesas. Una construcción dolorosa levantada sobre el “aprendizaje” de la memoria. Recordar no solo es mirar el pasado, sino garantizar cómo debe ser el futuro. El ser, solo es una transición infinita enmarcada en estos vectores. Pero la capacidad de prometer, llevó al ser humano al reconocimiento de la libertad y del poder. Solo el que es libre puede prometer. Solo el que tiene poder, tiene libertad. De tal manera que el dominio político se establece en el control de la capacidad de hacer promesas. Esto se traduce en la disminución de la fuerza individual, la voluntad, y el amor por la vida. La capacidad de hacer una promesa es también la capacidad de inventar. La promesa suprime el deseo inmediato y transforma el orden mientras afianza la identidad. Sin promesa tampoco hay confianza, y esta es la matriz de la voluntad colectiva. Disminuidos, temerosos desconfiados e incapaces de hacer promesas, somos fácilmente manipulables

¿Qué es la prudencia?

Cualidad de singular valor es la prudencia. Para los griegos, la prudencia o *phronesis* era un aspecto relevante de la sabiduría práctica que permitía la comprensión y la resolución adecuadas de circunstancias y compromisos, de acuerdo a objetivos ligados a la ética, es decir, que se tomaban decisiones dirigidas a precautelar lo que era considerado valioso. Cuánta falta nos hace la prudencia y su estudio, que debería ser adquirido en la escuela. De hecho, en su calidad de virtud para el actuar justo, se convierte en uno de los elementos estructurantes de la formación ciudadana, pero es posible que en la escuela no se logre vislumbrar adecuadamente las conexiones entre la formación de valores y la formación política, cuando la formación en valores normalmente es endilgada a la familia o a los espacios privados. Y hablando de política, que no es solo la actividad que realizan los políticos, sino la actividad que realizamos todos por el hecho de pertenecer y aportar directa o indirectamente en una comunidad de personas, qué falta que nos hace a todos la prudencia. Lo hemos visto en esta crisis, las autoridades carecen de prudencia, y los y las ciudadanas lo mismo. El manejo de la información en una comunidad hipercomunicada requiere de prudencia. Las *fakenews* son una expresión de la falta de prudencia. La información oficial emitida como una superflua propaganda es una falta de prudencia. Y frente a ello sostenemos que una explicación de estas carencias que como sociedad sobrellevamos puede estar en una discutible comprensión de la política como una técnica disponible para la consolidación del poder de la administración pública, y no como una pedagogía dispuesta para la interacción racional de los miembros de una comunidad. Es momento de repensar qué significa la formación ciudadana, como reorientarla desde lo puramente cívico a la civilidad, y potenciar su relevancia en contextos de democracia complejizada.

¿Qué es la paciencia?

Recuerdo un cuento escabroso que decía que, si echas a una rana en una olla de agua hirviendo, la rana saltará tratando de salir del insoportable infierno. Pero si la lanzas a la olla con agua fría, y la vas calentando gradualmente, la rana nunca saltará y morirá acostumbrada al calor. Más allá de su comprobación fáctica, que nunca lo haría, la metáfora es clara. Somos la rana muriendo en una sociedad violenta, inequitativa y excluyente, que fomenta y persigue aquello que la sigue degradando. Es difícil seguir con la vida normal, porque la vida que tenemos está lejos de la normalidad. La violencia irrumpe en la cotidianidad de manera permanente y la seguridad y la libertad se esfuman. La violencia anula no solo la democracia sino la condición de toda política que es la civilidad. Un mundo incivilizado, no respeta los acuerdos elementales de convivencia, no respeta el bien máspreciado que es la vida. Y con la violencia no mueren solo los que son asesinados, sino los que matan, los que miran la muerte y los que la recuerdan. También mueren los indolentes y los impávidos, con la violencia morimos todos, muere la sociedad. Sin sociedad la razón se torna irracional, la ética corrupta, los valores antivalores. Con la violencia, la dignidad se transforma en miedo, y la esperanza se convierte en terror. El ser humano se transforma en un monstruo que goza la violencia en su demencia solipsista. La verdad es la mentira, tal como lo expresó esa sentencia orwelliana, pero esta vez, sin un responsable supremo. Todos somos responsables de permitir y auspiciar un mundo violento, insolidario y sin futuro. Todos. Todos somos cómplices de un sistema de valores cuyo motor es la satisfacción inmediata del deseo ilimitado. Todos somos responsables de avalar y hegemonizar un sistema cuantitativo para representarnos el mundo, un sistema donde la única confianza y la última fe están sentadas y orientadas a la acumulación de poder.

¿Qué es estoicismo?

El filósofo estoico Epicteto⁴⁶ dijo que, en el mundo, hay dos tipos de cosas: las que dependen de nosotros y las que no dependen de nosotros. Las cosas que no dependen de nosotros, que no están en nuestro control y cuyo resultado no nos pertenece, pueden concluir en éxito o en fracaso. Así, ya que no somos responsables de ellas, su éxito o fracaso debería sernos indiferente. No podemos atribuirnos ningún valor debido ellas, pero tampoco desacreditarnos si no se dan: Comprender y aceptar esto es el inicio de la libertad. Por otro lado, hay cosas que sí dependen de nosotros y están bajo nuestro control y cuidado, y pueden alcanzarse en base a esfuerzo, disciplina, dedicación, reflexión, y el deseo de ser mejor. Y a pesar de la dureza de esta vía no hay fracasos, o al menos fracasos definitivos, pues cada error es una lección que nos da conocimiento, y cada falla es una experiencia de vida. De tal manera que no hay en realidad por qué sentirse frustrado. Distinto en todo caso es, por temor al fracaso, contenerse de vivir y dejar de experimentar. La vida a veces tiene sabor a alegría y otras veces sabor a dolor, pero hay que saber asumirla con dignidad, y ojalá con empatía y solidaridad si somos lo suficientemente inteligentes. Creer que solo el éxito hace vivible la vida, que el éxito determina la calidad de la vida, es un tremendo absurdo que en el fondo expresa un tipo de sumisión irreflexiva e inacción. En este caso, por paradójico que suene, la obsesión por el éxito sería el verdadero fracaso.

46 Epicteto. (2010). *Equiridion*. Editorial Jg.

¿Qué es la fiesta?

Desde la perspectiva del principio de placer no enajenado, la fiesta es el último reducto de la colectividad. En una sociedad hiper individualizada, solo la fiesta constituye un espacio de encuentro desinhibido con los demás. Se trata de una liberación y ruptura, no tanto de las trabas y límites sociales, como de los que nos imponemos a nosotros mismos en función de las lógicas de organización de la vida cotidiana, que nos mantienen productivos, sumisos y lejanos. Pero la fiesta, ese gesto de generosidad compartido para celebrar la vida y conjurar el dolor y la muerte, establecer otras actitudes y formas de entender el tiempo, de ensayar nuevos roles, de borrar las arbitrarias jerarquías, de exponer distintos anhelos, gozar la diferencia y establecer conexiones humanas desconocidas, en un ambiente de plena autonomía. La fiesta es un exceso que nos permite retornar a la armonía, recordando dónde debe estar centrada la atención y las prioridades.

¿Qué es la intensidad?

A pesar de que buscamos con ansiedad aquellos elementos que potencian la vida, dándole singularidad y sentido, al punto de producirlos en las cosas que usamos, de exaltar sus cualidades sensitivas, la intensidad no es finalmente un atributo del mundo exterior sino una disposición del ánimo, una composición que modela una actitud y realiza una propuesta a los otros. Vivir intensamente podría ser un gesto de atención con el mundo, pero

también una apertura y una entrega. Ese dejarse tocar por la experiencia, una conciencia que surge en las condiciones de solidaridad existencial con los demás, más allá de los roles que la organización política y económica nos ha ido proponiendo la historia, como simples seres humanos. Probablemente podamos saborear la intensidad con mayor fuerza en aquello que parece un añadido del cual se puede prescindir, como, por ejemplo, en el arte. En mi opinión el arte siempre escapa a las formas convencionales y quizá por eso es difícil integrarlo en las regularidades, no obstante, si existe regularidad es justamente gracias a aquello que nos da acceso a la construcción de lo estético. Pero en el fondo, esa primera construcción es necesariamente plural, requiere la intersección de los pensamientos, y, por lo tanto, de la presencia de los demás. En un mundo ideal que va dejando de existir, cuidaríamos a los demás pues con ello también cuidamos de uno mismo. Ese mundo que desaparece se llamaba humanismo.

¿Qué es la imagen?

La sociedad actual tiene como epicentro la imagen de uno mismo. No es solo una sociedad digitalizada, sino que esa digitalización tiene como principal función la ratificación permanente de nuestra propia forma. Pero quizá sea un rasgo de decadencia y menosprecio, el constatar constante y obsesivamente que existimos en el mundo de la imagen. Convertirnos en imagen, festejar constantemente nuestro apareamiento, incluso en las acciones más superfluas, justificar el sentido de nuestra vida, solo mirándonos, suponiendo la mirada de otro que no existe. El selfie es el indicador por excelencia, y en el selfie no hay espacio para otros. Los otros son solo un medio, lo que nos interesa de

los otros es que nos vean, que nos den su like. Pero el hecho es que hemos perdido el deseo de ser deseados por el otro. Incluso la dialéctica del amo y del esclavo se ha roto. Ahora solo deseamos desearnos a nosotros mismos, y que ese deseo sea, en todo caso ratificado, por el like. Se crea una sociedad de amos en la imagen y esclavos de la imagen. En una sociedad donde solo importa el yo, en realidad no importa nadie. La frustración y la intolerancia, como afirman los expertos, son sus características estructurales. En un mundo de yoes hiper aislados no tiene sentido ni la ética ni la política, aunque las condiciones colectivas se vayan deteriorando, y acaso seamos capaces de verlo, no tendremos ninguna capacidad de acción al respecto.

¿Qué es el arte?

El arte, en todas sus posibilidades, nos permite descubrir. Naturalmente, la reflexión estética no está solo dirigida hacia los hallazgos en el afuera, sino particularmente al goce y enriquecimiento interno. Mediante el arte registramos la sensación y trascendemos el presente. A través de diversos símbolos algo en nosotros se conmueve y asombra, y el asombro es el origen de la filosofía. El arte no resuelve las tensiones, sino que las posibilita, las recoge y expresa de tal manera que en su contemplación se revela el sentido, que, por otro lado, no es unitario sino múltiple y diverso. El procesamiento del sentido requiere que el tiempo se detenga y que el deseo se reenfoque. Este reposo temporal permite una transformación de los principios y un cuestionamiento de las prioridades. El arte siendo máscara, nos despoja de las máscaras y nos vuelve originales, inéditos, únicos. Se entiende que en este proceso surge la verdad y la posibi-

lidad de reelaborar los conceptos. Por eso Deleuze y Guattari⁴⁷ dijeron que mientras la filosofía es el arte de formar conceptos, el arte piensa por afectos y perceptos. Pero ambos, filosofía y arte, son esencialmente necesarios en la vida de todo ser humano y de toda comunidad.

¿Qué es la expresión artística?

Es difícil hablar de la muerte, por eso el ser humano ha creado el arte, precisamente para poder expresar aquello que es inenarrable, pero que, sin embargo, es necesario decir. El arte no parte de la certeza. Como todo acto trascendente del ser humano, el arte inicia en la duda, en lo incierto; pero al mismo tiempo el arte parte de la certeza de que existe un otro con el que compartimos más similitudes que diferencias. La necesidad que tenemos de comunicarnos con los otros, en el acto artístico, inicia en una pregunta fundamental que indaga por la vida. Así, la expresión artística de la muerte es por paradójico que parezca, una forma simbólica de extender y profundizar la pregunta por la vida. El arte que indaga, que pregunta, talla en sus estructuras y dispositivos artísticos la fisonomía y la profundidad de la vida que se traduce en una promesa. Con el arte se clausura el vacío o la verdadera muerte que deviene de la nada, pues la huella de la vida se muestra más allá de la vida y es la que finalmente da sentido a la muerte. La verdadera muerte es la indolencia por el presente, la ausencia de esperanza en el futuro y el olvido del pasado. Y desde luego, el mejor homenaje a nuestros muertos es profundizar el sentido de la vida que no puede ser otro que

47 Deleuze, G. y Guattari, F. (1991) *Qu'est-ce que la philosophie?* Les Editions de Minuit.

buscar dignidad y respeto por la vida y la promesa de un mejor futuro. Ese sentido será el que moldee y transforme las estructuras de relación que nos han alejado de nuestra humanidad y de la solidaridad con todo lo humano.

¿Qué es dios?

¿Qué es Dios? hacer esta pregunta y ensayar sus múltiples respuestas debería ser una exigencia autónoma de cualquier persona dentro de su proceso de formación, más allá de la fe. Desde una perspectiva analítica y crítica, la idea de Dios encierra una ficción fundamental, presente en todas las culturas. Como un gran hoyo negro a partir del cual nace, gira, y muere el universo entero, el contenido de esta insondable idea determina el mundo simbólico con tal fuerza que imprime su carácter en la propia constitución de las subjetividades. Si bien pensar lo ilimitado desde la limitación es ciertamente un límite, al mismo tiempo es una oportunidad para afianzar la propia identidad y la mirada humana. Luego, es la humanidad la que requiere perfeccionarse cuando produce y revela su propia esencia en la producción de este signifiante significador que, si bien está atado a condicionamientos históricos y sociales específicos, así como a determinadas prácticas vitales, ambos son susceptibles de ser transformados. De hecho, la noción de perfección cuestiona lo imperfecto, lo injusto, lo inarmónico. Más allá de sus contenidos, la idea de Dios nos invita a pensar universalmente y a ser incluyentes.

¿Qué es la distopía?

¿Hemos logrado generar utopías contemporáneas? Los anhelos de una sociedad perfecta, la ciudad virtuosa, la comunidad justa, o el nuevo mundo, poco a poco se han convertido en imágenes obsoletas en la sociedad del realismo pragmático del capital. La hiper modernidad ha matado los sueños modernos, algo parecido pasó entre el neoliberalismo y el liberalismo. La imaginación de comunidades donde el ser humano viva su vida de manera libre e igualitaria han cedido al deseo de tener un pequeño espacio de privilegio en la sociedad de la carencia, la violencia y la desigualdad. La función orientadora de las utopías se ha roto, los futuros imposibles se tejen solo dentro de las coordenadas del mercado. Y ni hablar de la función crítica de la utopía, que fue desterrada al país de las maravillas, donde no llega la esperanza emprendedurista, que va por otro lado. La utopía anticapitalista está cada vez más cerca del despropósito. No obstante, el verdadero problema es que, en la sociedad de la novedad, ya no se imagina lo nuevo, incluso dentro de las propias posibilidades neocapitalistas. Es a todas luces una sociedad impotente en términos de su reformulación y una sociedad decadente en términos de su aceptación.

¿Qué es la autoayuda?

En el mundo egoísta surge la auto-ayuda. Un oxímoron, considerando que el concepto de ayuda implica la existencia de otro del cual se recibe o al cual se atiende. Ante la ruptura de los soportes que hacen legítimo el establecimiento de relaciones voluntarias fuera de los parámetros comerciales, la auto-ayuda surge para suplir la necesidad de apoyo sobre bases estrictamente solipsistas. Si bien la orientación del pensamiento y la reflexión sobre los resultados de la propia acción en el mundo siempre han estado presentes como rasgo elemental del ser humano, lo particular de esta época es que este proceso solo puede ser entendido sobre dos supuestos intocables: eres el único responsable de la vida que tienes y si no te sientes cómodo con la vida que llevas necesitas auto-ayuda. Las actuales corrientes críticas identifican estos supuestos con la expresión de un novedoso sistema de control que ya no requiere de instituciones disciplinarias que amaestren u obliguen. El control -que no ha desaparecido-, se resuelve en formas menos toscas, más llamativas y seductoras. El control ha sido entregado al propio sujeto que actúa, corrige y reprime sobre sí mismo, pero ya no con penitencias y mortificaciones, sino con la búsqueda irreflexiva e inmediata de la satisfacción. Se trata de un sujeto que ha desactivado la comprensión de las razones sociales de su sujeción. Un sujeto que se ve impelido a realizar el deseo, un “sujeto libre” que, idealizando la obtención de la felicidad, ratifica su funcionalidad y su superfluidad.

¿Qué es el sentido?

No es solo la disputa por el sentido, lo que un movimiento de emancipación debe esmerarse por ganar, es lograr concentrar la atención en la vigilia lo que está finalmente en juego. Es imposible construir sentido si no se entiende que la atención pasó de estar organizada sobre la pregunta por el significado de ser-en-el-mundo, a ser organizada por la simple necesidad del aparecer. Es que ya no hacen falta los relatos explicativos que indiquen cómo funciona el mundo, u organicen el propósito elemental de la vida individual y colectiva, solo hace falta la posibilidad de la tecnología que permita el surgimiento de la propia imagen en el nuevo espacio virtual de lo público, canalizado por las redes sociales y el Internet. El aparecer, en la sociedad del capitalismo digital y financiero, de hecho, podría haberse convertido en la condición proveedora de una parte fundamental de la identidad y del sentido social. No obstante, ya no se puede comprender a la identidad como aquella posibilidad más o menos consistente de autodefinición. Ahora el aparecer nos define, nos identifica y nos proyecta en la instantaneidad de este nuevo espacio virtual. Habría que anotar que, en el espacio de las redes sociales, el paso del tiempo se suprime, de hecho, el tiempo como sucesión no existe, solo la permanencia del presente. Tampoco, por tanto, existe la historia, aunque la memoria pueda situarse en el recuerdo del aparecer como registro y evidencia del ser en las redes. Además, la imagen tiene un aceleradísimo tiempo caducidad. Esto obliga a realizar una actualización permanente de los registros, la producción y la promoción de la autoimagen. Así, la atención desecha el análisis de lo-que-fue y se concentra en la cuestión técnica y conceptual del registro, porque solo en el registro se produce lo real. En las redes poco importa la veracidad del registro. Finalmente decir que, en el espacio vir-

tual de lo público, se diluyen las diferencias entre lo privado y lo público en el momento en que lo íntimo se vuelva parte de lo común. Pero como se puede vislumbrar, la enajenación tiene en sus instrumentos más feraces, los canales de la liberación.

¿Qué es el deseo?

Hegel⁴⁸ tuvo el acierto de hacer filosofía partiendo de lo evidente: el cambio. Aunque se le acusa de haber desembocado en el idealismo, que por cierto es un problema de toda filosofía que pretender una explicación total de las cosas, no deja de ser cierto que las anotaciones que hizo entorno a la dialéctica y a la configuración de la historia han sido fundamentales para el pensamiento. Particularmente sobre la lógica del amo y el esclavo, en la que todavía no se ha dicho todo lo que tiene que decirse. Las personas desean y eso es inevitable en la medida que el deseo es parte consustancial de la vida. La vida se proyecta en el deseo, pero Hegel dirá que hay un deseo superior que tiene que ver con desear ser deseado por los otros. Es un deseo superior porque nos da sentido y protagonismo inmediato: Naturalmente todos los deseantes entran en un conflicto feroz hasta que el problema se resuelve en una síntesis abstracta entre el que logra dominar el deseo del otro y el que acepta la dominación para precautelar su vida por el temor a perderla. Mando y sumisión determinan la historia y producen la cultura. Supuestamente el amo se deleita con el servicio de sus deseos, y el esclavo en la experticia del servicio encuentra las claves de su liberación. Pero qué pasa cuando el esclavo no quiere liberarse,

48 Hegel, G. W. F. (1966). *Fenomenología del espíritu* (W. Roces, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Primera edición en español).

y cuando el que domina no lo hace a través de una imposición sino de la sumisión. Si miramos las redes sociales este juego se hace evidente. Deseamos ser el deseo de los demás, y para ello aceptamos no solo la dominación del medio, sino la sumisión a sus lógicas de apropiación y aceptación. El deseo se vuelve muy selectivo pues la atención se refina entre tanta oferta audiovisual mediática. Necesitamos el escándalo, la pornografía, o el absurdo para brillar. Los cinco minutos de fama son más que provechosos y dejan acumulados likes y seguidores, que es el nuevo barómetro del éxito y de la reputación. Visibilizar lo invisible, nombrar lo innombrable, valorar lo ridículo. A pesar del velo de la diversión con el que se consumen las imágenes, no podemos negarnos a aceptar que estamos en un nuevo punto de la historia donde la sumisión se vuelve estructural y la libertad inexistente, a pesar de ser el momento histórico de la libertad.



Desobediente
Antimanual de Pensamiento crítico

se imprimió en la ciudad de Cuenca, Ecuador,
en marzo de 2026, en la Editorial Universitaria
Católica (EDUNICA), con un tiraje de ejemplares.



El libro de Sebastián Endara es una cadena de explosiones que se enrosca en algunas de las ideas más débiles y, al mismo tiempo, más fulgurantes de nuestro tiempo. La actualidad que pierde su actualidad apenas se la menciona; el ejercicio del pensamiento convertido en un elemento caduco, que ya nadie considera necesario ni recuerda como fundamental, pero que aún sobrevive en el territorio de la nostalgia. Una nostalgia similar —o casi idéntica— a la que alimentan los grandes espectáculos mediáticos en las artes visuales o incluso en las escritas. También aparece aquí la necesidad de una guía traslúcida, casi invisible, la que enarbolan los *coach* y gurús de la época contemporánea y que, paradójicamente, exige la repulsión de toda idea opuesta a aquello que cada individuo considera de sí mismo o del mundo que lo rodea.

Nostalgia por el pasado reflexivo, por la proliferación de ideas y debates. Nostalgia por la figura del intelectual y por el poder de su palabra, capaz de desencadenar revoluciones o de abrir caminos artísticos, estéticos e incluso históricos. Nostalgia, también, por la desobediencia.

Esa es la esencia de este texto, escrito con el estilo pulido y reconocible de Endara. Como deja claro el título -aunque suene inusual, el autor no pretende que el lector tome estas páginas al pie de la letra ni que las siga como un decálogo para convertirse en pensador. Lo que Endara propone y encara con rigurosidad, valentía y un leve espíritu *punk* heredado de los años setenta, es algo más inquietante: sacudir el esqueleto mohoso de la parsimonia intelectual que nos han inoculado quienes prefieren una humanidad dócil y simplificada.

Fabrizio Cerón Rivas

